

• LOS CICLOS HISTÓRICOS •

CÉSAR RENGIFO



La resistencia indígena

© 2017

Peng: 1/2

CÉSAR RENGIFO

Oscéneba

Curayú o el vencedor
Apacuana y Cuaricurián



Biblioteca César Rengifo

© Fundación para la Cultura y las Artes, 2017

Los ciclos históricos | CÉSAR RENGIFO

Oscéneba

Curayú o El vencedor
Apacuana y Cuaricurian
La resistencia indígena

Imagen de portada

Título: *El mito de Amalinaca*

Autor: César Rengifo

Técnica: Mosaico

Año: 1954-1955

Coordinación y concepto editorial

CORAL PÉREZ y JUAN ANTONIO CALZADILLA

Edición y corrección

LEONARDO PERDOMO VARGAS y HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.

Diseño y concepto gráfico general:

OMAR D. GARCÍA C.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: DC2017001323

ISBN: 978-980-253-698-6

FUNDARTE. Avenida Lecuna, Edificio Empresarial Cipreses,

Mezzanina 1, Urb. Santa Teresa

Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Teléfonos: (58-212) 541-70-77 / 542-45-54

Correo electrónico: fundarteeditorial@gmail.com

Gerencia de Publicaciones y Ediciones

PRESENTACIÓN

La polifacética obra de César Rengifo tuvo en su conjunto un imperioso objetivo, inmanente a toda ella y presente en cada realización parcial: captar, representar o expresar la esencia de la venezolanidad. Con ello su arte cumplía una doble función, social y política. Al constituir una autoafirmación y autorreconocimiento del espíritu nacional en sus precisos entornos geográficos, históricos, materiales y anímicos, la nacionalidad se erigía en barrera contra la erosión practicada por las fuerzas externas amenazadoras, desde todos los tiempos, del país venezolano.

El arte integral de Rengifo, quien se afilió ideológicamente muy temprano al pensamiento marxista, se quiso social, anticapitalista y antiimperialista, expectante siempre de la irrupción revolucionaria. Con ello tomaba radical y constantemente partido por los explotados y oprimidos, los pobres y los marginados, los relegados e invisibilizados, y en suprema instancia por la totalidad de una Patria en lucha por su persistencia en el tiempo histórico. El arte —y el teatro como síntesis expresiva de todas las disciplinas artísticas— tendría para él por función sostener y proteger la triada de la identidad nacional: memoria, sensibilidad y conciencia.

Muralista en la plástica, como diseñador de amplias superficies y totalidades simbólicas, el Rengifo dramaturgo supo confeccionar grupos de piezas que forman murales históricos, como núcleos de problemáticas jalonando todas las épocas de un único tapiz de tierra, pueblo y tiempo.

El resultado fue una dramaturgia de la historia patria que comprende, al menos, tres grandes paneles, si exceptuamos por el momento su conjunto de dramas sobre la Venezuela petrolera. La historia nacional representada o rememorada así por Rengifo tiene dos grandes características: escenifica siempre la lucha de los oprimidos contra los opresores; es agenciada por los actores menores e imperceptibles para la historia oficial tradicional.

A lo largo de los tres grandes períodos de la evolución hacia la condición republicana o libre, Rengifo encuentra siempre el estadio de una lucha de clases: nativos/invasores, colonizados/extranjeros, esclavizados/amos, desposeídos/oligarcas... Esta pugna es actuada siempre en contrapunto por aquellos agentes subestimados en el convencional discurso académico: indios, negros, mujeres, pobres, locos... En su descenso a los tejidos más íntimos, Rengifo da por sustancia a los grandes rótulos de la historia una verdadera microhistoria en la que se tangibiliza la existencia concreta de un pueblo protagónico.

La serie especial Ciclos históricos, como parte de la Biblioteca César Rengifo que ha venido editando el Fondo Editorial Fundarte, agrupa en los presentes tres volúmenes los dramas correspondientes a las tres etapas iniciadoras de una historia nacional que el artista y escritor contribuyó con su obra a perfilar y a resignificar para el siglo XXI bolivariano:

La resistencia indígena

La independencia

La guerra federal

Sustancia ideológica y reflexión estética se conjugan en este triple mural dramático encabalgado entre el sacrificio y la esperanza por Rengifo, cuyo mayor deseo fue contribuir a una cultura nacional en resistencia, frente a las amenazas imperiales y oligárquicas de la aculturación y el olvido.

Oscéneba

Drama en tres actos y seis cuadros
(1958)

*Ignoraban que lo bello del hombre
es más grande que el hombre.*

PAUL ÉLUARD

Personajes:

LORENZO DE SALDUENDO:	Maese de Campo. 50 años.
PEDRO DE LIMPIAS:	Capitán de Municiones. 45 años.
FRAY OLEGARIO DE ÁVILA:	Cura de Nueva Cádiz. 50 años.
CUCIU:	Una joven caribe. 20 años.
ALONZO NIÑO:	Oidor real. 50 años.
FRANCISCO DE CASTELLANOS:	Gobernador de Nueva Cádiz.
QUENEPA:	Una anciana caribe.
PIESCÓ:	Piache caribe, anciano.
YOROSCO:	Joven caribe.
TIGÜIRE:	Caribe, mudo. Edad indefinida.

Acción: En Nueva Cádiz y en sus extramuros,
en la isla de Cubagua, una noche del año 1543.

ACTO PRIMERO

CUADRO UNO

Un mesón tras los muros de piedra y cal de Nueva Cádiz, en la Isla de Cubagua. Estancia amplia, piso de ladrillo, gruesas vigas sostienen el techo. Hay al fondo una puerta grande y fuerte que da salida al exterior, cerca de ella una ventana con una sola hoja también maciza, fuerte. En el lateral izquierdo un pasadizo con escalones comunica con otra dependencia del mesón. Hay barriles, botijuelas, botas de vino, grandes rollos de cordeles, remos, un viejo timón, varios bancos y una mesa larga y sólida, sobre ella algunos vasos de estaño y un candelabro con una vela de sebo encendida. Desde lo alto, otro candil colgante contribuye a iluminar la escena.

(Al correrse el telón, sentado junto a la mesa está el maese de Campo Lorenzo de Salduendo. Bebe vino en un tarro de estaño mientras aguarda. Entra el capitán de municiones Pedro de Limpias. Ambos visten al uso de los conquistadores españoles de la época)

SALDUENDO: Bien que sois cumplido, señor capitán. Creí que mi espera sería larga y decidí acompañarme bien. *(Le muestra el tarro de vino)*

LIMPIAS: *(Mientras deja su capa y su sombrero en uno de los bancos y toma asiento cerca de la mesa)* No soy de esos que se retardan cuando les hacen una invitación importante. Y mire que la suya lo es, maese.

SALDUENDO: Ya lo sabía. Bastante he oído decir que los dados os atraen tanto como las damas hermosas y el guerrear contra turcos, indios y moros...

LIMPIAS: ¿Qué más para un capitán de Castilla? Jugarse la bolsa es un tanto como jugarse la vida o el corazón. ¡Vaya! ¡Pero también traigo mi garganta seca! Aun cuando hay mucho viento, la noche es sofocante. *(Da unas palmadas fuertes a tiempo que grita)* ¡Vamos! ¡¿Quién atiende aquí?!

SALDUENDO: ¡Ah! Me dispensará usted, cuando lo invité a venir aquí olvidé informarle que el mesón está solo...

LIMPIAS: ¿Solo? ¡Por Belcebú! ¿Y el viejo posadero Francisco? ¿Qué se hizo con sus grandes mostachos y sus calzones de estameña?

SALDUENDO: Enfermo de fiebres malignas, pero con la bolsa bien llena de relucientes perlas, abandonó Cubagua. Hacia La Española embarcó hace días en una chalupa... Desesperaba por irse.

LIMPIAS: Si lleva en el cuerpo esas fiebres pútridas de nada le valdrán las perlas, como no sean para pagar las misas y rogativas por el descanso de su alma pecadora... Y vaya que cargó pecados encima el tal Francisco...

SALDUENDO: Pecados muy negros, señor capitán, así es... Como su último huésped ahora únicamente yo habito este mesón, el cual ya apesta de sucio...

LIMPIAS: Tenéis valor de habitar en él... ¿Y quién os sirve?

SALDUENDO: Ya lo vais a ver...

(Golpea fuerte la mesa con un cántaro; segundos después entra Tigüire por el pasadizo. Camina semiencorvado, su pelo está cortado a la manera india. En la frente lleva una cicatriz en forma de C. Viste pantalón raído a media pierna, su torso está desnudo y sus pies descalzos)

- LIMPIAS: ¡Ah, es Tigüire, el caribe mudo! ¡Qué horrible facha tiene ahora!
- SALDUENDO: (*A Tigüire con voz alta*) ¡Bebida! ¡El caballero quiere beber...!
(*Tigüire hace un gesto con la cabeza indicando que ha comprendido y regresa adentro*)
- LIMPIAS: No me gusta tenerlo a mi lado y menos de noche...
- SALDUENDO: Es un animal horrible. Parece un fantasma de barco... Pero me sirve. Así como está ningún otro trabajo podría hacer...
- LIMPIAS: Como buzo de cabeza no hubo otro. Lo conocí cuando se descubrió aquel placer de perlas en la punta roja... Fue de los primeros caribes esclavos que trajimos...
- SALDUENDO: Eso me han dicho...
- LIMPIAS: Llegaba a una profundidad de cinco brazas, y hasta cincuenta zambullidas resistía.
(*Entra Tigüire con una garrafa de vino y llena el jarro de Limpías*)
- SALDUENDO: Dejó buenos doblones a sus otros dueños.
- LIMPIAS: Hartos produjo, hasta el día que se malogró. Muchas cosas se le reventaron por dentro. (*Tigüire acerca el vaso de Salduendo, éste lo llena*) Oídos, garganta... Qué sé yo... no pronunció de nuevo ni una palabra, sólo chillidos... nadie quería comprarlo... ahora parece que se está secando...
- SALDUENDO: Eso pienso a veces...
- LIMPIAS: He visto a muchos de estos salvajes ponerse así como arenques, debe ser la sal de las profundidades... O las tripas de ostras que comen...
- SALDUENDO: No duran mucho. (*Tigüire sale, a lo lejos comienzan a aullar y ladrar unos perros*) De todos modos, lo compré barato.

LIMPIAS: Cómo aúllan los perros del fuerte, diríase que están viendo demonios.

SALDUENDO: Y vaya si los verán. Cubagua está llena de fantasmas y demonios. Crea vuesa merced que en una noche como esta no sería raro que anden sueltos por todas las callejas de esta Nueva Cádiz.

(Los perros aúllan y ladran con más fuerza)

LIMPIAS: Nunca han alborotado tanto. Con permiso de vuesa merced, señor maese de Campo, trataré de ver qué novedad ocurre. *(Se pone de pie, va a la ventana, la abre y mira curioso hacia fuera)* A lo lejos, hacia la muralla y el mar han encendido fogatas. Ya sé lo que es, pues veo brillar armas y pasar recuas de indios atados por los cuellos... ¡Caribes!

SALDUENDO: ¿De los traídos en las últimas naves?

LIMPIAS: Sí. Los van a herrar...

SALDUENDO: La marca con fuego de la C en la frente parece que los domina un poco, les quita la ferocidad...

LIMPIAS: A fe de que me llamo el capitán Pedro de Limpias y más de veinte años llevo guerreando por estas tierras de Indias, juro a vuesa merced que no los hay más crueles y dañinos. Engullen carne de cristianos como el más apetitoso capón.

SALDUENDO: ¡Demonios!

(Entra de nuevo Tigüire con la garrafa y echa vino en los jarros de Salduendo y Limpias, luego va adentro)

LIMPIAS: Cuando miro a ese garabato pienso: cuántos como él no habrá comido...

SALDUENDO: ¡Puah! Pero, ¿sabe el señor capitán lo dicho por el santo Padre de Roma?

(Nuevamente aúllan y ladran los perros y se oyen gritos)

- LIMPIAS: ¿Eso de que los caribes tienen alma? (*Salduendo asienta con la cabeza*) Es voz que corre por todas las Indias... Y ya hay hasta quienes dicen que son gente. Pero, oiga usted cómo los codician los perros... bestias para bestias...
- SALDUENDO: Bestias son, aun cuando anden a pie...
- LIMPIAS: Si el santo Padre supiera cuánto hacen y cómo son de salvajes, diría otra cosa. Y esto lo afirmo guardando todo el respeto que merece su gloriosa Santidad.
- SALDUENDO: Vuesa Merced puede hablar con propiedad. ¿Quién otro los ha guerreado tanto como vos? ¿Quién puede vanagloriarse de haber capturado más para el cristianamiento y este negocio de perlas?
- LIMPIAS: Así es, maese. Pero también cargo con malas calumnias. Se me acusa de crueldad con los indios mansos. Pero vos sois testigo. Sólo traigo a Nueva Cádiz caribes de los más levantiscos y feroces...
- SALDUENDO: Voto a tal que soy testigo de eso. Además, ¿dónde estarían las perlas de Cubagua si vos y tantos como vos, caballero, no capturaran salvajes capaces de bucearlas? A más que el someter infieles es de beneficio para nuestra santa religión...
- LIMPIAS: Eso digo siempre, pero vayan disgustos y malos ratos que engendra para los capitanes este negocio de las Indias y El Dorado... Vaya por Dios, pese a mí (*Bebe con avidez*)
- SALDUENDO: Olvide el señor capitán a las lenguas difamadoras que por doquiera las hay...
- LIMPIAS: Eso hago cuando escancio algún vinillo...
- SALDUENDO: Y no lleve cuentas de salvajes y caníbales, que todo es para el engrandecimiento de estas Indias y de los caudales del Emperador, que Dios guarde...

- LIMPIAS: Y vaya que van tesoros a ellos de estos mares de Cubagua.
- SALDUENDO: Enhorabuena, caballero, dejemos eso y vayamos a lo nuestro.
- LIMPIAS: Con gusto, maese. (*Saca unos dados y los tira sobre la mesa*) En eso de jugar a los dados nadie me reta dos veces. Ahí están cuadrados y brillantes, hechos con el mejor marfil africano. Puede usted revisarlos.
- SALDUENDO: ¡Voto a bríos! ¿Para qué revisiones? No hay tal entre caballeros. (*Saca una pequeña bolsa*) Le advierto a vuesa merced que en mi bolsa no hay mostacillas ni barroques, ni piezas mal formadas o de opaco color, sino las más bellas perlas que se han extraído de este mar de Cubagua.
- LIMPIAS: ¡Voto a tal, caballero! (*Extrae igualmente una bolsa*) Las que lleva encima don Pedro de Limpias no gozan de menor fama, dos hay aquí, de tan limpio oriente, que bien estarían en la corona de una emperatriz... (*Extrae de la bolsa una perla y la muestra a Salduendo*)
- SALDUENDO: (*Mira la perla y se asombra*) ¡Vaya! ¡Vaya! Por vida mía, caballero, que es de las más grandes y azules que han visto mis ojos. Y sepa que ellos no se maravillan fácilmente de mirar perlas.
- LIMPIAS: Sus cien doblones vale, a más de que perdí en su pesca a tres buenos buceadores...
- SALDUENDO: ¿Ahogados?
- LIMPIAS: ¡Qué sé yo! Quizás sirvieron para engordar tiburones o fueron apresados por esas mantas feroces que tanto abundan en estos misteriosos mares. Pero no haga sentimientos su merced, eran caribes. ¿Jugamos?

- SALDUENDO: Bien sabéis que ahora ni el mismo Lucifer me detiene. ¡Voto a bríos! El oriente de esa perla me ha cautivado...
- LIMPIAS: Ya lo suponía.
- SALDUENDO: Sólo ambiciono tenerla en mi bolsa.
- LIMPIAS: Y la tendréis si la suerte os acompaña. Aunque os anuncio que en los dados siempre se me entrega como fácil cortesana.
- SALDUENDO: ¡Vaya! ¡Vaya! Conmigo tampoco es casquivana... ¡Vamos, jugaremos a partidas de ases...!
- LIMPIAS: A ellos me acojo. ¡Ni un maravedí he perdido a los ases!
- SALDUENDO: *(Recoge los dados y comienza a agitarlos)* ¡Vamos al paro entonces, caballero...!
- LIMPIAS: Antes una proposición, maese...
- SALDUENDO: Veamos, cuál, señor capitán.
- LIMPIAS: Poseéis una buena cuadrilla de esclavos caribes...
- SALDUENDO: Así es, caballero.
- LIMPIAS: He descubierto un placer de ostrales que vale más que El Dorado... Y... necesito más buceadores...
- SALDUENDO: Me asombráis, es fama que nadie en Cubagua tiene tantos como vos...
- LIMPIAS: Habladurías, últimamente se han huido algunos y los otros mueren como moscas. El agua y la sal los debilita. Pocos pueden estar más de doce horas en el agua...
- SALDUENDO: Así es...
- LIMPIAS: Y cada día se hace más difícil cazarlos como liebres en el continente...
- SALDUENDO: Hanme dicho que desiertas de indios están Paria y Araya y toda la tierra de Maracapana.
- LIMPIAS: Por eso le juego mi perla azul, esa que os ha asombrado, contra varios de los caribes que poseéis...

- SALDUENDO: Es de mucho riesgo la proposición... Pero, ¡vaya que el oriente de esa perla me ha turbado...!
- LIMPIAS: ¿Diez indios contra ella?
- SALDUENDO: Pese a mí, caballero, es alta la tasa, pero acepto. Tengo ofrecida una perla como esa a la Virgen de la Soledad, allá en Sevilla...
- (*Tocan fuerte al portón*)
- LIMPIAS: (*Mostrándole la bolsa*) Y sepa, maese, que tiene gemelas... (*Vuelven a tocar y una voz grita desde afuera*)
- Voz: (*Mientras golpean la puerta*) ¡Abrid a Fray Olegario de Ávila!
- SALDUENDO: Fray Olegario a estas horas y tocando a esta puerta. ¡Novedades debe traer! (*Se incorpora y abre, entra Fray Olegario, trae un farol y un pliego de papel*) Pase el Santo Padre...
- LIMPIAS: ¿Qué lo ha movido, reverendo, para andar a estas horas por las peligrosas calles de Nueva Cádiz?
- FRAILE: ¡Novedades hay, señores, y creo que muy malas para esta isla y sus habitantes...!
- SALDUENDO: ¡Vaya que me alarma usted, padre!
- FRAILE: Busco de urgencia al señor Oidor para que me conduzca a la presencia de su señoría el Gobernador...
- LIMPIAS: ¿No estaba en el fuerte?
- FRAILE: No. Y noticias me han llegado en horas recientes que le traerán desvelos.
- LIMPIAS: ¿Puede su merced adelantarnos algunas?
- FRAILE: Antes quisiera la presencia del señor Oidor...
- SALDUENDO: Parece que no ha puesto los pies para acá esta noche.
- FRAILE: Miren los caballeros que he recorrido buena parte de la Nueva Cádiz en su busca. Aquí en este pliego vienen escritas cosas terribles que es necesario las conozca

- pronto el señor Gobernador.
- LIMPIAS: Háblenos usted y lo acompañaremos en solicitarlo. Son pasadas las nueve, pero si es tan grave lo que el reverendo dice valdrá la pena molestar el reposo de su señoría.
- FRAILE: ¡Por Dios y la Santa Madre Iglesia que es grave! Trájome la noticia un lego del convento de Nueva Toledo, allá en tierra cumanagota. Remó todo el día y lo que va de noche para abordar esta isla...
- SALDUENDO: ¡Voto a bríos, Padre! Y perdone su reverencia que jure, pero ya estoy inquieto por conocer todo el ovillo.
- LIMPIAS: Yo diré lo mismo al reverendo. Ansioso estoy por conocer sus malas nuevas.
- FRAILE: Escribeme el prior que toda la indiada de tierra firme se ha alzado en armas. Las misiones han sido destruidas, los Frailes muertos. Nueva Toledo, en estos momentos arde por sus cuatro costados, cadáveres de españoles sacrificados flotan por su río... el mismo prior... (*Se santigua*).
- SALDUENDO: ¡Válgame Dios, que tiene razón el reverendo! ¡E hizo bien con echarse a la calle a estas horas, noticias como esas conmoverán a todas las Indias y a la misma España!
- LIMPIAS: ¿La cercana costa de tierra firme está entonces en poder de los indios? Paso a no creerlo.
- FRAILE: Pero así es, señor capitán, y los dirigen los caribes.
- SALDUENDO: ¡Voto a bríos! Habrá que guerrearlos con cañones y perros para que cobren escarmiento...
- FRAILE: Y mucho más habremos de rezar para que Dios ofrezca descanso a esos mártires cristianos.
- SALDUENDO: Así ha de ser, reverendo.

- FRAILE: *(Tomando de nuevo el farol)* Es menester buscar con premura al señor Oidor, pues también debo dar confesión a un viejo soldado que muere de fiebres cerca de aquí...
- LIMPIAS: Quizás venga el Oidor. Aguarde el señor Fraile un poco más y tome aun cuando sea dos dedos de este vinillo para reponer sus fuerzas.
- FRAILE: *(Diciendo que no con la cabeza)* Guardo ayunos. Además, temo que las piraguas cargadas de salvajes puedan navegar ya de tierra firme hacia acá...
- SALDUENDO: ¡Vaya que el ayuno acrecienta los temores! Y esto lo digo con sanas intenciones. ¡Cálmese su reverencia, que son fuertes los muros de esta joven ciudad!
- LIMPIAS: Y bien dispuestos con cañones y bombardas. Además, soldados y capitanes no faltan. Y válgame mi madre que saben manejar con bríos arcabuces y mosquetes. De pólvora y municiones le diré que hay en demasía. ¡Créalo así su merced, señor Fraile, como que cumplo el cargo de capitán de armamentos!
- SALDUENDO: Si ya Nueva Cádiz rechazó a los piratas y filibusteros que osaron atacarla, ¿qué no hará con un puñado de salvajes navegantes de frágiles naos?
- FRAILE: Temo que la disipación en que frecuentemente vive haya debilitado los ánimos de la gente de Nueva Cádiz.
- SALDUENDO: Con perdón del reverendo, no es esta una Sodoma...
- FRAILE: Cerca está de serlo; por doquier se quebranta la honestidad y se encienden escándalos...
- LIMPIAS: ¡Vaya! ¡Vaya! no pierde ocasión el señor Fraile para sermonear contra las diversiones que se hacen. Pero, después de trabajar no es pecado el holgar...
- SALDUENDO: No todo puede ser faenas y desvelos entre guerras,

ostras o indios. Además las fiestas y justas que se han efectuado tienen sus motivos.

LIMPIAS: Bien valía hacerlos por los veinte años de la ciudad...

FRAILE: Hanme dicho que ya no hay vino en las bodegas; y vaya que trajo tantísimas pipas el galeón que arribó en marzo... También es fama que están abundando las mujeres públicas y los gritos... ahora mismo veo dados sobre la mesa...

SALDUENDO: *(Recogiendo los dados)* Jugábamos honestamente. Sépalo así el reverendo. También rezamos y confesamos cuando la Santa Iglesia manda.

(Afuera se oye a alguien que corre, una voz de hombre grita. De pronto la puerta del fondo se abre y penetra en la estancia Cuciú. Viste larga túnica de paño burdo, sus cabellos están sueltos, lleva los pies desnudos. Carga una pequeña cesta a manera de macuto o marusa. Cuciú se oculta tras el Fraile como buscando amparo. Persiguiéndola entra el Oidor Real Alonzo Niño, éste al ver al Fraile se turba y se detiene)

FRAILE: ¡Tate, tate!, que es el señor Oidor Real don Alonzo Niño en cuya busca estoy, y miren sus mercedes en lo que anda...

ALONZO: ¡Fray Olegario!

FRAILE: Persiguiendo mujerzuelas indias en busca del pecado...

ALONZO: *(Está algo bebido y trata de disimularlo)* No piense mal el reverendo. La encontré pegada a la puerta de este mesón. Vea que sólo la perseguí por curiosidad...

FRAILE: De curiosos así está lleno el infierno.

ALONZO: ¡Sálveme, mi ángel guardián de ir a él, señor Fraile! Apenas quería saber lo que buscaba la india rondando por las callejas a estas horas.

CUCIÚ: Pretendió asir mi cuerpo y manosearlo.

- ALONZO: India caníbal de lengua mentirosa. ¡Válgame Dios!
¡Cómo difama la hereje!
- LIMPIAS: Es Cuciú, la conozco. *(Dice algo calladamente al oído de Salduendo)*
- SALDUENDO: ¡Ah! *(Retrocede unos pasos)* ¡Es para temerla! *(Va y murmura a su vez en el oído de Alonzo. Éste se santigua y también retrocede de asombro y miedo)*
- ALONZO: ¡Gran temeridad la mía! ¡Válgame Dios ahora y siempre!
- FRAILE: *(Curioso)* ¿Quién es ella? Antes no la había visto...
- LIMPIAS: La llaman Cuciú, que quiere decir luciérnaga. Es una caribe de las que fullaban ostras. Cuida de una vieja leprosa, caribe también, que yace en un rancho de los extramuros...
- CUCIÚ: Salgo sólo de noche...
- LIMPIAS: ¡Como ave de mal agüero! A estas horas suele solicitar alimentos para la enferma...
- FRAILE: Debe estar contagiada...
- ALONZO: ¡Mi patrona Santa Ana me asista!
- FRAILE: *(A Cuciú)* ¡Sal de aquí con tu carne y tu ropa inficionada!
(Cuciú sale)
- LIMPIAS: Ya ni el dueño que la compró la usa para trabajar. Dicen que lazarina debe estar la caribe...
- FRAILE: *(Airado a Alonzo)* ¡Por buscar el pecado se te corromperá la carne!
- ALONZO: ¡Juro a su merced, señor Fraile, que apenas la toqué! *(Se limpia la boca y el bigote con el borde de la manga)*
- FRAILE: ¡Castíguete tu pecado!
- ALONZO: ¡Ignoraba su mal!
- FRAILE: ¡Habrás de saber que ese terrible mal ataca principalmente a los malditos de Dios!

- ALONZO: *(Cayendo de rodillas frente al Fraile)* ¡Ave María Purísima!
¡Pido a su reverencia la bendición! ¡Me lavaré con agua bendita! ¡Rezaré preces y penaré entre los flagelantes!
- FRAILE: *(Terrible)* ¡En esta hora muchas vidas peligran, y mientras vos, señor Oidor, andáis tras el demonio de la lujuria!
- ALONZO: ¡Válgame la Virgen, no os entiendo!
- FRAILE: ¡Piraguas veloces con caribes armados pueden caer pronto sobre Nueva Cádiz...!
- ALONZO: *(Incorporándose)* ¡¿Qué decís?!
- FRAILE: ¿No habéis entendido? *(Muestra el peligro)* ¡Todos los salvajes de tierra firme se han alzado en armas, de Nueva Toledo no quedan más cadáveres y tizones!
- ALONZO: *(Santiguándose)* ¡Por los propios infiernos!
- FRAILE: Allí iréis vos de no tomarse prontas providencias.
- ALONZO: No turbe más mi ánimo su reverencia que ya lo está en demasía con el aliento de esa leprosa y la noticia que me dais.
- FRAILE: Al no encontrar al señor Gobernador a quien debo enterar de la nueva, os busqué a vos. Ambos lo solicitaremos.
- SALDUENDO: *(Al Oidor)* ¿Dónde pernocta su señoría el Gobernador?
- ALONZO: *(Turbado)* Pues... sabréis...
- FRAILE: Hay rumores de que suele sentar noche donde una barragana que su señoría tiene aposentada en sitio apartado...
- ALONZO: Sólo visita a una moza.
- FRAILE: Has de llevarme allá.
- ALONZO: ¡Guárdeme bien de hacerlo!
- FRAILE: ¡Señor Oidor! ¿Os negáis?

- LIMPIAS: ¡Vaya que es extraña esa actitud, caballero!
- ALONZO: ¡También hay secretos de amor, maese, que como los de estado deben guardarse! Tengo comprometida mi palabra de no decir dónde pernocta el señor Gobernador y no será ese pliego el que me lleve a violarla.
- FRAILE: Tras este pliego hay cosas terribles que anuncian hartos riesgos para nuestras vidas...
- SALDUENDO: Comprendo los escrúpulos del señor Oidor pero considerando lo grave del asunto que trae el reverendo...
- ALONZO: Podría ir solo a informar a su señoría. *(Al Fraile)* Entrégueme su reverencia el pliego.
- FRAILE: No haré tal, señor Oidor, pues recibí órdenes del Prior que lo escribió, superior a mí en jerarquía eclesiástica, de entregarlo en las propias manos de su señoría. Y como en el caso de vuestra merced, nada ni nadie me harán violar esa orden. A más que puede ser la orden de un difunto *(Se santigua)*
- ALONZO: *(Persignándose)* ¡De un difunto!
- FRAILE: ¡Sólo el lego que trajo este pliego logró huir de la destruida Nueva Toledo! ¡A Dios hago solemnes votos de que me relató cosas de temor y espanto!
- ALONZO: *(Humilde)* Perdone su reverencia. ¡Es terrible! Pero mi palabra de caballero está comprometida...
- FRAILE: Señor Oidor, Nueva Cádiz, la isla rica, perla entre las perlas del Emperador Carlos, peligrá...
- LIMPIAS: *(Al Oidor)* ¡Por Dios, caballero! ¡España y el Emperador os lo demandarán!
- ALONZO: ¡Calmaos! ¡Calmaos! buscaré a su señoría el Gobernador

y lo traeré aquí, de esa manera el reverendo podrá poner en sus propias manos el pliego.

FRAILE: Únicamente yo y el pliego deben informarle...

ALONZO: Pierda cuidado, diré a su señoría que un grave caso denunciado al señor Fraile reclama que le hable a estas horas...

FRAILE: Gracias, hijo...

ALONZO: El trecho por andar es largo, no se impaciente usted.
(*Se tercia la capa*)

SALDUENDO: (*Acompañándolo hasta la puerta*) No descuide su merced la espada. A estas horas las callejuelas de Nueva Cádiz paren forajidos y puñaladas.

ALONZO: (*Tocándose una cicatriz del rostro*) ¡Pierda cuidado! Si lo sabré yo, maese...

FRAILE: Mientras usted vuelve aquí, señor Oidor, con su señoría, yo iré cerca a dar la confesión a un penitente que se halla en peligro de muerte... (*Toma el farol. Alonzo sale, el Fraile también lo hace con lentitud. La luz de la escena se va disolviendo hasta la obscuridad*)

ACTO PRIMERO

CUADRO DOS

Segundos después se ilumina débilmente la escena mostrando el interior penumbroso de un pequeño rancho de bahareque y palma, el cual tiene más aspecto de cueva que de vivienda. Hay en un rincón algunas piedras ennegrecidas por el fuego y el humo. Una atarraya tendida sobre unos palos, una nasa y unos remos. En el piso a manera de lecho una estera de palma tejida. En el lateral izquierdo una pequeña puerta también confeccionada con palma tejida da salida al exterior. Un candil débil da una luz difusa. Sobre la estera yace Quenepa. Viste túnica de lienzo, muy raída y sucia. Otro lienzo la cubre hasta medio cuerpo a manera de sábana. El rostro de Quenepa, surcado de arrugas, muestra una dureza fría, lejana. A lo lejos aúllan y ladran perros.

QUENEPA: *(Semiincorporándose sobre la estera donde yace)* No cesan de aullar. Quienes lo oigan deben sentir miedo. Esos perros están venteando la muerte.

(La puerta se abre y entra Piescó. Muy anciano y encorvado. Viste la misma indumentaria que Tigüire. Trae terciada una pequeña cesta. Se apoya en un bastón)

PIESCÓ: Oigo que aún hay vida en esta cueva.

QUENEPA: ¿Eres tú, Piescó? Viejo piache, ¡cuánto has tardado!

PIESCÓ: *(Mirando a su alrededor)* ¿Hablaba sola la abuela Quenepa?

- QUENEPA: Murmuraba de esos perros. Varias noches llevan aullando a esta misma hora, pero lo hacen como si vieran al mismo miedo. ¿La noche es turbia afuera?
- PIESCÓ: Ni los ojos del jaguar podrían penetrarla. Pocas he mirado así en esta isla de pedregales y cardones.
- QUENEPA: Y de sufrimientos para los caribes...
- PIESCÓ: ¡Así es!
- QUENEPA: ¿Tuviste trabajos en venir?
- PIESCÓ: Poco. La edad me hace caminar como las arañas y vine por las arenas de la playa, el mar ruge con una inquietud extraña. Quenepa, hay signos temibles en las cosas.
- QUENEPA: ¿Qué han visto tus ojos, acostumbrados a interpretar misterios?
- PIESCÓ: Cuando el sol caía vi a los tiguítigües en vuelo raudo al sur como si huyeran de todo esto; y desde un yaque espinoso chilló gimiendo un guanaguanare; hallé también peces muertos en la arena, peces que nunca he visto.
- QUENEPA: Por eso creo que algo miran los perros. Yo sentí hace un rato, cuando caían las sombras, algo, no sé...
- PIESCÓ: Diga la abuela para ver si es lo mismo que advertí al andar sobre los peñascales...
- QUENEPA: Pon cuidado... cuando la luz se iba oí bajo la estera un ruido extraño. Como si bramara el fondo de la tierra... Mi corazón latió temeroso.
- PIESCÓ: Quenepa, créeme, también yo percibí ese extraño bramido, y estaba lejos de aquí. No sé si tuve miedo o que los años me doblegan, pero las rocas o mis pies se estremecieron.
- QUENEPA: Y ahora esos animales aullando. Si pudiéramos mirar lo que ellos miran...

- PIESCÓ: (Grave) Nadie puede hacerlo...
- QUENEPA: ¿Viste algo más?
- PIESCÓ: Sí, y se entristeció otra vez mi corazón. En las empalizadas, junto al fuerte hay fogatas y perros que aúllan... y muchos hermanos caribes amarrados con dogales por los cuellos...
- QUENEPA: ¡Ah, otra vez se divierten con sus hierros candentes los extranjeros invasores...!
- PIESCÓ: Sí, sobre la frente de muchos hermanos nuestros, el hierro enrojado está marcando el estigma que nos confunde con sus bestias y ganados... (Se toca su frente marcada)
- QUENEPA: (Como un eco, lejano, turbio, mientras se toca también la marca de su frente) La C de fuego, la C sangrienta, la C que arde más en el espíritu del pueblo caribe que en su carne, ¡para los hombres blancos significa caribe, caníbal, esclavo!
- PIESCÓ: ¡Y para nosotros padecimientos, lágrimas de rabia, infamia, muerte más que muerte!
- QUENEPA: Es cierto, Piescó. Más que muerte. ¿Quién así marcado osa alzar su frente? ¿Acaso no es ya peor que una bestia?
- PIESCÓ: Así es, Quenepa, yo he visto con cuánto amor cuidan nuestros enemigos a sus caballos y perros de presa. ¡En cambio a los caribes...!
- QUENEPA: Ya ni siquiera sufro pensando en eso. Desde hace tiempo no quiero tener imágenes ni recuerdos.
- PIESCÓ: Hemos agotado el sufrimiento.
- QUENEPA: Por eso estaba impaciente porque vinieras. ¿Pudiste conseguir mi encargo?
- PIESCÓ: Aquí lo traigo. (Saca de la pequeña cesta una olla de tierra

cocida diminuta) Viene de muy lejos, del Orinoco, mucho costó que llegara hasta acá. Es rojo y violento... (*Da a Quenepa la ollita*)

QUENEPA: Me agrada que tu rostro esté sereno al ofrecérmelo.

PIESCÓ: También yo haré uso de él.

QUENEPA: ¿Están advertidos todos? (*Esconde bajo la cama la ollita*)

PIESCÓ: Sí. Desde aquella ocasión cuando la luna alzábase roja, hacia el norte y acompañado por el anciano Arecú y la más anciana todavía Aicama, nos reunimos contigo en este lugar y acordamos lo que se debía hacer, la voz ha ido veloz entre los muertos.

QUENEPA: ¿Habrá penetrado a todos los sitios?

PIESCÓ: A todos. A las naves donde los caribes con cadenas a los cuellos son lanzados a las oscuras profundidades a bucear las ostras; a los depósitos donde yacen los ciegos, heridos y llagados; a las cuevas y calabozos en las cuales se mata con cepos y tortoles a los que han intentado rebelarse; a las caballerizas, a los almacenes, a los cerros de ostras que se forman día a día en la playa y junto a los cuales nuestras mujeres, amarradas y desnudas como animales, rompen las conchas y sacan las perlas tan cruelmente apetecidas por nuestros cautivadores. Esas perlas que para nosotros sólo eran redondas florecillas del mar...

QUENEPA: Para mí que ahora son lágrimas de él.

PIESCÓ: Rodando en esas lágrimas todos los nuestros han escuchado el tremendo mandato. Ni un solo caribe de los que padecen aquí lo ignora. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos han sabido que viene de nuestros antepasados.

QUENEPA: ¿Y conocen cómo enviaron el mandato?

- PIESCÓ: Sí, por todas partes se supo la muerte del viejo cacique Chatayma, el que allá en Araya, antes de ser cautivado vivía feliz y era bueno y alegre como un pájaro.
- QUENEPA: Y amaba tanto el mar Chatayma, que devolvía a él las conchas que sus hijos sacaban.
- PIESCÓ: Recuerdo muy bien eso... Y también que solía cantar a la luna con su flauta de carrizo; y en el mes de las siembras animaba el baile de las mozas.
- QUENEPA: Lo vi cautivo bajo cadenas y látigos...
- PIESCÓ: Nunca habló para quejarse...
- QUENEPA: Con la frente sangrante y una cadena al cuello, era obligado por nuestros enemigos a zambullirse en ese mar que tanto había querido. A zambullirse una y otra vez bajo el palo y las lanzas, y arrancar conchas y conchas y conchas... se pudrieron sus ojos y su carne...
- PIESCÓ: Por eso, todos saben ahora, Quenepa, que desde su débil lengua moribunda hablaron los espíritus de nuestros antepasados para mandar que todo caribe, en esta isla cautivo, deba extinguirse por la muerte...
- QUENEPA: ¡Así ha de ser, Piescó!
- PIESCÓ: Y que ningún caribe varón busque a la hembra ni ésta a él para que el amor no dé frutos y no vengan más niños a ser también esclavos de nuestros enemigos...
- QUENEPA: ¡Así ha de ser, Piescó!
- PIESCÓ: Eso dijo Chatayma cuando moría sobre la playa oscura, mientras lloraban detrás de los ojos purulentos sus hermanos cautivos. Eso dijo y eso se ha grabado en el pensamiento de los caribes que llevamos este signo terrible sobre las frentes...
- QUENEPA: Y gracias a ti lo han sabido quienes allí no estaban.

- PIESCÓ: Y gracias también a que nuestros cautivadores desprecian mi vejez y mi cuerpo encorvado, y puedo vagar como una carroña entre pedregales y cardones. Nadie imagina que sobre mi cuerpo encorvado viaja, colérica, la voz de Chatayma, que es la voz de los antepasados...
- QUENEPA: (*Sonriendo vengativa*) Razón tenías al decir que en tus viejos huesos se esconde la venganza...
- PIESCÓ: ¡Así es, Quenepa! ¡Y alegre estaría si al morir con ellos pudieran hacer nuestros jóvenes guerreros puntas de flechas para herir alguna vez a nuestros enemigos...!
- QUENEPA: También quisiera que hicieran eso con los míos. ¡Te aseguro, Piescó, que llevarían un veneno más violento que el curare, tal es la rabia que me consume!
- PIESCÓ: ¡El mandato nos liberará! ¡Son sabios los dioses y los antepasados!
- QUENEPA: Gozo al pensar que pasadas las mismas lunas que dedos tenemos en las manos, ningún Caribe ha de quedar con alientos sobre esta isla maldita.
- PIESCÓ: ¡Aviva tu júbilo, pues ha de ser así!
- QUENEPA: Sin esclavos que arranquen las ostras de las rocas oscuras y profundas; sin brazos y lomos caribes que traigan el agua desde el continente. Sin manos esclavas para picar piedras y construir murallas. Sin indios a quienes tratar como animales y alimentarlos con cazabe y tripas de ostras, ¿qué podrán hacer los hombres extranjeros en esta desolada isla?
- PIESCÓ: ¡Se irán de Cubagua! ¡Dejarán tranquilo el mar!
- QUENEPA: Esta isla volverá a ser un terrón solitario en medio de las aguas; sin hombres blancos, sin látigos, sin hombres feroces...

- PIESCÓ: Y sin el sufrimiento de los caribes...
- QUENEPA: En lo más profundo de nuestra vengativa muerte, Piescó, podremos volver a gritar: ¡Ana Karicñá Roté!
- PIESCÓ: Así ha de ser, Quenepa, desde la región de los misterios volveremos a decir: ¡nosotros los caribes solamente somos!
(Los perros aúllan con más fuerza, oyéndose gritos e imprecaciones confusas. Piescó va a la puerta y se asoma afuera)
- QUENEPA: No verás nada, Piescó, la inquietud está en las sombras...
- PIESCÓ: La gritería y los aullidos vienen del mar y todo hacia allá luce negro.
- QUENEPA: Ojalá no tarde más la muchacha.
- PIESCÓ: ¿Quién? ¿Cuciú?
- QUENEPA: Sí, anda en Nueva Cádiz.
- PIESCÓ: ¿No duerme en las barracas?
- QUENEPA: No, al saber que me cuidaba le tomaron asco, creen que estoy leprosa y que Cuciú también puede estarlo. ¡Ni para fullar ostras la quieren!
- PIESCÓ: ¿Y Yorosco?
- QUENEPA: Logró fugarse y se esconde en un islote. Viene algunas noches a buscar comida. Cuciú trae para los tres...
- PIESCÓ: ¿Siguen siendo el uno para el otro como lo eran cuando los unimos?
- QUENEPA: Sí, pero he creído ver que les duele el mandato que prohíbe ayuntarse y procrear...
- PIESCÓ: Es duro para ellos, pero deben cumplirlo.
- QUENEPA: Ni vida ni amor. ¡Sólo muerte debemos sembrar!
(Los lejanos gritos crecen con más fuerza)
- PIESCÓ: *(Asomándose de nuevo a la puerta)* Algo ha ocurrido en el mar, oigo gritos de hermanos nuestros.

- QUENEPA: ¿Más martirios?
- PIESCÓ: Iré a indagar (*Sale*)
- QUENEPA: (*Gritándole*) ¡Di a todos, Piescó, que cumpliendo el mandato dejaremos de sufrir! (*Aúllan los perros lúgubrementé*) ¡Ah, ellos ven en el aire y las sombras y olfatean el olor de la muerte! ¡Yo la deseo, la deseo!
- (*Entra Cuciú*)
- QUENEPA: Tarde llegas y estaba inquieta.
- CUCIÚ: Tomé el sendero de los cardones; por las peñas grandes olas rugen y ponen espanto.
- QUENEPA: ¿Qué gritos son esos?
- CUCIÚ: No sé, vienen del sur, hacia allá vi marchando la sombra del viejo Piescó.
- QUENEPA: ¿Hay embarcaciones en el mar y caribes buscando?
- CUCIÚ: ¡Es terrible!
- QUENEPA: ¡Hay un mandato que cumplir!
- CUCIÚ: Esta tarde cuando las sombras caían tres buceadores no subieron más a la superficie, entre ellos estaba Kurak, el muchacho de los ojos dulces...
- QUENEPA: ¡Valiente Kurak, ha obedecido! (*Ríe nerviosamente*) ¡Ya está libre!
- CUCIÚ: ¿Se alegra?
- QUENEPA: Sí, dolíame saberlo convertido en un solo sufrimiento. Llagado, con los ojos purulentos, las carnes agrietadas. Había nacido para cazar por los bosques, para reír y dar goce al corazón de los viejos... ¡No temió quedarse en el fondo de las aguas!
- CUCIÚ: ¡Morir! ¡Morir!
- QUENEPA: ¿Temes a la muerte, Cuciú?
- CUCIÚ: No la temo, abuela, pero...

- QUENEPA: ¿Qué?
- CUCIÚ: No he vivido. ¡Kurak tampoco había vivido!
- QUENEPA: Ningún esclavo puede decir que vive, Cuciú. Por eso es justo el mandato de extinguirnos.
- CUCIÚ: Abuela, debo decirle, muchos jóvenes caribes, aun los que mueren entre cepos y grillos con sus carnes raídas por la sal y las llagas, no piensan así...
- QUENEPA: (*Airada*) ¿Qué dices? ¿Dudan acaso de los espíritus que yacen en las sombras?
- CUCIÚ: No dudan, pero hablan de otra cosa...
- QUENEPA: ¿De qué pueden hablar?
- CUCIÚ: Dicen que debemos luchar.
- QUENEPA: ¿Envilecidos y encadenados?
- CUCIÚ: Aun así.
- QUENEPA: ¿Y Yorosco y los otros fugitivos, qué dicen?
- CUCIÚ: Lo mismo.
- QUENEPA: ¡Ira de nuestros muertos! ¡Ya veo por qué hay signos extraños esta noche! ¿Has hablado con algunos?
- CUCIÚ: Con Guayké y Katuru. Yorosco me dijo la otra noche, cuando vino, que les hablara. También espío y escuchó al enemigo, en sus casas, en su fuerte, en sus posadas...
- QUENEPA: ¿Qué pretenden ustedes?
- CUCIÚ: Yorosco lo sabrá.
- QUENEPA: ¡Está perturbado!
- CUCIÚ: No lo está. Hace poco en Nueva Cádiz, husmeando en los desperdicios, junto a la puerta del mesón, vi entrar presuroso al Frailé barbudo, pegué mi oreja a la ventana y oí algo que trajo alegría y susto a mi corazón.
- QUENEPA: Nada pueden oír los caribes en esta isla de desgracias que alegre sus corazones. Sólo la muerte ha de

hacerlos sonreír. (*Grave*) ¡Cuando la muerte sea nuestra venganza!

CUCIÚ: Habla la abuela como si ya estuviera en el fondo de la tierra.

QUENEPa: Desde que me tendí aquí con las piernas partidas, lo hice con la intención de no levantarme nunca más.
(*Entra en escena Yorosco, aparenta sufrir un gran cansancio*)

CUCIÚ: ¡Yorosco! ¡Anhelaba que vinieras!

YOROSCO: Tengo hambre y cansancio.

QUENEPa: (*A Yorosco*) Quiero decirte algo.

YOROSCO: Hágalo la anciana Quenepa.

QUENEPa: ¿Por qué hablas a los jóvenes para que duden del mandato de nuestros antepasados? ¿Por qué pretendes evitar que se haga lo único que se debe hacer?

YOROSCO: (*Mirando a Cuciú*) No entiendo a la abuela... ¿Acaso...?

CUCIÚ: (*A Yorosco*) He dicho a la anciana Quenepa lo que muchos pensamos... ¡Que se debe luchar!

YOROSCO: (*A Quenepa*) Así es...

QUENEPa: (*Airada*) ¿Te atreves a contrariar la voluntad de los más viejos? ¿Cuándo entre los caribes ha cundido la desobediencia?

YOROSCO: No hemos pensado en desobedecer. Día a día, bajo ese terrible dictado muchos caribes se dejan morir. Ni un niño anuncia su venida en el vientre de las mujeres...

QUENEPa: ¡Así debe ser!

YOROSCO: Sin embargo, algunos pensamos que si hay que buscar la muerte no debe ser pasivamente... (*A Cuciú*) ¡Dame cazabe...!

(*Cuciú busca en la marusa y da cazabe a Yorosco, mientras éste come le acaricia el pelo y el cuello*)

- QUENEPA: No entiendo eso. ¡Quisiera, Yorosco, que de ser posible nos extinguiéramos mañana mismo, sin esperar más, sin buscar ninguna otra cosa! (*Viendo cómo Cuciú acaricia a Yorosco*) ¡Ah, Cuciú! ¿Por qué tocas así a Yorosco? ¿Acaso lo pretendes?
- CUCIÚ: Tiene derecho a que mis manos alivien su cansancio. Es mi hombre, ustedes los ancianos me lo dieron por tal.
- YOROSCO: (*Rechazando suavemente a Cuciú*) Debes seguir olvidando que soy tu hombre y eres mi mujer. ¡Existe el mandato!
- CUCIÚ: (*Retirándose de Yorosco*) ¡Lo sé!
- QUENEPA: Estoy por creer que el enemigo ha corrompido la voluntad de los caribes.
- CUCIÚ: (*A Quenepa*) Yorosco sabe que no hemos violado el mandato, pero abuela, el amor está en nosotros, en su pecho, en el mío.
- QUENEPA: Tu voluntad, Cuciú, está enferma.
- CUCIÚ: No pienses eso, abuela. Solamente no he dejado de ser mujer... ¡Amo y deseo a Yorosco! ¡Sus palabras, sus caricias!
- YOROSCO: ¡Cuciú!
- QUENEPA: ¡Has enloquecido, Cuciú! ¡Tienes turbada tu razón y tus sentimientos!
- CUCIÚ: Soy la misma Cuciú. ¡Una mujer caribel! ¡Cumpliré lo que han ordenado los ancianos, pero sin fingimientos...!
- YOROSCO: (*Suave*) ¿Por qué has de decir eso?
- CUCIÚ: ¿Por qué no decirlo? Di tú también a la anciana, Yorosco, que cumplirás con lo mandado por nuestros antepasados, pero que deseas luchar, que deseas morir, con la sangre ardiendo...

- YOROSCO: Eso siento.
- QUENEPA: Creo entender algo. Sí, temen la muerte por sí mismos, la que llega sabiendo uno que llega. ¡Por eso reniegan!
- YOROSCO: ¡No es así!
- QUENEPA: ¡Nunca creí que los caribes aquí reducidos llegarían a tanta cobardía! Pero los viejos sabremos defender el valor y la voluntad de nuestro pueblo. ¡Quieran los dioses que pronto despunte el sol... entonces yo reiré!
- CUCIÚ: (*Recordando*) Ah, con el sol podrán venir grandes cosas... (*A Yorosco*) Oí noticias que pueden ser verdaderas...
- YOROSCO: ¿Qué alcanzaste a oír?
- QUENEPA: Otra vez el cuento de lo que oyó. (*A Yorosco*) ¡Anda turbada!
- CUCIÚ: (*A Yorosco*) Dijo el Fraile en el mesón a dos capitanes que allí estaban, que allá en tierra firme, por Paria y Araya, todos los nuestros se habían alzado en armas. ¡Hay rebelión!
- YOROSCO: (*Asombrado*) ¡Oíste eso! ¿No te engañaron tus oídos, Cuciú?
- CUCIÚ: No me engañaron.
- QUENEPA: (*Sarcástica*) ¡Cree en lo que pueden dejar oír los enemigos! Son trampas, muchas veces han hecho eso para descubrir intenciones de rebeldía y aplastarlas en los cepos... ¡No las oigas, Yorosco!
- CUCIÚ: (*A Yorosco*) ¡Esta noticia es verdadera! El Fraile temeroso... dijo que los nuestros mataban a los blancos y quemaban su ciudad, allá en la tierra cumanagota.
- YOROSCO: (*Electrizado*) ¡Si eso es verdad, Cuciú, esta es la noche de la vida!
- QUENEPA: (*Asombrada*) ¿De la vida?

- YOROSCO: Sí. ¡Nuestros hermanos vendrán hasta Cubagua con las flechas de la venganza! ¡Oiremos sus guaruras anunciando desde el mar la muerte y el fuego para el enemigo! (*Grita*) ¡Nosotros los caribes solamente somos!
- CUCIÚ: (*Contagiada de entusiasmo*) ¡Solamente somos!
- YOROSCO: (*A Cuciú*) ¡Iremos ahora mismo a la rebelión!
- QUENEPA: ¿A qué rebelión?
- YOROSCO: Abuela, yo y otros daremos frente a la muerte pero peleando. Ningún enemigo de esta isla irá a atacar a nuestros hermanos en armas... ¡Ninguno!
- QUENEPA: Violarán lo que han dispuesto nuestros dioses.
- YOROSCO: No será así.
- QUENEPA: Les falta valor para darse la muerte o dejarse morir y buscan que los mate el enemigo. ¡Les darán ese gusto, cobardes! ¡En ustedes dejó de existir la sangre caribe!
- YOROSCO: ¡Ya la alzaremos como ardiente fuego!
- QUENEPA: Me burlo de ti.
- YOROSCO: El plan que hemos ido preparando con lentitud de gusanos se apresurará esta noche...
- QUENEPA: ¿Plan? ¡El sol de esta isla quemó tu razón, Yorosco!
- YOROSCO: (*A Cuciú*) Oye, Cuciú, oye, que Yorosco está retornando a la alegría con eso que has oído, y su corazón renace ardiente como la flor del pichigüey... Oye, cuando el alba llegue, sombras, muchas sombras de ciegos, de macilentos, de todos los que tienen las frentes llagadas, se pondrán de pie para herir por doquier con desesperación, como sólo hieren los que van a morir... para que otros vivan...
- CUCIÚ: ¿Qué puedo hacer yo?

- YOROSCO: Los caballos y los perros serán envenenados; los depósitos de agua se vaciarán hasta la última gota. Hay huesos afilados y cuchillos hechos con las conchas de ostras, que ya tiene escogidas las gargantas que han de herir... Cuciú, (*La abraza*) desde esta noche no habrá en la frente de los caribes más signos de esclavitud...
- CUCIÚ: ¿He de permanecer aquí?
- YOROSCO: No, Cuciú, toma un cuchillo y vuelve a Nueva Cádiz, piérdete en las sombras de su muelle y atracaderos...
- CUCIÚ: ¿Qué haré allí?
- YOROSCO: El mar está enfurecido y amenaza tormenta, cortarás las amarras de todas las embarcaciones y dirás al ciego Viyupa, ése que muere de hambre bajo los maderos del muelle, que perfora las pipas de agua; también debe ser derramada hasta la última gota la que tienen en las casas... ¡La sed! ¡La sed sobre Cubagua también será nuestra amiga!
- CUCIÚ: ¡Me estoy sintiendo feliz, aunque tiemblo!
- QUENEPÁ: ¡Han enloquecido, todos han enloquecido! ¡Es el enemigo quien los ha enloquecido!
- YOROSCO: (*Asomándose afuera*) Sigue tan oscura como antes la noche. Daré aviso a otros. Sabrán lo que hacen nuestros hermanos en la tierra de Araya. Dentro de sus pechos los corazones volverán a cantar. (*A Cuciú*) Después que hagas eso vuelves aquí, pienso... sí... Quizás tengas que cumplir algo muy importante. (*Sale rápido*)
- CUCIÚ: ¡Haré todo con rapidez y volveré!
(*Va junto al fogón y toma un pequeño cuchillo, se tercia el mapire y sale*)
- QUENEPÁ: (*Gritando a Cuciú*) ¡Vete! ¡Vete tras él, Cuciú! ¡La

desobediencia hará que los dioses y los espíritus de nuestros antepasados les den la espalda y sean más duras para ustedes las cadenas de la esclavitud! ¡Vete! ¡Vete tras tus mentiras!

(Oscuridad lenta)

ACTO SEGUNDO

CUADRO TRES

(Al descorrerse el telón la luz se enciende en la escena del mesón. Junto a la mesa Limpias bebe mientras Salduendo recoge los dados y los guarda. Tigüire entra y sirve a ambos más vino, luego cambia la vela de sebo del candelabro)

SALDUENDO: Verdad es que en eso de los dados nadie gana al señor capitán ni un maravedí.

LIMPIAS: Vos mismo dijisteis, maese, que la suerte es mujer casquívana.

SALDUENDO: No lo es tanto, pues os ha guardado fidelidad.

LIMPIAS: Es cierto, caballero. Hay cortesanas que saben querer.

SALDUENDO: Pese a mí que ese amor me cuesta veinte caribes ya marcados y listos para bucear. Doblones en oro de vellón pagué por ellos.

LIMPIAS: *(Sonriente)* Calmaos, bien haré yo que los devuelvan con creces buscando millares de ostras.

SALDUENDO: Pero las perlas irán a vuestra bolsa y no a la mía...

LIMPIAS: No se lamente tanto su merced, que si es cierta la noticia llegada al Fraile, guerras en puerta tenemos contra los caribes de Maracapana y volverán a ponerse baratos los cautivos.

(Tigüire arregla algunas pipas y botas)

- SALDUENDO: Cierta puede ser. Ah, pero vaya que se ha dilatado el señor Oidor en traer a su señoría...
- LIMPIAS: Paso a creer que es fuera de los muros de la ciudad donde el señor Gobernador aposenta a la moza de sus amores.
- SALDUENDO: Bien atado lo lleva esa pasión.
(Afuera canta un pájaro)
- LIMPIAS: Dicen que la moza es sabroso bocado...
- SALDUENDO: Algo raro de encontrar por esas remotas Indias...
(Chilla de nuevo un pájaro. Tigüire abre la ventana y mira hacia fuera)
- LIMPIAS: Parece que los vientos del mar tienen inquietos a los pájaros.
- SALDUENDO: Más parecen murciélagos los que chillan.
(Oyese otro chillido y un leve ruido como de una piedra que cayera cerca)
- LIMPIAS: Y vuelan bajo. Oiga cómo derriban objetos por las calles...
(Tigüire abre la puerta, se asoma y sale)
- SALDUENDO: *(Señalando a Tigüire)* Quizás ha creído que cayó un murciélago. Dicen que muchos caribes acostumbran comerlos.
- LIMPIAS: *(Haciendo un gesto de asco)* ¡Puhaa! Son capaces.
- SALDUENDO: Le diré, para mí los murciélagos tienen algo de pequeños demonios.
(Tigüire regresa. Mira semisonriente a Limpias y Salduendo. Toma la garrafa que había dejado sobre un banco y va al interior)
- LIMPIAS: El animal debe haber huido y a Tigüire se le escapó el manjar.
(Afuera se oyen pasos como de gente descalza que corriera. La voz del Fraile Olegario grita)

- FRAILE: (Desde afuera) ¡A mí, caballeros, a mí!
- SALDUENDO: (Tomando rápido su espada y su capa) ¡Es la voz del Fraile!
(Cuando va a salir, entra Fray Olegario, llega turbado)
- FRAILE: ¡He visto sombras extrañas moviéndose por la calleja!
¡Vaya que vengo alarmado!
- LIMPIAS: (Persignándose) ¡Fantasmas habrán sido!
- SALDUENDO: Tan oscura es la noche que no es raro anden en ella los difuntos recogiendo sus pasos.
- FRAILE: Para mí tengo, señores, que eran indios y no fantasmas de pecadores.
- LIMPIAS: ¿Indios? ¡Vaya! ¡Vaya! A estas horas todos están bien encerrados en los fosos y barracas y hasta algunos fuertemente amarrados y con cepos.
- SALDUENDO: Así es, señor Fraile. Sólo pocos indios inútiles como el mudo que me sirve en esta posada, no son encerrados. ¿Quién se fía de caníbales?
- FRAILE: No sufrí engaño de la vista. Las sombras que vi iban semidesnudas y desaparecieron como ocultándose.
- LIMPIAS: El reverendo sigue impresionado por las noticias recibidas de la tierra cumanagota, eso es...
- SALDUENDO: (Ofreciéndole asiento) Repose el reverendo y cálmese, las jornadas que ha hecho esta noche lo han debilitado.
- LIMPIAS: Quizás la confesión que hizo al soldado febroso turbó también su ánimo...
- SALDUENDO: ¡Quién sabe cómo tendría de pecados ese señor soldado!
- LIMPIAS: Si es de los que guerrearon en África su buena carga habría de tener...
- FRAILE: ¡Reponeos, señores, reponeos, que murmuráis de un difunto!
- SALDUENDO: ¡Válgame Dios! (Santiguase) ¡Ignoraba que ya no era de esta tierra!

- LIMPIAS: ¡Su alma quede en paz!
- FRAILE: Por muy pecador que fuera ya tuvo la absolución. ¡Sea el Señor con él!
- LIMPIAS: ¡Así sea!
- (*Tigüire se asoma por el corredor. El Fraile lo mira*)
- FRAILE: (*Mostrando a Tigüire*) ¿Podría ese mudo traerme un sorbo de agua?
- SALDUENDO: Y comida también si el reverendo apetece algo...
- FRAILE: Sólo agua para mi sed... Puedo estar afiebrado...
- SALDUENDO: La providencia ampare al reverendo... (*A Tigüire con voz alta*) ¡Trae agua muy limpia para el señor Fraile... anda!
- (*Tigüire emite un leve sonido, afirma con la cabeza que ha comprendido y va al interior*)
- FRAILE: Muy poca beberé, ando de penitencias...
- LIMPIAS: (*Al Fraile*) Ya hace su reverencia buena penitencia bebiendo sólo agua de esas pipas podridas...
- SALDUENDO: Sabe a rancia. Dicen que toma ese sabor en el paso del mar, al traerla desde tierra firme a esta isla...
- LIMPIAS: ¡Así debe ser, además no es agua de manantial!
- FRAILE: Ah, me han recordado ustedes. (*Se incorpora*) Otra cosa que también me turbó fue ver a alguien rondando cerca de las grandes pipas donde ella se guarda.
- LIMPIAS: ¿Las que se amontonan por el atracadero?
- FRAILE: Las mismas.
- LIMPIAS: Su cuidador ha de ser quien vio el señor Fraile...
- FRAILE: Lo conozco, y no era él. Si no yerro parecía la sombra de esa mujer...
- SALDUENDO: ¿Cuál mujer?
- FRAILE: Esa a quien perseguía hace poco el señor Oidor real don Alonzo Niño...

- LIMPIAS: ¿La leprosa? ¡¿Esa carroña cerca de las pipas de agua?!
- SALDUENDO: ¡Vaya que es pavoroso peligro eso!
- FRAILE: Gran temor me asaltó. Con sólo esa lazarina meter sus manos en los toneles o pegar su sucia boca a las espitas...
- LIMPIAS: Calle su reverencia que me espanta.
- SALDUENDO: De esa agua se bebe y con ella cocínase en toda Nueva Cádiz... Y harto trabajo cuesta traerla desde tierra firme...
- LIMPIAS: ¿Y vio el reverendo si tocaba los toneles?
- FRAILE: Movíase con premura y al sentirme desapareció hacia el muelle abajo...
- SALDUENDO: Quizás convenga aislar a esa caribe...
- LIMPIAS: Medida mejor será sacarla de Cubagua junto con la otra leprosa a quien cuida. Dejarlas en un islote de esos que tanto abundan en estos mares y quedarnos tranquilos.
- SALDUENDO: Quizás pretendan inficionarnos a todos con su lepra...
- FRAILE: Eso me temo. En varios libros he leído de lázaros vengativos que hacen por extender su mal...
- LIMPIAS: ¡El Cristo de la Salud nos ampare! ¡Mire que son caribes y herejes!
- SALDUENDO: ¡Temo más a ese mal que a cien heridas!
- LIMPIAS: Quizás sea bueno que eche una ojeada por los atracaderos y averigüe qué hace por allí esa mujerzuela.
(Afuera, lejos, óyense gritos confusos)
- FRAILE: ¡Esta es noche de perturbaciones y escándalos en Nueva Cádiz!
(Se escucha un disparo de mosquete)
- SALDUENDO: Un tiro de mosquete, malos lances han de ocurrir donde gritan.
- LIMPIAS: *(Tomando capa y sombrero y ciñéndose la espada)* Antes de

ojear por los atracaderos veré qué novedades son esas. Ya es bueno que sepa quiénes son los que todas las noches mandan almas al cielo.

FRAILE: Al infierno diréis mejor, señor capitán, pues por mí marchan sin confesión.

(Limpias sale. Por el pasadizo llega Tigüire, trae un pequeño barril y un cántaro vacío. Da a entender por señas que no hay una gota de agua que ofrecer al reverendo, indicando que le va a buscar)

SALDUENDO: *(A Tigüire)* ¿No hay una sola gota de agua? ¿Y ahora es cuando viene a decirlo con sus gestos de mono este indio roñoso? ¡Merece que le dé palos! ¡Fíjese su reverencia con la cara de idiota que mira! *(Se pone de pie y da un empujón a Tigüire)* ¡Anda! ¡Sal y busca el agua en los depósitos! ¡Simio! ¡Carroña!

(Tigüire sale con suma lentitud mirando fijamente a Salduendo y con un gesto de sorna en la boca)

SALDUENDO: *(Al Fraile)* No me explico esa escasez de agua, apenas anteayer hice traer suficiente como para llenar la pipa grande que tengo en el patio.

FRAILE: Es raro en verdad.

SALDUENDO: Me intriga, iré a ver...

FRAILE: Vaya usted. maese...

(Salduendo va adentro, afuera canta de nuevo un pájaro, otro le responde. El Fraile toma el farol y algo intrigado se asoma a la ventana como tratando de penetrar la oscuridad que reina afuera. Regresa Salduendo)

SALDUENDO: ¡Ah, esa carroña! ¡Le daré duro con la espada, no debe ir lejos!

(Toma con rapidez y enojo su espada)

FRAILE: ¡Repóngase, maese! ¿Qué le ocurre?

SALDUENDO: ¡Derramó el agua a propósito, hasta la última gota!
¡Dejó abierta la llave de la pipa y como si fuera poco le sacó el tapón!

FRAILE: ¿Y por qué haría tal cosa ese indio?

SALDUENDO: Por maldad, pero ya lo traeré aquí y junto a la pipa le daré su merecido... *(Sale rápido)*

FRAILE: No se enoje de esa manera su merced, mire que el indio es un idiota... *(Toma el farol y se asoma nuevamente a la ventana, gritando hacia fuera)* ¡Tenga cuidado, maese, vea que la rabia con que va puede hacerlo caer... Ah, cruzó la calle, vaya que tiene ánimo levantisco el maese Lorenzo de Salduendo. *(Vuelve a la mesa y se sienta. Toma un tarro de vino y lo huele dejándolo en su lugar con gesto de renuncia)* No huele mal el vino. *(Afuera óyese un ruido. El Fraile se asoma a la ventana nuevamente)*. Vaya que le ha echado mano...

(Entra Salduendo. Trae a Tigüire agarrado y arrastrándolo con violencia)

SALDUENDO: Logré echarle mano cuando soltaba el barril para huir... *(Al indio)* ¡Marrajo! Ahora pagarás por la herejía que has hecho! ¡Te daré de palos! ¡Te pondré a podrirte en un cepo! ¡Botar el agua que en Cubagua vale tanto como el oro! ¡Más que el oro!

FRAILE: ¡Sosiéguese usted, maese, recuerde que ese Caribe es igual a un animalejo!

SALDUENDO: *(A Tigüire, sacudiéndolo)* ¿Qué quisiste hacer dejándome sin agua? ¿Una burla? ¡Garabato del demonio! ¡Caníbal! *(Tigüire logra zafarse y avanzar hasta el pasadizo dando el frente a Salduendo. Éste va a golpearlo con la espada pero el Fraile lo agarra por el brazo)* ¡Carroña!

FRAILE: Gasta usted enojo y palabras inútilmente.

(Tigüire mira fijamente a Salduendo y luego comienza a reír alto y con sorna, a reír extrañamente como si fuese presa de violenta locura. Salduendo desenvaina la espalda)

SALDUENDO: ¡Mire usted, padre, cómo se comporta! ¡Mire que se burla de mí! *(Va a avanzar pero el cura se interpone)*

FRAILE: Está loco. ¡Conténgase usted, que ese caníbal se ha vuelto loco! ¡Por los cielos que ha enloquecido!
(Salduendo se turba y mira con asombro a Tigüire, éste, riendo siempre, retrocede y desaparece al interior)

SALDUENDO: ¡Vaya que es capaz de haber enloquecido! Ah, pero no, ¡más pareceme que se burla! ¡Ya verá usted, padre, cómo con dos buenos planazos esa locura le sale por su horrible boca! *(Va en persecución de Tigüire)*

FRAILE: ¡Contenga sus iras, maese Salduendo, que es como gastar pólvoras en fantasmas!
(Se oye adentro la risa de Tigüire y el ruido de los planazos que le da Salduendo. Éste regresa)

SALDUENDO: Mañana, apenas toquen diana lo echaré en un cepo, para mí que se burlaba.

FRAILE: Todavía creo que su razón se ha turbado.
(Adentro se oye nuevamente la risa de Tigüire, ruidosa, burlona. Salduendo iracundo y asombrado mira al Fraile. La risa cesa, luego siéntese un ruido como de un cuerpo que se desploma. Salduendo va al interior, rápido)

SALDUENDO: *(Desde adentro)* ¡Se ha desplomado! ¡Ah, busque usted el farol, señor Fraile, que para mí esta carroña se ha muerto! ¡Sí, está muerto! *(El Fraile se santigua y toma el farol presa de cierta turbación)* ¡Tiene sangre en los brazos!

FRAILE: *(Asomándose hacia adentro)* Lo mató el demonio de la locura que se introdujo en él. No toque usted su cuerpo.
(Salduendo regresa turbado)

- SALDUENDO: Ah, pero mire su reverencia lo que he encontrado. (*Sale*)
Acerque el farol para ver qué es esto. (*Muestra una pequeña ollita de barro como la que dio Piescó a Quenepa y una larga espina de pescado*) Una ollita y una espina... Veamos qué es...
- FRAILE: (*Mirando*) ¡Cúidese usted, maese, mire que es curare!
- SALDUENDO: ¡Curare! ¡Válgame Dios! ¡Y en manos de ese indio! ¡El peligro que he corrido!
- FRAILE: ¡Su santo patrono lo ha salvado, maese! ¡Con sólo el caníbal haberlo tocado con esa espina su alma estaría rindiendo cuentas allá arriba! (*Se santigua*)
- SALDUENDO: Créame su reverencia que le pondré un cirio a mi santo patrón.
- FRAILE: Y récele usted varios padrenuestros. Ah, maese, pero antes guarde usted esas cosas diabólicas en sitio seguro.
- SALDUENDO: (*Poniendo los objetos sobre una repisa*) Extraña locura la de ese Caribe. Tuvo usted razón, algún demonio lo poseyó. (*Entra Limpias, se muestra alarmado*)
- LIMPIAS: ¡Un caribe iracundo, de los que están en los cepos, intentó escapar! ¡Nadie sabe cómo logró zafarse!
- SALDUENDO: ¿Traspuso los muros?
- LIMPIAS: Sí, fue capturado de nuevo cuando se hurtaba una curiara y la empujaba hacia el mar, con intención de huir de Cubagua.
- FRAILE: ¡Malas están las cosas, señores!
- LIMPIAS: ¡Y por si fuera poco lo del fugado, les diré que aparecieron más de veinticinco indios muertos en los fosos del fortín mayor...!
- SALDUENDO: ¡Santo Cristo de Jerusalén! ¡Peste negra podrá ser!
- LIMPIAS: Dios quiera que no.
- FRAILE: No me agrada nada la noticia, señor capitán. Todos los santos hagan porque amanezca pronto.

- SALDUENDO: (*A Limpias*) Aquí también ha habido muerto.
- LIMPIAS: ¿Aquí? ¿Acaso habla usted en juego?
- SALDUENDO: Nada de eso.
- FRAILE: El viejo mudo acaba de morir.
- LIMPIAS: (*A Salduendo*) ¿Tigüire? ¿El que ya parecía un fantasma de mono?
- SALDUENDO: Sufrió un ataque de locura. Se hirió con una espina untada de curare. adentro, junto a las pipas está el cuerpo...
- LIMPIAS: (*Curioso va adentro*) ¡Curare, válgame Dios!
- FRAILE: (*Gritando a Limpias*) ¡Tenga cuidado el señor capitán de no tocar el cuerpo!
- SALDUENDO: Es fulminante ese veneno...
(*Regresa Limpias*)
- LIMPIAS: (*A Salduendo*) ¿Está seguro que usó curare?
- SALDUENDO: (*Mostrándole la ollita y la espina*) Sí, allí está.
- LIMPIAS: (*Al Fraile*) ¡Vaya! ¡Vaya! Ahora sí es para alarmarse. ¿Qué piensa de todo el reverendo?
- FRAILE: Me pierdo en conjeturas. (*A Salduendo*) ¿Cómo podría conseguir el caribe esa ollita con el veneno?
- SALDUENDO: Antes de ahora no se le había visto.
- FRAILE: (*A Limpias*) ¿Sabe el señor capitán si tenían alguna ollita como esa los indios que murieron en el fortín mayor?
- LIMPIAS: No sé qué habrán encontrado con los cuerpos. Oí las voces y me enteré del suceso sin detalles.
- FRAILE: Quizás no haya sido peste... (*Queda pensativo*)
- SALDUENDO: ¿En qué piensa el reverendo?
- FRAILE: Recordaba la horrible risa del mudo... acaso... Pero no, quién va a entender a esos caníbales.
(*Vuelve a oírse afuera el chillido de un pájaro. Otro chilla más lejos*)

- LIMPIAS: Confieso que entiendo mejor a mis perros...
- SALDUENDO: ¿Y de la leprosa? ¿Alcanzó a ver qué hacía rondando las pipas en el atracadero?
- LIMPIAS: Sólo un fuerte viento de tempestad gemía por aquellas oscuridades.
- FRAILE: Sus mercedes me perdonen, pero vuelvo a mi preocupación. Todo cuanto ha ocurrido con esos caribes esta noche, unido a las noticias que tengo sabidas, me turba sobre manera...
- LIMPIAS: Todo es un poco extraño, no hay duda, pero ¿qué debemos temer?
- SALDUENDO: Pienso como vos, señor capitán. No es la primera noche que mueren caribes en Nueva Cádiz, ni la única en que hay escándalos, perros aullando y sombras merodeadoras...
- LIMPIAS: Ni tampoco será la última.
- SALDUENDO: Sin embargo, debo decir como el reverendo, que la risa fúnebre de Tigüire me impresionó.
- FRAILE: Además de haberme impresionado sufro otro temor.
- SALDUENDO: ¿Cuál?
- FRAILE: ¿Se han dado cuenta de lo que puede significar el curare en manos de otros indios? ¿Cómo lo consiguió el mudo ese?
- SALDUENDO: Ah, ¡no había pensado detenidamente eso!
- LIMPIAS: Ni yo... ¡Tiene razón el reverendo!
- SALDUENDO: Creo que es urgente tomar medidas. ¡Es un tósigo fulminante!
- FRAILE: ¡Hasta con las uñas podrían asesinar cristianos!
- LIMPIAS: ¡Sálvenos el Padre Eterno!
(Óyense pasos afuera)
- ALONZO: (Entrando) ¡Aquí llega su señoría! (Hacia la puerta) Pase,

pase, su merced... (*Entra el Gobernador Francisco de Castellanos*)

CASTELLANOS: (*Saludando*) ¡Salud, señores...!

ALONZO: (*Coreado por Limpias y el Fraile*) Téngala muy buena su señoría...

CASTELLANOS: (*Al Fraile*) Hanme dicho, señor Fraile, que tenéis cosas importantes que comunicarme... Veamos, veamos... (*Se sienta*)

FRAILE: Así es señor.

CASTELLANOS: (*A Alonzo*): Señor Alonzo, prevenid en el fortín mayor que iré a dormir allá, luego de despachar esto, aquí me buscaréis.

ALONZO: Así lo haré, pierda cuidado su señoría... (*Sale*)

CASTELLANOS: (*Al Fraile*) Bueno, diga el reverendo.

FRAILE: Mucha alarma hay señor en Nueva Cádiz, pero antes leed esto... (*Saca el pliego y lo tiende al Gobernador, éste lo toma y comienza a leerlo. La luz se va apagando hasta la oscuridad*)

ACTO SEGUNDO

CUADRO CUATRO

(Lentamente la luz se va encendiendo en la escena del rancho, afuera, muy cerca, ladran perros mientras algunas voces los azuzan a rastrear. Quenepa se medio incorpora en la estera, con cierta inquietud. Los ladridos y las voces se alejan. Entra Cuciú sigilosamente y mirando hacia afuera como temerosa de que la hayan visto. Trae la marusa y un pequeño bojote en las manos)

CUCIÚ: Buscan uno de los nuestros que escapó del fortín, los perros huelen la tierra y se orientan hacia la playa.

QUENEPA: Cómo me remueven recuerdos sombríos esas fieras ladrando en persecución de un caribe... *(Oscuridad, sobre la cabeza de Quenepa una débil luz azul)* Allá vienen, Wooli, los enemigos... azuzan sus caballos y sus perros de presa... disparan sus armas, blanden sus espadas... apenas hay hombres caribes cerca de los ranchos, todos han sucumbido defendiendo el paso del cerro... los perros hicieron presas en muchas gargantas... Mira cómo traen sus bocas sanguinolentas y terribles... Wooli, hija mía, huye con los niños, llévalos de aquí pronto, a la selva, a los riscos, lo más lejos posible, donde no los encuentren estos raros invasores... detrás

de los ranchos subía hacia las nubes, negro, doloroso, el humo del maizal. Piyú lo había quemado, y había quemado las yucas y las matas de algodón... que todo lo destruya el fuego, dijo, antes de que caiga en manos de los enemigos... ¡Cuántos de los nuestros muertos! ¡Cuántos heridos cautivos! ¡Hubiera sido preferible morir! ¡Después entre las lágrimas de impotencia vimos quedarse atrás, sola bajo las cenizas, nuestra tierra...! ¡Y como un río desbordado vino el sufrimiento...! (*La luz se va encendiendo lentamente*) ¡Esos perros buscando con sus fauces abiertas! (*Se toca el pecho*) ¡Aquí siento sus mordidas, Cuciú, aquí las siento!

CUCIÚ: Sólo deseo que el fugitivo encuentre una curiara... podrá ganar el mar...

QUENEPA: Pronto no tendrán en Cubagua a quién rastrear con sus fieras. (*Con una sonrisa fría*) ¡Se persigue inútilmente a los muertos!

CUCIÚ: (*Sordamente*) ¡La muerte! ¡Ese que huye desea vivir!

QUENEPA: ¿Por qué insistes en hablar de vivir? (*Sin disimular su resentimiento*) No has debido volver aquí, Cuciú, ¿por qué no te quedaste con Yorosco en la roca donde habita? Has debido hacerlo.

CUCIÚ: Usted sabe que no fui con Yorosco. Anduve por los atracaderos haciendo lo que él me mandó. He vuelto porque necesito preparar esto que he traído. (*Se sienta en el ture de espaldas a Queneпа, saca algo de la marusa y del bojote y comienza a manipular*)

QUENEPA: (*Suave*) Debes comprender, Cuciú, eres una muchacha despierta, todo cuanto hagan no servirá sino para apretar más las cadenas y dogales en los cuellos de los

caribes; volverán los empalamientos, los miembros cortados, el garrote...

CUCIÚ: Puede engañarse la abuela...

QUENEPA: (*Airada*) ¿Engañarme? ¡Hablas sin ningún respeto a mi vejez! ¡Hasta eso lo has perdido, Cuciú!

CUCIÚ: Decirle que puede sufrir engaño no es faltarle el respeto.

QUENEPA: Sí lo es... Y no solamente me lo faltas a mí sino a nuestros antepasados. Sus espíritus se irritarán, Cuciú, y tu castigo será terrible... Maldita serás, Cuciú, y hasta la vida se te vaya, vieja, más vieja que yo, has de ser esclava, sin amores, sin ilusiones, y querrán ellos que nuestra tierra, esa que tanto amamos los caribes y por la que tanto hemos sufrido al querer defenderla de los extranjeros, niegue su cobijo a tus huesos y anden siempre en picos y dientes de aves de rapiña y fieras.

CUCIÚ: Hiérame cuanto quiera con sus palabras. Pero desde hace unos momentos sentí en mí, con mayor fuerza, que Yorosco tiene razón. He visto que nuestros enemigos pueden sentir miedo.

QUENEPA: Miedo tienes tú, Yorosco, los otros...

CUCIÚ: ¡No! Lo tienen los enemigos extranjeros. Esas voces que he sentido por aquí azuzando a los perros; esa búsqueda presurosa del fugitivo, ¿qué son sino miedo? Miedo a nuestra ira, a nuestra venganza... si podemos atemorizarlos también podremos destruirlos... además...

QUENEPA: ¿Además qué?

CUCIÚ: Estamos sobre el fuego de la desesperación... Y nos ayudarán la astucia, el odio...

- QUENEPA: (*Sarcástica*) Ya veo a los extranjeros riéndose de ustedes...
- CUCIÚ: Esta noche no se reirán...
- QUENEPA: Pero me río yo. (*Ríe con frialdad burlona*) ¿Crees que puede vencer una liebre luchando con un jaguar?
- CUCIÚ: Ahora es usted la que no habla como una caribe.
- QUENEPA: (*Iracunda*) ¡Cuciú! ¡Recuerda quién soy!
- CUCIÚ: (*Dejando lo que hace y acercándose a Quenepa*) ¿Sabe lo que hago ahora?
- QUENEPA: (*Despectivamente*) Preparas comida para Yorosco y quién sabe si para los otros... Me huele a pescado.
- CUCIÚ: Sí, preparo pescado, pero no es para Yorosco. Lo preparo para echarlo a los perros, ¿y sabe lo que le pongo? Zumo venenoso de ñongué. Es parte de lo que debo hacer. Otros, como yo, como usted, como Yorosco, preparan distintas sorpresas para el enemigo.
- QUENEPA: ¿Y qué ganarán con eso? Pueden traer más perros.
- CUCIÚ: También, abuela, si nos dejamos morir pueden traer más esclavos, pero Yorosco me lo ha dicho, si luchamos, aun cuando nos maten, los caribes que traigan para esclavizarlos aquí también lucharán, y podrán morir del mismo modo, pero si traen otros también lucharán... ¡y algún día esa lucha dará frutos!
- QUENEPA: Parloteos de loro.
- CUCIÚ: Recuerde lo que oí antes... en Maracapana están alzadas las flechas de la venganza. ¡No estamos solos!
- QUENEPA: No me engañarán, Cuciú. Todo cuanto hacen es para eludir el mandato. ¡Quieres más la vida que la libertad! (*Entra Piescó, gravemente animado*)
- PIESCÓ: ¡Quenepa, el mandato se está cumpliendo, ya se han dado muerte otros!

- QUENEPA: ¿Quiénes lo hicieron ahora?
- PIESCÓ: Todos los sacadores de ostras que encierran por las noches en los fosos del fortín mayor. Los enemigos echan pestes y vociferan sin entender lo que ha pasado...
- QUENEPA: Ya veo a los espíritus de los abuelos sonreír entre las sombras.
- PIESCÓ: Satisfechos han de estar por lo que hacemos.
- QUENEPA: Esos muertos fueron caribes y supieron cumplir. ¡Pero hay otros que prefieren renegar del mandato y vivir...!
- PIESCÓ: ¡No creo! ¡No creo!
- QUENEPA: Debes creerlo. Sé de algunos que prefieren la esclavitud, y con el pretexto de luchar alguna vez no piensan darse la muerte.
- PIESCÓ: ¿Quién puede preferir la esclavitud?
- QUENEPA: Muchos que tienen miedo. ¡Ya hay cobardes entre los caribes, Piescó!
- PIESCÓ: ¿Cobardes? ¿Has dicho cobardes?
- QUENEPA: ¡Sí!
- PIESCÓ: Nombra a esos que no quieren obedecer el mandato. Nómbralos para maldecirlos ahora y cuando ya no esté andando en la vida... ¡Nómbralos, Quenepa!
- QUENEPA: Cuciú es una...
- PIESCÓ: ¿Cuciú? (*Va hasta donde está Cuciú*) ¿Tú? ¿Tú? Dile con altivez a la abuela Quenepa que miente... Díselo, pequeña luciérnaga... arrójaselo a la cara... quita de ti esa ofensa...
- CUCIÚ: No temo morir, piache Piescó, ahora mismo estoy dispuesta a hacerlo...
- PIESCÓ: ¡Has quitado el pesar y la ira de mi pecho!

- CUCIÚ: Pero no creo que debamos extinguirnos pasivamente como mueren esos árboles tristes.
- PIESCÓ: *(Sin comprender claramente lo que dice Cuciú)* ¿No has entendido? Dejándonos morir nos vengamos... además, Cuciú, la muerte será la libertad...
- CUCIÚ: *(Negando con la cabeza)* ¿Quién la verá? Píache Piescó, yo creo más en la lucha y para luchar conviene vivir...
- QUENEPA: *(A Piescó)* ¿Ves claro lo que hay en el corazón de Cuciú? Rehúye el mandato...
- PIESCÓ: *(Retrocediendo asombrado como si Cuciú emanara algo espantoso)* Ha dicho la verdad la abuela Quenepa, no crees en los ancianos ni en los dioses y burlas el dictado de los antepasados.
- CUCIÚ: Desde que el enemigo apareció en nuestras tierras los caribes hemos luchado. ¿Por qué no seguir? ¿Por qué extinguirnos?
- PIESCÓ: *(Airado y fuera de sí)* Los espíritus enemigos de nuestros pueblos están dentro de ti...
- QUENEPA: También Yorosco burla lo que se ha dispuesto.
- PIESCÓ: ¿Él?
- QUENEPA: Propaga al oído de muchos caribes ideas contrarias al cumplimiento del mandato... *(Señalando a Cuciú)* ella lo ha escuchado.
- PIESCÓ: ¿Cuándo los jóvenes caribes se habían puesto frente a sus mayores? ¿Cuándo el dictado de los muertos ha sido desobedecido?
- QUENEPA: Ya hay varios que piensan como él. ¡El aire de esta isla los ha corrompido!
- PIESCÓ: ¡Yorosco! ¡Yorosco! Antes de ser herido y capturado combatió como un jaguar airado, era obediente a los

más viejos y a los espíritus... ¿Qué le puede haber pasado?

QUENEPA: La esclavitud ha turbado su pensamiento y lo ha vuelto cobarde... eso debe ser.

PIESCÓ: ¡Ah! Yorosco entonces propaga la cobardía. Ella nunca ha existido entre nosotros. ¡Yorosco, Yorosco, te buscaré, pues antes de que mi cuerpo copie la imagen de la muerte he de arrojarte a la cara mi saliva oscura!
(*Sale presa de ira*)

QUENEPA: Eso es, arrójale a su cara tu saliva, también lo haría yo si pudiera. (*A Cuciú*) Temblarán hasta los huesos de ustedes, Cuciú, cuando les llegue el castigo.
(*Cerca vuelven a ladrar los perros*)

CUCIÚ: (*Inquieta*) Regresan con sus perros de la persecución. (*Se asoma a la puerta*) Allá pasan con hachones encendidos. Parece que no han encontrado a nadie. Van presurosos. ¡Ah, mi corazón oye que tienen miedo! (*Yendo hacia la abuela*) Y lo tendrán más cuando vean llegar a los nuestros de Maracapaná con las flechas y macanas movidas por la furia de la venganza. ¡Algún día los destruiremos, abuela, sabemos ya que son vulnerables!

QUENEPA: ¡Estás engañada! (*Serena*) ¿Por qué no oyes, Cuciú, la voz de nuestros antepasados?

CUCIÚ: (*No quiere escuchar*) Haré lo que debo hacer...
(*Recoge una parte del pescado que ha preparado, lo envuelve y se dispone a salir, entra Yorosco, trae algunas conchas, palos cortos, piedras y un rollo de cuerda, también algunas flechas*)

YOROSCO: (*Señalando hacia afuera*) Hacia los peñascales van con los perros. Me oculté detrás de los cardones cuando pasaron.
(*Quenepa llena de desprecio da la espalda cuando habla Yorosco*)

- QUENEPA: ¡Renegado!
- YOROSCO: *(Mira a Quenepa y alza los hombros. Luego habla a Cuciú)*
¿Preparaste el pescado? Aquí traigo también un pedazo de conejo, su carne la apetecen mucho los perros. *(Pone en el suelo lo que trae)*
- CUCIÚ: El pescado está listo, sólo habrá que arrojarlo en los sitios donde encierran a esas fieras.
- YOROSCO: Ya están prestas las manos que lo harán, aprovechando las últimas sombras de esta noche.
- CUCIÚ: *(Señalando las piedras, los palos y lo demás que ha traído Yorosco)* ¿Para qué son esas conchas, piedras, palos y guarales?
- YOROSCO: Para que hagas macanas y cuchillos. En otros lugares también hacen diversas armas.
- CUCIÚ: Trabajaré ahora mismo.
- YOROSCO: *(Revisando el pescado que ha preparado Cuciú)* Sólo deseo que el veneno surta efecto.
- CUCIÚ: Puse bastante. El ñongué no es muy fuerte, pero en Cubagua no hay dónde conseguir otro más efectivo.
- YOROSCO: Supimos que en el fortín, hace poco, junto a muchos nuestros que murieron encontraron curare. Una ollita muy pequeña.
- CUCIÚ: ¡Curare! ¿En el fortín?
- YOROSCO: Sí.
- CUCIÚ: ¿Por eso buscarán tanto?
- YOROSCO: Por eso debe ser.
- CUCIÚ: Y tienen miedo.
- YOROSCO: Saben lo que puede significar. Ah, si lo tuviéramos nosotros...
- CUCIÚ: ¿Quién pudo traerlo a Cubagua? Queda muy lejos donde lo hacen.

- YOROSCO: Me gustaría saberlo.
- CUCIÚ: Ah, (*Señalando a Quenepe*) ¿no lo sabrá ella?
- YOROSCO: ¿La abuela? ¿Ahí, con sus piernas partidas?
- CUCIÚ: Puede ser.
- YOROSCO: (*A Quenepe*) Abuela, en Cubagua hay curare...
- QUENEPA: ¡Renegado!
- YOROSCO: (*Sereno*) El enemigo lo ha encontrado...
- QUENEPA: No tienes que hablarme. Sólo los verdaderos caribes pueden hacerlo.
- YOROSCO: Vamos a luchar contra el enemigo, somos bastantes...
- QUENEPA: Los has engañado...
- YOROSCO: Antes de salir el sol atacaremos...
- QUENEPA: Nuestros dioses no estarán con ustedes...
- YOROSCO: (*Impasible*) Si tuviéramos curare todo sería más fácil.
- CUCIÚ: (*Suave pero firme*) Diga, abuela, ¿sabe quién lo trajo?
- QUENEPA: (*Indiferente*) Nada tengo que hacer con eso.
- YOROSCO: ¡Cada herida sería un enemigo menos! ¡Dígame, abuela!
- CUCIÚ: (*A Quenepe*) ¿Hay más en poder de algunos de los nuestros?
- QUENEPA: ¿Y si lo hay? ¿Qué? No será para usarlo en lo que ustedes pretenden hacer.
- YOROSCO: (*A Cuciú*) Si hay más en Cubagua, averiguaré quién lo tiene.
- QUENEPA: ¡Nada te detiene en tu afán, Yorosco, seguramente que un mal demonio de nuestros enemigos te guía...!
- YOROSCO: (*A Cuciú*): Me llevaré el pescado, pronto estará en las manos que han de arrojarlo a los perros.
- CUCIÚ: Deseo que lo coman los más fieros.
- YOROSCO: Son los que siempre tienen hambre, lo comerán pronto. Haz los cuchillos con las conchas más afiladas, volveré

por ellos. Muchas cosas debo hacer antes de que el sol despunte. (*A Quenepa*) Abuela, con curare o sin él las armas se alzarán iracundas en las manos de los caribes aquí cautivos.

QUENEPA: ¡Ay de ti, Yorosco!

CUCIÚ: (*A Quenepa*) Diga, abuela, en vez de eso, ¡ay de nuestros enemigos! ¡Debe decirlo, porque usted los odia! ¡Sé que los odia!

QUENEPA: (*Terca*) ¡Ay de quienes violan el mandato!

YOROSCO: (*A Quenepa*) La muerte vendrá, ¡pero luchando!

QUENEPA: (*Reticente*) ¡Ay de ti, Yorosco!

YOROSCO: Una guarura nuestra desde lo alto de la roca roja, gritará al aire el comienzo del ataque.

(*Sale, la escena va oscureciendo lentamente*)

ACTO TERCERO
CUADRO CINCO

(Al correrse el telón la luz se va encendiendo lentamente en la vivienda de Salduendo. El Gobernador deja el pliego sobre la mesa. Se incorpora y comienza a caminar nervioso)

- CASTELLANOS: Señores, ya están enterados de las malas nuevas que traje el pliego.
- LIMPIAS: En verdad que no anduvo corto el señor prior en relatar cuanto ocurrió.
- CASTELLANOS: *(Al Fraile)* Hizo bien en darme aviso esta misma noche, creo que no debemos perder tiempo.
- SALDUENDO: Razón tiene su señoría, cada hora que pase puede agrandar los males de quienes aún queden con vida en Nueva Toledo y Maracapaná.
- FRAILE: Si es que aún quedan cristianos vivos.
- CASTELLANOS: *(Al Fraile)* No pierda el reverendo las esperanzas.
- FRAILE: Recuerde su señoría que el venerable Prior habla de grandes estragos y matanzas.
- CASTELLANOS: Asistiremos a los que aún resistan.
- SALDUENDO: Y cobraremos a los caribes ciento por uno.
- LIMPIAS: Haremos un escarmiento terrible.
- CASTELLANOS: Así ha de ser. Y navíos vendrán de España misma si fuere necesario para ayudarnos en el castigo.

- SALDUENDO: (*Asomándose a la ventana*) Enhoramala, el mar sigue como si hubiera tempestad.
- CASTELLANOS: No es bueno el tiempo para salir esta misma noche. Sin embargo, tomaremos medidas para hacerlo al amanecer.
- LIMPIAS: Bueno será para caer sobre la indiada por sorpresa.
- CASTELLANOS: (*A Salduendo*) Maese Salduendo, id en busca del maestro Antonio de Fonseca y decidle que apreste el navío grande, pues apenas haya viento favorable a las primeras luces levaremos anclas. Ah, y de paso dad aviso a la marinería de las goletas y demás gente de mar.
- SALDUENDO: Obedezco a su señoría. (*Sale*)
- CASTELLANOS: (*Al Fraile*) Quizás sea conveniente tocar las campanas para poner sobre alerta a la gente de Nueva Cádiz.
- FRAILE: ¿Lo ordena usted?
- CASTELLANOS: (*Reflexivo*) Pensándolo bien, mejor será esperar...
- FRAILE: Estoy tan temeroso de que esos salvajes puedan atacar a esta isla que en el campanario dejé al sacristán vigilando...
- CASTELLANOS: Dicen que es dormilón.
- FRAILE: Pues, ¡ay de él si osa cerrar los ojos! Le ordené que al sólo mirar alguna luz extraña sobre el mar, eche las campanas a vuelo...
- CASTELLANOS: Es buena medida, señor Fraile.
- LIMPIAS: Sin embargo, la oscuridad de esta noche es tal, que difícilmente podrán penetrarla los ojos del señor sacristán, el cual me temo que a más de dormilón es miope.
- FRAILE: Sí que lo es, pero les tiene pavor a los caníbales...
- CASTELLANOS: Entonces no despabilará siquiera. (*A Limpias*) Capitán,

vaya usted hasta la Casa Fuerte y avise al alférez mayor que tenga lista gente de tropa... Ah, y que revise las goletas, que queden bien aprovisionadas de pólvora y municiones.

LIMPIAS: ¿Llevará perros la expedición?

CASTELLANOS: Por supuesto, caballero. Pase su merced por el sitio de la brea y haga que los acondicionen en traíllas.

(A lo lejos se oyen gritos y voces.)

LIMPIAS: Pierda cuidado, haré que escojan a los más fieros. ¡Vaya que harán buena cacería! *(Sale)*

CASTELLANOS: *(Al Fraile)* Debería el reverendo dormir aun cuando fuere un par de horas, así estaría repuesto para las penurias de la expedición, deseo que vaya en ella...

FRAILE: Se lo iba a pedir. Pero antes ordenaré rezos y penitencia por los difuntos.

CASTELLANOS: Y haga rogar también porque salgamos bien de la empresa...

(Vuelven a oírse gritos y voces lejanas. Entra Alonzo presa de alarma)

ALONZO: Gran alarma hay en el fortín, señor, pues otros caribes se han fugado. Mire que nadie se explica cómo lo hicieron, pues bien atados estaban por cuellos y tobillos.

FRAILE: ¿Ya han salido en su persecución?

ALONZO: Sí. ¡Y muy agitada anda la gente!

CASTELLANOS: ¡Pero, señor Oidor, no es para espantarse tanto! ¿Acaso ocurre la primera vez? ¡Ya serán fácilmente cazados!

ALONZO: Sepa su señoría que hay otras noticias peores...

CASTELLANOS: Vamos que es noche de alarmas ésta. ¡Dígalas pronto, señor Oidor!

ALONZO: ¡Ni una pinta de agua queda en Nueva Cádiz!

- CASTELLANOS: ¡Cómo!
- ALONZO: ¡Así es! Todos los grandes barriles del atracadero se han vaciado hasta la última gota...
- CASTELLANOS: ¡Por las ánimas benditas! ¿Cómo pudo ocurrir eso?
- ALONZO: Nadie sabe, pero casi todos estaban agujereados por varios sitios...
- CASTELLANOS: ¿Y el vigilante de ellos? ¿Acaso se emborrachó? ¡Habrá que ahorcarlo si tal hizo!
- ALONZO: En las rocas de la playa blanca fue hallado sin sentido, y crea que borracho no estaba...
- CASTELLANOS: ¿Entonces?
- ALONZO: Tenía un fuerte golpe en la cabeza.
- FRAILE: ¡Malas andan las cosas!
- CASTELLANOS: ¡Vaya calamidad! ¡Quizás riñó con alguien!
- ALONZO: Lo más extraño son los toneles agujereados.
- CASTELLANOS: ¡Cierto! ¡Cierto! ¡Créanme sus mercedes que haré dar garrote a quienes resulten culpables!
- FRAILE: Esta isla sin agua es un infierno.
- CASTELLANOS: Mañana mismo habrá necesidad de ella...
- ALONZO: Tendremos que poner premura en traerla.
- CASTELLANOS: ¿Y habrá agua en las goletas y en el navío grande? ¡Señor Oidor, bueno será averiguarlo!
- ALONZO: No había pensado en ello, mire que será necesaria mucha para la expedición... ahora mismo haré que se averigüe.
- (Cuando va a salir entra Limpias muy agitado)*
- LIMPIAS: Vea su señoría que algo grave ha ocurrido, las amarras de todas las pequeñas embarcaciones que estaban surtas en el atracadero fueron cortadas...
- CASTELLANOS: ¡Cortadas las amarras!

- LIMPIAS: Al garette andan sobre el mar todas las curiaras y goletas.
- ALONZO: ¡Por la santísima Virgen!
- LIMPIAS: Sólo las embarcaciones que estaban ancladas afuera no corrieron esa suerte...
- FRAILE: Bueno será dar señales de alarma...
- LIMPIAS: Soldados del fortín encienden fogatas en la playa para advertir a los del navío grande, pues no hay una sola curiara con la cual llegar hasta ellos... además el mar bate olas como montañas...
- CASTELLANOS: ¡Enhoramala! Todo parece cosa de demonios...
- ALONZO: Eso mismo pienso. ¡Vaya que es diabólico eso de cortar las amarras de las embarcaciones...
- LIMPIAS: ¡Pueden perderse las que andan a la deriva sobre ese mar proceloso...! ¡Aislada podrá quedar esta isla!
- CASTELLANOS: ¡Por Lucifer! ¡Verdad es!
(A lo lejos aumentan los gritos y las voces de alarma)
- LIMPIAS: Deseaba órdenes tuyas para disponer que tiren al mar varios indios de servicio, bien atados con cuerdas e intenten rescatar algunas curiaras... Hay que establecer contacto con el navío grande...
- FRAILE: ¿Lo permitirá la fuerza del mar?
- CASTELLANOS: *(A Limpias)* Podrán ahogarse, seguramente...
- LIMPIAS: Pero hay que correr el riesgo...
- CASTELLANOS: ¡Vaya usted entonces, señor capitán!
(Limpias sale)
- FRAILE: ¡Quedar aislados en Nueva Cádiz sería terrible!
- CASTELLANOS: Eso no ocurrirá, tranquilícese usted, reverendo.
- FRAILE: *(Vuelven a oírse gritos a lo lejos)* Pienso en algo que acrecienta mis temores...
- CASTELLANOS: Diga usted en qué...

FRAILE: Esas pipas horadadas, las amarras de las embarcaciones cortadas... no sé... alguna intención tienen...

CASTELLANOS: Mi imaginación no ha ido tan lejos. He creído que sean jugarretas de borrachos o trasnochadores... Pero, cierto que los haré colgar y dejaré sus cuerpos al aire bien alto en la punta de palanqueta para que todos los miren y cobren escarmientos...

FRAILE: Pues mire, señoría, que no creo que sea cosa de borrachos y trasnochadores...

CASTELLANOS: ¿Entonces?

FRAILE: Para mí que algo tiene que hacer todo cuanto ocurre con lo que dice el pliego...

ALONZO: Temores iguales guardo yo.

CASTELLANOS: ¡Qué barbaridad suponer tal cosa! ¿Acaso podrían desembarcar salvajes de esos que habla el prior de Nueva Toledo, en esta isla fortificada?

FRAILE: Piensa en los caníbales cautivos aquí...

CASTELLANOS: ¿Esos? ¡Vaya para mí que no tienen voluntad ni para mirar de frente!

ALONZO: Taimados lo son más...

CASTELLANOS: A sus mercedes el calor les ha calentado la cabeza...

FRAILE: Créame su señoría que...

(Entra Salduendo a la carrera y agitado)

SALDUENDO: ¡Alarmas traigo a su señoría! ¡Mire que han aparecido numerosos perros muertos por varios lugares, la trailla que se guarda en la Casa Fuerte presenta síntomas de envenenamiento...! Hay caballos desjarretados... además una ollita con curare fue encontrada en el fortín en el mismo sitio donde murieron hace poco los caribes... ¡Válganos la Virgen y el apóstol Santiago!

- CASTELLANOS: ¡Caballeros, esto sí es para alarmarse!
(A lo lejos los gritos se hacen más fuertes y los rumores del mar crecen).
- FRAILE: Mire su señoría que no ando descaminado...
- SALDUENDO: ¡Si hay curare en poder de los indios fugitivos pueden sobrevenirnos graves desgracias...!
- FRAILE: ¡La muerte caerá sobre nosotros!
- ALONZO: ¡Se imponen medidas violentas!
- SALDUENDO: ¡Su señoría dirá qué debe hacerse!
- FRAILE: ¿Ordeno al sacristán que toque a rebato?
- CASTELLANOS: ¡Quizás deba ir pronto a la Casa Fuerte! ¡Es menester armarse! ¡Organizar patrullas y encender fogatas por doquier!
(Entra Limpias)
- LIMPIAS: ¡Los indios de servicio que arrojamos al mar en busca de las piraguas han desaparecido! ¡Treinta eran y al parecer el mar se los tragó! ¡El oleaje crece y ha cubierto ya el rompeolas del atracadero! ¡Un muro de la caballeriza se ha derrumbado y mire su señoría que los caballos andan sueltos...! ¡¡Díjome el señor alférez que han desaparecido las bridas y los arneses!! ¡¡Casi creo que es cosa de diablos ciertamente!!
- FRAILE: ¡Al cielo clamo porque nos defienda!
- ALONZO: ¡Iré pronto por mi armadura!
- SALDUENDO: *(A Limpias)* ¿No hay peligro de que el mar tal como está llegue hasta el sitio de la pólvora?
- CASTELLANOS: *(Al fraile)* ¡Vaya usted a la iglesia y prepárese para tocar a rebato al nomás ordenárselo! *(A los otros)* ¡Señores, hay que actuar enseguida...! Me temo que ya estamos...
(Se oye un ruido extraño, profundo, la luz casi se extingue y todo

se estremece. A lo lejos se alza de pronto una gritería confusa de voces que claman y expresan espanto)

LIMPIAS: *(Gritando espantado)* ¡¡Socorramos la Providencia!!

SALDUENDO: *(Con alarma)* ¡¡El mar invade a Cubagua!!

(El ruido sordo vuelve a oírse como llegando del fondo de la tierra, seguido de otros como de grandes masas que se derrumban con estruendo)

CASTELLANOS: ¡¡El apóstol Santiago venga con nosotros!!

(Todo se estremece de nuevo y a lo lejos la campana comienza a tocar como si alguien la agitara presa de pánico)

FRAILE: ¡¡La campana, caballeros!! ¡¡La campana!!

CASTELLANOS: ¡¡Toca a rebato!!

ALONZO: ¡¡Nos invaden los caribes!!

(El ruido espantoso vuelve a oírse, cerca se derrumba estrepitosamente algo)

CASTELLANOS: ¡¡Señores... Terremoto!! ¡¡Es un terremoto!! ¡¡Apiádese la Virgen!! ¡¡Corramos!!

(Va contra la puerta y trata de abrirla. La luz se extingue más)

SALDUENDO: *(Asomándose a la ventana)* ¡¡La puerta está tapiada!! ¡¡Todo se derrumba!! ¡¡Ave María Purísima!! ¡¡La tierra se abre, veo llamas!!

(La campana suena a lo lejos con agitada estridencia)

FRAILE: ¡¡Vienen también los caribes!! ¡¡Lo dice la campana!!

ALONZO: *(Yendo también a la ventana e intentando forzar los barrotes para salir)* ¡¡Huyamos señores, el mar se tragará la tierra!!

(Por sobre el ruido suena, aguda, una guarurá)

LIMPIAS: *(Cayendo de rodillas frente al Fraile)* ¡¡Deme usted, la confesión!! ¡¡Démela usted, fray Olegario!!

CASTELLANOS: ¡¡Bendíganos en nombre de Dios!!

ALONZO: *(A gritos mientras mira hacia afuera)* ¡¡Sigue abriéndose la

- tierra!! ¡¡Moriremos todos!! ¡¡Socorro!! ¡¡Socorro!!
- FRAILE: ¡¡Nueva Cádiz ha sido castigada!! ¡¡Ay de nosotros!!
¡¡Ay de esta ciudad de escándalos e impiedad!! ¡¡Fuego
y cenizas caerá sobre ella!!
- SALDUENDO: ¡¡Échenos el fraile su bendición!!
- FRAILE: *(Bendiciendo al azar y entre la oscuridad)* ¡¡Todo se lo tragará
el mar!! ¡¡Todo!!
- LIMPIAS: ¡¡Quiero la confesión!! ¡¡Quiero la confesión!!
*(Oscuridad total, a lo lejos siguen oyéndose los ruidos y gritos y
el repique violento y enloquecido de la campana. Los ruidos y el
toque de la campana persistirán durante todo el tiempo que dure
la luz apagada y luego seguirán pero más lejanos a medida que
se enciende en el rancho)*

ACTO TERCERO

CUADRO SEIS

- QUENEPA: *(Gritando)* ¡Cuciú! ¡Cuciú!
- CUCIÚ: *(Corriendo presa de angustia hacia la puerta)* ¡El mar se ha desbordado! ¡El mar invade a Cubagua! ¡El mar avanza hacia acá!
- QUENEPA: ¡Cuciú! ¡Cuciú! ¡No es el mar! ¿Oyes el ruido que viene del fondo de la tierra? ¡Óyelo!
- CUCIÚ: *(Asustada)* ¡Lo oigo, abuela! ¡Lo oigo!
- QUENEPA: ¡La tierra se ha movido bajo mí, Cuciú! ¡¡Se ha movido!!
- CUCIÚ: ¡¡Tiembra bajo mis pies!! ¡¡También lo siento!!
- QUENEPA: ¡¡Cubagua se hunde, Cuciú!! ¡¡El mar la cubrirá toda!!
¡¡Las nubes de los cielos deben estar desprendiéndose para caer sobre nosotros!! ¡¡Oye el ruido del mar tragándose todo!!
(Cuciú se acerca a la abuela)
- CUCIÚ: ¡¿Qué pasará?! ¡Tengo la sangre fría y mi corazón quiere salir del pecho! ¡El mar nos cubrirá, abuela!
(Los gritos exteriores persisten, confundiendo con el ruido sordo del mar, el rumor profundo que viene del fondo de la tierra. Muy lejano óyese el tañir de la campana enloquecida)
- QUENEPA: ¡Cuciú! ¿No sabes qué sucede? ¡¿No lo sabes?!!

- CUCIÚ: ¡No, abuela! ¡Pero tengo miedo!
- QUENEPA: ¡¡Son nuestros antepasados que se vengan Cuciú!!
(Cuciú atemorizada y sin moverse mira por doquier tratando de explicarse inútilmente lo que ocurre a su alrededor)
- CUCIÚ: ¡¡Vuelve a moverse la tierra, abuela, ¿siente?!!
- QUENEPA: ¡Sí! ¡Ellos la están moviendo! ¡Y remueven el mar, y el viento! ¡Esta isla maldita se hundirá, Cuciú, bajo su ira terrible!
- CUCIÚ: *(Como un eco)* ¡Todo se hundirá! ¡El mar se lo tragará todo!
- QUENEPA: ¡Quedarán únicamente las aguas sombrías sobre los peñones solitarios!
- CUCIÚ: ¡Gritan a lo lejos! ¡La campana de la iglesia parece que no se va a callar! *(Corre nuevamente hacia la puerta y mira afuera)* ¡Sigue avanzando el mar! ¡Sus olas se elevan hasta el cielo...! ¡Tiene razón, abuela! ¡Todo se lo tragará el mar!
- QUENEPA: ¡Yo te lo decía, Cuciú, que tú y Yorosco y todos los otros estaban colmando la paciencia de nuestros antepasados! ¡Han despertado sus iras y ellos se vengan!
- CUCIÚ: ¡No diga usted eso! ¡No es por nosotros!
- QUENEPA: ¡Yo sé que es así! ¡¡Se están vengando!! ¡Fíjate cómo sacuden y lanzan unas contra otras a las aguas y la tierra!
- CUCIÚ: *(Temerosa)* ¡Son capaces de hacer eso! ¡Tienen poder!
- QUENEPA: ¡Claro que sí! *(Riendo con frialdad)* ¡Ja, ja, ja! No querían extinguirse, despreciaron cumplir el mandato y creyeron que nada pasaría... ¡Se burlaron!
- CUCIÚ: ¡No hicimos eso!
- QUENEPA: Pero no habrá más burlas... ¡Oye la tierra, Cuciú, como

resuella en sus profundidades! ¡Oye el mar alzándose terrible hacia los cielos! ¡Tiembra, tiembra, porque los espíritus de nuestros antepasados han alzado sus manos! (*Mirando hacia lo alto y siguiendo con los ojos algo que se ve pasar*) ¡Yo los miro en el aire! ¡Yo los veo pasar sonrientes y terribles por nuestras cabezas después de haber desatado sus oscuras violencias! ¡Míralos, Cuciú! ¡Míralos!

CUCIÚ: (*Aterrorizada*) ¡No! ¡No!

QUENEPA: ¡Ja, ja, ja, ja...! ¡La campana del templo de los extranjeros quiere calmarlos pero no puede! ¡Los espíritus vuelan y se ríen! ¡Yo los veo reír! ¡Yo los veo! (*Cuciú busca inútilmente por el aire y las sombras*) ¡Tú no los puedes ver, Cuciú, porque tú renegaste! ¡Ya tú no eres una caribe! (*A lo alto*) ¡Pasen! ¡Vuelen! ¡Destruyan! ¡Que no quede ni una piedra, ni una concha, ni una perla! ¡Que se hundan en lo más negro de la tierra los blancos extranjeros con sus látigos, sus lanzas, sus cepos, sus hierros quemantes! ¡Que el mar se trague a los renegados! ¡Que Cubagua no sea nunca más lo que ha sido! ¡Pasen! ¡Pasen! ¡Pasen!

CUCIÚ: (*Cubriéndose el rostro con ambas manos*) ¡No quiero verlos! ¡Ahora no quiero verlos!

QUENEPA: ¡Ja, ja, ja, tienes miedo porque ya no eres una mujer caribe! (*A lo alto*) ¡Pasen, pasen y miren a Cuciú temblando como un polluelo! ¡Sigan en el aire revolviendo las sombras, hundiendo la tierra, desbordando las aguas! ¡Pasen! ¡Pasen! (*A Cuciú*) Mira, Cuciú, tú tienes miedo. ¡En cambio mi corazón grita de alegría! ¡Por fin de las frentes de los caribes se borrará este signo! (*Se golpea*

con fuerza la frente) ¡Ahora estoy tranquila! ¡Sí! ¡Véanme!
¡Véanme! ¡Pronto me iré con ustedes! (*Fuera los ruidos se hacen sordos, sombríos*) ¡Aguárdenme! ¡Sólo esperaba este momento el cual sabía que habría de llegar!

CUCIÚ: (*Con terror*) ¡Tiembra de nuevo bajo mis pies!

QUENEPa: (*A lo alto*) ¡Voy con ustedes! ¡Un instante más y seré otra sombra alargando mis uñas por el aire!

(Saca una ollita que tenía oculta, también una larga espina de pescado. Destapa la ollita y moja en ella la espina luego se hiere varias veces dándose cortes en el pecho y los brazos)

CUCIÚ: (*Paralizada por el temor y el asombro*) ¡Abuela Quenepa!

QUENEPa: ¡Ja, ja, ja, pronto seré otro espíritu vengativo! ¡¡Tiembra, Cuciú, Tiembra!!

(Entra corriendo Yorosco)

YOROSCO: ¡El mar invade a Cubagua! ¡La isla se hunde! ¡Nueva Cádiz se está derrumbando! (*Mueve por los hombros a Cuciú quien está paralizada por el terror*) ¡Todas las pequeñas embarcaciones cuyas amarras cortaste andan a la deriva, el mar las hundirá para siempre!

QUENEPa: (*A Yorosco*) ¡Ah, Yorosco, arrepíentete de haber renegado y vente conmigo! ¡Ayudemos a los espíritus de nuestros antepasados! ¡Míralos en el aire destruyendo esta isla donde tanto hemos sufrido! ¡Míralos sobre tu cabeza mostrando sus dientes y uñas!

(Yorosco temeroso mira a lo alto y busca)

YOROSCO: ¡Nada miran mis ojos, abuela!

QUENEPa: ¡Lo mismo que Cuciú! ¡No puedes ver porque renegaste! ¡Pero vente conmigo! ¡Vente! ¡Si ayudas te perdonarán! ¡Anda, hiérete! ¡Hiérete! (*Le tiende la espina*) ¡Son ellos los que sacuden airados a la tierra y al mar! ¡Son ellos

- vengando todo cuanto han sufrido los caribes! ¡Hiérete, Yorosco! ¡Hiérete! (*Muere*)
- YOROSCO: (*Viendo con asombro y temor a Quenepa*) ¡Abuela! ¡Abuela! (*Se acerca a ella y cobra un poco de conciencia sobre lo que ha ocurrido. Mira perplejo a Cucú*)
- CUCÚ: ¡Tenía curare! ¡Untó en él la espina y luego se hirió! ¡Lo tenía oculto...!
- YOROSCO: ¡Curare!
(*Los ruidos exteriores se acrecientan*)
- CUCÚ: ¡Tengo miedo, Yorosco! ¡Tengo miedo! (*Yorosco la abraza*) ¡Los espíritus de nuestros antepasados andan por el aire! ¡Quenepa los vio!
- YOROSCO: (*Temeroso*) ¡Sí, quizás son ellos los que mueven la tierra y enfurecen el mar! ¡Pasarán con los dientes apretados!
- CUCÚ: ¡Quenepa andará ya entre ellos mirándonos con sus ojos que espantan!
- YOROSCO: ¡Sí, tal vez ande! (*Mira hacia lo alto con temor*) ¡Pueden ser los espíritus quienes blanden sus armas en las sombras y hacen bramar las olas y rugir el viento!
- YOROSCO: ¡Oigo los rugidos! ¡Los oigo! (*Entra Piescó sacudido por una mezcla de espanto y alegría*)
- PIESCÓ: (*Mirando a Yorosco directamente*) ¡Ah, por fin te encuentro, Yorosco...! ¡Y en qué momento! ¿Oyes? ¿Te das cuenta? ¡Niega ahora que por boca del cacique Chatayna hablaron los espíritus de nuestros antepasados...! ¡Vuelve a negarlo!
- YOROSCO: ¡No lo he negado!
- PIESCÓ: ¡Sí negaste, la abuela Quenepa lo dijo a mis oídos! (*Mira a Quenepa y se asombra*) ¡Ah, la buena mujer! ¡La valiente y orgullosa que se ha ido! ¡No tuvo miedo!

¡Yorosco! ¡Yorosco! ¡Hoy es la noche de la muerte!
¡No habrá más esclavitud para los caribes! ¡El mar se
traga a Cubagua! ¡Oye sus rugidos! ¡Oye su furia! ¡En
su fondo se agitan enfurecidos los huesos de nuestros
hermanos sacrificados! ¡Óyelos sonar entre ostras y
perlas! ¡Óyelos! ¡Óyelos!

CUCIÚ: ¡Saltarán a la tierra!

PIESCÓ: ¡No! ¡Quedarán en el mar, alzándolo oscuro y sombrío
para hundir a Cubagua! ¡Para ocultar sus ostras, para
matar sus peces! ¡Yorosco, te quisiste burlar, dijiste que
los caribes no debían extinguirse en esta isla aborrecida,
pero siempre morirás y tu espíritu no podrá llegar a donde
moran los caribes...! ¡Ya no eres hijo de su pueblo...!

YOROSCO: Si ellos destruyen desde el aire nosotros destruiremos
en la tierra...

PIESCÓ: ¿Aún te rebelas?

YOROSCO: ¡El mar y la tierra estremeciéndose ayudarán a nuestra
lucha! ¡En el corazón del enemigo se acrecentará el
miedo...!

PIESCÓ: Creí que lo que ves y oyes pondría espanto y obediencia
en tu pecho. Pero sigues renegando y ellos desde las
sombras te destruirán... (*Muestra a Quenepa*) ¡La abuela
les dirá lo que eres, yo también lo haré...! (*Toma la
espina que usó Quenepa, rápidamente la unta en el curare de
la ollita y se hiere en el cuello varias veces*) ¡Pero antes quiero
escupirte, sí, escupirte, lo mereces! (*Escupe a Yorosco, éste
retrocede haciendo un esfuerzo violento por dominarse*)

CUCIÚ: ¡Abuelo Piescó!

(*Yorosco retrocede, mudo*)

PIESCÓ: ¡Ahora me hundiré en el mar, en su fondo cerraré mis
ojos y cuando los abra de nuevo seré un monstruo

fuerte, inmenso, con grandes garras y terribles ojos, y cuyo soplo elevará ciclones y encrespará las olas...! ¡Velaré siempre para que nunca vuelvan a estas tierras navíos cargados de hombres blancos! ¡Envídiame, Yorosco, envídiame! (*Sale rápido y tambaleante*)

YOROSCO: (*A Cuciú*) Tiemblas también. Como la tierra... anda, recojamos las armas que has hecho... (*Recoge las conchas y los artefactos que ha hecho Cuciú*)

CUCIÚ: (*Sombriá*) ¡Fue verdad lo que dijo Chatayna...!

YOROSCO: (*Suavemente enérgico*) Si ellos hacen todo eso desde las sombras es porque luchan... nos ofrecen la ocasión para que acabemos con los enemigos... (*Los ruidos exteriores crecen y se hacen más turbulentos*) ¡Oye cómo gritan llenos de espanto! ¡Óyelos...! (*Toma por un brazo a Cuciú y la acerca a la puerta*) ¡Sus viviendas y fuertes están destruidos...!

CUCIÚ: (*Soltándose y yendo a Quenepa*) ¿Cómo lo sabes?

YOROSCO: Vi cuando caían. Sus caballos y perros andan dispersos. Hombres y mujeres corren por doquier clamando a sus dioses. Desnudos, con los cabellos sueltos, lloran y gimen acobardados...

CUCIÚ: ¿Es verdad?
(*Suena a lo lejos, fuerte, una guarura*)

YOROSCO: ¡Sí! ¿Oyes? Ya entre ellos los nuestros, los que aún respiran, han comenzado a herir, a matar. En estos momentos, Katuró penetrará al lugar donde tienen la pólvora con una brasa en cada mano. Yacuma y Anague se arrastran hasta el lugar de las municiones... ¡Todo eso lo anuncia la guarura!

CUCIÚ: ¡Nada se ha detenido entonces? ¿Se hará todo lo urdido?

- YOROSCO: ¡Nadie retrocederá! ¡Mira! ¡Mira! ¡Tiembla otra vez la tierra! ¡Los antepasados nos invitan a luchar! ¡Lucharemos! *(Afuera se oye un torbellino sordo. Yorosco se asoma a la puerta)* ¡Ah, los perros y caballos huyen entre ladridos y relinchos! ¡Ya algunos comienzan a caer! *(Rápido va y toma la ollita de curare, que estaba cerca del cadáver de Quenepa)* Esto nos ayudará pronto... *(A lo lejos se oye una explosión)*
- CUCIÚ: ¡Se hunde todo!
- YOROSCO: ¡Es Katuró que ha cumplido! ¡Ha estallado la pólvora! ¡Yo también cumpliré y nada me importará el mar y sus olas...!
- CUCIÚ: ¿Qué harás tú?
- YOROSCO: Nadaré hasta su navío grande, en la boca llevaré un caracol y dentro de él una brasa muy roja. Llegaré a su fondo donde hay armas y pólvora. Oirás otro ruido espantoso, Cuciú...
- CUCIÚ: ¿Y después?
- YOROSCO: No podrán embarcarse, no podrán salir de Cubagua. Nadie los ayudará... aquí se los tragará la tierra y el mar, o los exterminarán nuestras armas...
- CUCIÚ: ¿Nadie volverá a marcar con fuego la frente de los caribes?
- YOROSCO: Nadie más, Cuciú...
- CUCIÚ: Pero ya no estaremos para verlo... sólo el mar y las rocas quedarán en todo esto... *(Yorosco ha recogido todo)*
- YOROSCO: Lo verán los hermanos que luchan en Maracapaná y Araya... *(La campana cesa de sonar, los ruidos se apagan un poco)* Su templo también ha caído... Debo entregar esto y luego ir hasta el navío...

- CUCIÚ: Y yo, ¿qué haré?
- YOROSCO: Irás donde los nuestros, allá en tierra firme...
- CUCIÚ: ¿Irme? ¿Cuándo?
- YOROSCO: Ahora mismo, hay una curiara oculta entre las guanábanas de la Punta de la Horca. Cuando el mar calme algo su furia embarcarás en ella...
- CUCIÚ: ¿Por qué debo hacer eso?
- YOROSCO: Es necesario. Remarás hacia Araya... Dirás a los nuestros lo que ha pasado aquí para que vengan pronto... Pronto... Con flechas, con macanas, con sus gritos de guerra...
- CUCIÚ: ¿Iré yo sola?
- YOROSCO: Sí, es la misión que se te ha asignado, Cuciú... eres buena remadora y conoces el mar...
- CUCIÚ: ¿Y tú, y los otros que aquí quedan? ¿Lucharán solos? ¿Morirán?
- YOROSCO: Piensa únicamente en que debes alcanzar la tierra de Maracapana...
- CUCIÚ: Después que llegue y refiera todo cuanto ha ocurrido aquí, moriré de tristeza...
- YOROSCO: ¿Por qué? Estarás libre, oirás nuestro idioma, pisarás la tierra donde todos nacimos, beberás agua de sus arroyos... Podrás correr por nuestros bosques y oír el canto de los pájaros... Hasta el viento y la lluvia te parecerán nuevos...
- CUCIÚ: ¡Pero estaré sola! No, Yorosco, tendré recuerdos... Y esto... (*Se toca la frente con mano vacilante*)
- YOROSCO: ¿Qué importa eso? Mostrará a todos que has sufrido en Cubagua... solamente eso...
- CUCIÚ: En mi soledad, dentro de todos los nuestros, hará sentirme más sola...

(Afuera vuelven a crecer los ruidos, pasan cerca perros ladrando y voces gritando confusamente)

YOROSCO: ¡Cuciú, la tierra se estremece ahora con más fuerza!
¿Has sentido? *(Corre hacia la puerta y mira otra vez hacia afuera)* ¡La playa se agrieta, el mar avanza...!

CUCIÚ: *(Yendo junto a él)* Veo llamas hacia Nueva Cádiz...

YOROSCO: ¡Debemos partir! ¡Ve hacia la Curiara! ¡Anda...!

CUCIÚ: ¡Yorosco, tú vas a morir! ¿Y yo...?

YOROSCO: ¡Rema como nadie! ¡Que todos los nuestros sepan y vengan!

CUCIÚ: ¡Yorosco, Yorosco, la tarea que he de cumplir es más terrible que la de ustedes! ¡Yo voy a vivir!

YOROSCO: ¡Es muy bueno vivir, Cuciú... y tú tendrás toda nuestra tierra!

CUCIÚ: Pero no solitaria y con amargos recuerdos bajo la frente... Todos los padecimientos que aquí hemos tenido nublarán mis ojos siempre, a cada instante que mire reír o gozar a los nuestros...

YOROSCO: ¡Debes irte, Cuciú, es por nuestro pueblo caribe!

CUCIÚ: ¿Qué llevaré de ti? Pobre hombre mío que tanto has padecido... ni siquiera entre estas sombras veo bien tu rostro para poder recordarlo cuando vuelva la vista hacia donde queda Cubagua... si es que queda...

YOROSCO: Piensa sólo en que Cuciú debe vivir...

CUCIÚ: ¡Seré un dolor estéril! El último dolor que quede de Cubagua...

YOROSCO: ¡No! No serás eso... Reirás y mirarás de frente a la alegría...

CUCIÚ: ¡No! ¡Nunca más podré volver a verla!

YOROSCO: ¡Sí! ¡Verás la alegría, Cuciú! ¡La verás!

CUCIÚ: ¡Mi mirada también estará sola...!

- YOROSCO: *(Acariciándole la cara y el pelo)* Mi pequeña Cuciú, mi valiente luciérnaga...
(La deja y camina como turbado por un pensamiento nuevo, violento, que está cobrando forma en él)
- CUCIÚ: ¿Qué te ocurre?
- YOROSCO: Los que te dieron a mí por mujer han muerto, ahora nos miran y saben que sufrimos en esta noche de destrucción y espanto.
- CUCIÚ: ¡Una noche sin amanecer!
- YOROSCO: No para ti, Cuciú... Irás a nuestra amada tierra... *(La toma por los hombros)* Pero no partirás sola...
- CUCIÚ: *(Asombrada)* ¿No iré sola?
- YOROSCO: No, Cuciú... ¿Oyes el mar? Ruge enfurecido y hiere a la playa con la violencia de sus olas. ¡Todas las sombras se estremecen! ¡La lucha se ha encendido en nuestros pechos caribes, aquí... en Maracapana... en Araya... cada quien cumplirá lo que debe cumplir...! ¡Tú llevarás más allá de esta isla la noticia de cuanto en ella está ocurriendo...!
- CUCIÚ: ¡La llevaré aun sobre la tempestad!
- YOROSCO: Cuando tomes la curiara para partir, no estarás sola, Cuciú... ¡Ni viajarás sola!
- CUCIÚ: ¿Quién me acompañará?
- YOROSCO: *(Pausadamente)* ¡Mi semilla!
- CUCIÚ: ¿Tu semilla? ¿Qué quieres decir?
- YOROSCO: Cuciú, sobre esa playa oscura y abatida por el mar que hundirá a Cubagua, cubriré tu cuerpo con el mío... buscaremos un hijo... Tú lo llevarás, Cuciú. A cada golpe de remos que des hacia la amada costa donde luchan los nuestros lo sentirás en ti y te dará fuerzas...
(Abrazándose a él con ternura tranquila) ¡Yorosco! ¡Yorosco!
- YOROSCO: Nacerá junto a nuestras selvas y ríos y lo criarás allí... su

- frente será limpia y su corazón nunca temerá luchar...
Querrá como nosotros nuestra tierra y por ella podrá volver a sufrir...
- CUCIÚ: (*Temerosa*) ¿Podrá germinar en mí ese hijo como el maíz en el fondo de la tierra? ¿Podré tenerlo en mis manos algún día?
- YOROSCO: (*Acariciándole la cabeza*) Sí, Cuciú, y en sus ojos verás siempre la valentía de los caribes...
- CUCIÚ: (*Con incertidumbre*) Yorosco, ¿y los antepasados? ¿Qué dirán ellos?
- YOROSCO: Los caribes han de seguir luchando, Cuciú... Mientras un árbol muere otro debe nacer... ¡Ellos saben que ha de ser así!
- CUCIÚ: ¡Tendré tu hijo, lo tendré! ¡Y sobre esas aguas oscuras y rugientes lo llevaré hasta nuestra tierra libre...!
- YOROSCO: (*Grave*) Estoy seguro de que algún día él o los hijos de sus hijos mirarán este mar de Cubagua sin los ojos sombríos, sin las manos crispadas, sin odios... ¡Sin rabia!
- CUCIÚ: Cuando oigan su rumor quizás recuerden cuántas lágrimas nuestras cayeron sobre él...
(*A lo lejos vuelven a crecer los ruidos estrepitosos y confusos*)
- YOROSCO: ¡Todo es muerte y espanto... y lucha...!
- CUCIÚ: Hasta las piedras de esta isla morirán...
- YOROSCO: (*Mirando hacia afuera y tomando a Cuciú por los hombros*) La playa se agrieta y a lo lejos hay relámpagos... ¡Vamos, Cuciú, antes de tú dejarme para siempre y llevar yo mi brasa ardida al fondo del navío enemigo, he de mirar ese hijo más allá de tus ojos!
- CUCIÚ: (*Mirando por doquier y abrazándose con ternura a Yorosco*)

¡Yorosco, el miedo me rodea, debo vencerlo, pero me rodea...! ¿No sientes a la muerte pasando silenciosa? ¿No la oyes gimiendo por el aire? ¿No ves que hay sombras en las sombras?

YOROSCO: ¡Aleja tu temor, Cuciú! ¡Aléjalo! (*Se oye un trueno sordo*)

CUCIÚ: ¡Pero la muerte pasa!

YOROSCO: (*Mirando por doquier hacia las sombras con gesto de desafío*)
¡Ella puede pasar fría y oscura! ¡Puede pasar y arrastrarme, pero Cuciú, pequeña valiente, óyeme, de nosotros siempre quedará el amor... el amor...! (*Como un murmullo a lo alto*). ¡Oscéneba! ¡Oscéneba! (*Arrastra hacia afuera a Cuciú. El mar ruge fuerte y los gritos y ruidos se reanudan. Sobre ese fondo confuso y sinfónico comienza a cantar dulcemente una guarura*)
(*Oscuridad lenta*)

FIN DE LA OBRA

Curayú o el vencedor

Drama lírico en un acto y tres cuadros

(1947)

*Para Héctor Marciano Coello
y Héctor Anzola
Compañeros.*

*Esos cadáveres de jóvenes,
esos mártires que oscilan en las borcas, esos corazones
atravesados por las balas,
por fríos e inmóviles que parezcan, reviven en otros seres,
con una vitalidad más fuerte que las cuerdas y las balas.*

*Reviven en otros jóvenes, ¡Oh reyes!
reviven en hermanos prestos de nuevo a desafiaros;
purificados por la muerte, instruidos, exaltados.*

*Ni una fosa de los que mueren asesinados por la tiranía
deja de fecundar una simiente para la libertad
la cual a su vez madurará millones de simientes
que los vientos esparcen y siembran a lo lejos,
que las lluvias y las nieves fecundan.*

Walt Whitman

Personajes

PIACHE: Curayú. Anciano ciego
GUERRERO: Paraiguto. Joven.
ANCIANA: Ubschba.
DONCELLA.

Época Cuando la Conquista. Por el año de 1565.

Lugar Cerca del Valle de las Catuchas, donde hoy se levanta Caracas.

Ambiente Heroico y dramático.

CUADRO PRIMERO

Al levantarse el telón aparece el interior de un rancho indígena que sirve de habitación del Piache. En la parte lateral derecha de la habitación se abre un pequeño palenque de donde se divisa un paisaje vasto, de verdes colinas y lejanos cerros de coloración azul violáceo. En el lateral izquierdo se ve una puerta, cubierta con una piel de tigre, que se presume da a otra habitación. La vivienda del Piache es amplia, en uno de sus rincones está situado un rústico fogón encendido, donde algo se cuece en amplia vasija de barro. Sobre pequeños taburetes se encuentran cacharros, hierbas, piedras labradas y otros útiles rituales indígenas. En el fondo, colgado de los horcones está un pequeño chinchorro.

(En el centro de la escena se encuentra, de pie, el Piache. Está de frente al público con las manos en el oído derecho en gesto de escuchar. Su actitud es serena pero a pesar de ello deja traslucir una inquietud)

PIACHE: Todo ahora penetra en mi sangre por medio del rumor. Sólo él y las yemas de mis dedos me unen a las cosas. Qué tremenda isla circundada por sombras soy constantemente. Pronto seré yo mismo otra sombra en el remanso de las infinitas sombras. *(Se lleva las manos a los ojos)* Ah, sin embargo, cómo veo palpablemente la

marcha de las cosas. ¡Cómo me hiera la claridad de este tiempo que sobre nuestra tierra viene transcurriendo! ¡Cuánto caer! Qué tambores de muerte. Hasta el aire en los árboles parece dejar sólo quejidos en vez de su acostumbrado rumor de fresca risa. (*Baja las manos*) Ayer oí el vuelo de pájaros oscuros, de esos que habitan rocas y cavernas y cuyo aletear diurno es signo de tristezas. Cuántas están viajando ahora por el pensamiento de nuestros hombres y mujeres.

(A lo lejos suenan batutos y tambores de guerra. El Piache vuelve a llevarse las manos a los oídos. Surge una pausa de silencio. De pronto se oye un ruido de pasos y penetra la escena, por el palenque, la Anciana)

ANCIANA: Saludo al antiguo hombre que sabe el secreto de las plantas y del tiempo...

PIACHE: También te saludo hermosa Ubschba y grata es tu presencia a mi corazón.

ANCIANA: ¡Hermosa! Cómo se advierte que hace muchos años malignos dioses pusieron sus dedos en tus ojos llenándolos de sombras. ¡Hermosa! Qué lejos están las mañanas cuando yo era graciosa y fresca como una flor de urape. Ah, el agua de los arroyos hace tiempo que me muestra otra imagen; sólo mi corazón sigue joven y tibio.

PIACHE: Pero los dioses malignos, dulce Ubschba, al castigarme con las tinieblas, te dejaron en el fondo de mis ojos, inmóvil y limpia en tu juventud.

ANCIANA: Joven es tu cariñosa palabra.

PIACHE: Ubschba, dime, ¿a qué has vuelto a mi cubil? ¿No sabes que soy casi un desterrado? ¿No te basta enviarme todos los días alimentos y fuego? ¿Qué te ha ocurrido, constante y fiel amiga?

- ANCIANA: Los fotutos y tambores guerreros han vuelto a inquietar los ánimos. Cada día y cada noche se les oye resonar en todo el valle, en la penumbra de las selvas y en el cauce de los ríos. Ya en las chozas se vuelven a aprestar los arcos y las macanas. A cada hora los carcajes se llenan de flechas... del sur y de la costa han llegado mensajeros, los informes y relatos que traen son tristes y sombríos para nuestro pueblo... ¡Ellos avanzan...!
- PIACHE: He escuchado los fotutos y los tambores, mucho los he escuchado en sueños y vigiliass... ¡Y he sospechado lo que anuncian!
- ANCIANA: ¿Te ha conmovido el temor? ¿Qué has sentido?
- PIACHE: Sólo he sufrido un inmenso dolor por no poder ser ya un fuerte y violento guerrero.
- ANCIANA: Como a todos, ¿te duele entonces que se acerquen?
- PIACHE: Mucho antes de que hubieras nacido sentí ese dolor. El recuerdo de cuando me llegó ha golpeado cada minuto de mi existencia. ¡Fue como un rudo flechazo!
- ANCIANA: ¡Tienes muchos recuerdos!
- PIACHE: ¡Ese solo me turba como una herida abierta!
- ANCIANA: ¡Duro es ir amargo por amargos recuerdos!
- PIACHE: *(Como recordando)* Entonces yo era joven. Ya sabía muchos secretos, pero ignoraba que algún día negro los violentos dedos habrían de quitar la savia de mis ojos; y también que a ellos llegaría la felicidad de ocultar y esconder la luz de tu imagen. Todo en mí era entonces ágil y fuerte como un joven jaguar. Ya los abuelos me iniciaban en los secretos de las plantas y los astros... Era feliz... ¡El mundo de la vida era mío! Ah, pero un día, como ahora, sonaron de pronto los fotutos y las guaruras,

los sones iban erizados de sentimiento guerrero. Todo se agitó como los árboles bajo el rudo golpe de los grandes vientos. Hubo consejo de sabios y guerreros. Una grave noticia cayó luego desde los labios de un anciano cacique... Hombres extraños penetraban por numerosos puntos en nuestras tierras. Estaban aún muy lejos, allá en las islas de las grandes aguas. Salían de éstas rubios y terribles para esclavizar y matar. Todo perdía la libertad a su paso. Pueblos enteros habían sucumbido bajo sus armas... ¡Como un huracán cayó la angustia sobre todos los corazones!

- ANCIANA: Mí madre me habló una vez de esa terrible anunciación.
PIACHE: Sentimos en la sangre el fuego de la rabia, y también el sombrío silencio que llega con la muerte.
- ANCIANA: ¿Qué hiciste?
PIACHE: Mirar los ojos de mi hermano mayor, aquel bravo guerrero de indomable corazón.
- ANCIANA: ¿Qué viste en ellos?
PIACHE: ¡Mi propia inquietud!
- ANCIANA: ¿Y qué ocurrió después? Muchos años han pasado hasta hoy...
PIACHE: El tiempo fluyó sobre el desasosiego. Luna a luna el clamor de las guaruras corría por el aire. Reuniánse consejos de ancianos y guerreros, y las noticias sobre los extranjeros iban creciendo como crecen los grandes ríos cuando llueve en sus cabeceras. Soles y lunas transcurrían. Muchos hasta llegaron a dudar de la existencia de los extranjeros y volvió la risa y la calma al fondo de las chozas. ¡Corrieron años! Un día fui iniciado definitivamente en los grandes secretos de los piaches. Y supe de la hierba que cura y que mata.

Miré de cerca el secreto de las cosas y bajo la nube de la embriaguez encontré la fuerza que dirige a los espíritus y a los hombres. Otro día cuando muchas doncellas celebraron su pubertad y eran los festejos siembras de amorosas pasiones en los pechos jóvenes, tu imagen, oh hermosa Ubschba, abrióse como dulce flor en mis pupilas vivas aún, luego vino una noche el gran incendio, el fuego terrible y los malignos seres dejáronme solo con una noche inmensa... Y tú, mi prometida Ubschba, sólo fuiste una clara voz para mi anhelo de mirarte. Llegaron entonces tiempos sombríos...

ANCIANA: *(Llevándose las manos a los ojos como para enjuagarse las lágrimas)* Supimos luego de las guerras cercanas. Las guaruras anunciaban por doquier la muerte, y hasta el canto de los pájaros se tornó melancólico.

PIACHE: Otra noche, ¡cómo la recuerdo! Una gran lluvia bajaba con el aire enfurecido. Los agudos fotutos llamaron a una región urgente de consejo. Allí estuvimos todos. Otra vez las noticias inquietaron los ánimos que ya parecían sosegados, con el alba, nuevos mensajeros llegaron, dos de ellos no traían manos y otro mostraba un signo de oprobio en la frente. Lo que relataron fue un río de fuegos y espinas. Cayó otra noche y vino el alba y los hermanos de otras comarcas continuaban angustiando los pechos con los dardos de sus tristes historias. Y la ira creció desde los corazones y hacia lo alto se alzaron las flechas. ¡Ah, terribles recuerdos!

ANCIANA: ¿Fue entonces...? Fue entonces que...

PIACHE: *(Gravemente)* Sí... Sí... Las verdades que dije me hicieron un desgraciado.

ANCIANA: Habla, graba ese relato para mí, para sufrirlo contigo para siempre.

PIACHE: (*Transportado*) Ah, aquellos momentos viven en mí como si a cada instante los sufriera de nuevo... (*Evocando*) En el centro del consejo había un ardiente fuego. Sentía su crepitar más allá de mis lúgubres angustias. Uno a uno fueron hablando los viejos guerreros y los piaches. Allí alzó su palabra el bravo Arimay; y el sabio Arumta expresó su ira; el fornido Guaichua y el apacible Ayra sólo mostraron flechas en vez de palabras. Otros con graves razones azuzaron la valentía de los jóvenes guerreros y afirmaron la decisión de buscar el camino de lucha y la venganza cuanto antes. El inválido Tauya expresó su deseo de ir hacia la muerte antes de ver perdidas nuestras tierras y la libertad de nuestro pueblo. Todos juraron la guerra a los fieros invasores... Y tuve mi turno de palabra...

ANCIANA: Se dijo que vacilaste... que dudaste de nuestra victoria...

PIACHE: No, no, ¿lo has creído? Mi sangre era todo fuego... Y como ahora, anhelaba ser guerrero para hablar sólo el lenguaje de las flechas y las macanas... Únicamente ocurrió que, por sobre todo mi furor, por sobre el deseo del rápido combate y la victoria, veía claro que ella no llegaría a nuestras armas divididos como estábamos. Dispersas nuestras fuerzas guerreras, desunidas las tribus, disgustados nuestros pueblos era fácil para los extranjeros marchar hacia adelante y vencernos y ocupar nuestras tierras. Pero mi voz sonó como una blasfemia. Nadie se imaginaba siquiera que pie extraño hollara estos verdes valles y aromadas colinas.

El dos veces anciano Guay-Yuto, cuyo rostro era ya la imagen del olvido, me increpó: «Ah, Curayú, no tienes fe en la fuerza de nuestros guerreros, en el valor de nuestra tribu. No crees que no haya enemigo capaz de amedrentarla. Imaginas que nuestros dioses que han compartido con nosotros su fuego, su agua y su maíz alejarán de estas tierras la victoria y la libertad. Ah Curayú, parece que piensas que las mujeres de esta tribu paren hijos cobardes...» (*Tapándose la cara*) «Ah —exclamé—, la muerte me das con tus palabras Guay-Yuto; creo en la fuerza de los guerreros de toda esta tierra nuestra. Sé que no temen a las heridas ni al viaje a la penumbra. He mamado leche de mujer de estos lugares y sé que ella transmite el ardor y la bravura... Pero si esos extranjeros dominan rayos que matan de lejos, y andan sobre animales monstruosos y utilizan agudos heridores y están unidos, difícil nos será vencerlos con sólo el vigoroso rencor de nuestros brazos desunidos, divididos... Todo podríamos vencerlo, anciano Guay-Yuto, y abatirlo como abate el viento los débiles arbustos, si nuestras tribus fuesen una sola... Un solo brazo, un solo odio, un solo haz de flechas...»

ANCIANA: Dijeron que entonces estuviste colérico...

PIACHE: El cacique Amairibo, de bravura terrible, me increpó: «El piache Curayú sólo debe predecir si venceremos...» «Ah —le respondí—, en el tiempo está escrito». Como el fuego crepitante me quemó la ira de las voces. Ninguno quería consolidar la unión... Eso retardaría el deseo ansioso de combate. Lanzaron todos agrias carcajadas al pensar en mi suposición de que a estas tierras

pudiesen llegar los invasores... La guerra inmediata fue acordada... El consejo siguió reunido, y yo, fui proscrito hasta tanto no afirmase que nuestra tribu sola, sola con su extraordinario valor, habría de triunfar; proscrito hasta tanto no afirmase que seríamos los vencedores... ¡Ah, en el tiempo está escrito!

ANCIANA: Sabes la voz que llega de los astros...

PIACHE: Pero ella baja siempre hacia la tierra. Ellos querían que no dijera el lenguaje de la verdad y no pude ofrecerles mi respuesta.

ANCIANA: ¡Terquedad...!

PIACHE: Yo era el único que veía la tremenda realidad aun por sobre el odio enemigo... Pero fui proscrito de la tribu, aislado. No volvieron a mí las mujeres preñadas en busca de las hierbas para que sus hijos nacieran saludables. Los jóvenes guerreros huyeron de mis bálsamos y consejos, y los ancianos dejaron de buscar en mis cocidos ayuda para sus padecimientos. Sólo tú, Ubschba, dulce palma de mi soledad, acudiste con tus mensajes al llamado de mi angustia. Corrió el tiempo y a mi rostro fueron llegando uno a uno los surcos; aún hay calma en este valle, su tierra no ha absorbido todavía sangre extranjera, ni las flechas han saltado al aire en busca de los corazones enemigos. En otros lugares, sin embargo, la esclavitud y la muerte sacuden hasta las entrañas de las piedras. Cada tribu ha combatido sola, y el tiempo por venir sigue ocultando desolación y sangre. Ah, Ubschba, fiel doncella, hoy con el alba han vuelto a sonar las guaruras y fotutos sembrando en el aire signos de combate. Nuevamente me ha tocado el pecho la tristeza... Pero tú has venido...

Tú has venido y siento junto a mí la tibia fuerza de la ternura.

ANCIANA: Hay otras graves noticias.

PIACHE: Desde que soy un proscrito sólo tus mensajeros, mudos siempre, visitan mi morada... Y los rumores me dan apenas el eco de las cosas...

ANCIANA: Ayer se reunieron los guerreros, los invasores avanzan por el sur. Las guaruras anuncian ahora que la salvación de nuestras tierras pide sacrificios y muerte. Cada quien busca ahora el camino de la lucha, de la fe, de la esperanza, de la sabiduría. A decirte eso me he llegado a tu morada y también a buscar el apoyo de tu vigoroso corazón que supo una vez anteponer la verdad al sentimiento ardoroso.

PIACHE: ¡Pero, Ubschba, soy un proscrito...!

ANCIANA: Ayer los ancianos y los guerreros recordaron viejas palabras. Discutirán hoy la reunión de todas las tribus; enviarán mensajeros.

PIACHE: Resolución tardía... ¿Escuchas?

(Se escuchan guaruras y fotutos)

ANCIANA: Todo hace presentir que horas sombrías se acercan.

PIACHE: *(Tomando un idolillo y sonándolo junto a su oído)* Sordos estuvimos a la voz de la verdad.

ANCIANA: Tú hablaste su lenguaje. *(Crece el son de las guaruras y fotutos)* Estoy segura que aún lo hablas. Eres ya el más anciano y sabio de la tribu; todos aguardan de ti el fuego que ilumine. ¿Por qué no envías tu mensaje a los guerreros? Ya no eres el proscrito, el tiempo te ha reivindicado.

PIACHE: ¿El tiempo? Pronto no estaré en él.

ANCIANA: ¿Qué pájaros de alas grises están mortificando el sosiego

de tu espíritu? ¿Acaso la tarde cae ya para nuestro pueblo?
¿Qué has visto en el fondo de tus íntimas tinieblas?

(Vuelven a sonar con gravedad las guaruras y fotutos)

PIACHE: Ya se reúnen los guerreros. *(A Ubschba)* ¿Qué color llega esta tarde en el crepúsculo? Acerca tus ojos al paisaje y tráelo en tu voz a mis oídos...

ANCIANA: *(Acercándose a la puerta que da al palenque)* El morado tibio que en mayo tiñe la flor del apamate cubre el celaje distante.

PIACHE: Percibo el aroma dulce de la tierra y toda la tristeza que baja por el tiempo...

ANCIANA: Ha llovido y muchas de nuestras doncellas han llorado...
(Vuelven a oírse los sonos de guaruras y fotutos)

PIACHE: Ya se inicia el consejo, que haya luz y certeza en sus decisiones.

ANCIANA: *(Asomándose a la puerta que da al palenque)* Desde aquí se divisa. Diminutos se ven los guerreros. Hay muchos arcos y macanas. Allá en la loma lucen solos y sombríos los ranchos de nuestro bravo cacique Guaicaipuro. Como jefe de más experiencia, él preside hoy la reunión...

PIACHE: Era un adolescente cuando el otro consejo me proscribió... Y tú me dices ahora que es un gran jefe... Mis arrugas también me han dicho que estoy llegando a los umbrales del olvido.

ANCIANA: Los más abuelos ya han muerto... Pero... *(Se lleva la mano derecha a un oído)* ¡Calla!, alguien se acerca... ¿Quién podrá ser?

(Resuenan con mayor vigor las guaruras y fotutos)

PIACHE: ¡Horas de inquietudes y resoluciones!

ANCIANA: Se acerca... se acerca... ¿Quién podrá ser?

(*Mientras, hace fondo musical una sola guarura, entra en escena el Guerrero*)

GUERRERO: (*Saludando con los brazos abiertos*) Saludo a la venerable Ubschba, amiga de las plantas y de los niños. Saludo al anciano Curayú, sabio entre los sabios... (*A Ubschba*) ¿La madura mujer vino acaso porque el anciano se halla enfermo o a rescatarlo de la soledad en esta hora de decisión?

ANCIANA: Todos saben que a él ha pertenecido mi corazón durante lluvias y veranos, por lunas y lunas; que a su lado siempre ha estado mi pensamiento. ¿Qué extraño tiene que ahora, precisamente ahora, esforzado guerrero Paraiguto, me encuentres junto a él? ¿Acaso he dudado yo, como los ya idos sabios y guerreros, de la verdad de su amor por nuestro pueblo? ¿Acaso no he tenido siempre, por amor, la certeza de que él ha poseído la verdad? ¿No he tenido siempre fe en su sabiduría para conducirnos a la victoria sobre el invasor?

GUERRERO: No hay que pensar ahora en todo cuanto se ha perdido por graves errores. Difícil es ver siempre la luz. Ya que la hemos advertido, tengamos fe de que con soles próximos vendrá la victoria. Puede la grave Ubschba quedarse en la morada del sabio Curayú... ¡Mi juventud se admira de su amor...!

ANCIANA: Si no entorpece a tu misión mi presencia...

GUERRERO: La mano de un mismo sentimiento nos ha conducido hasta aquí...

PIACHE: (*Cruzando los brazos sobre el pecho*) Bien, puede sentarse y hablar, joven guerrero que prolonga en su juventud a mi pueblo. ¿Qué voluntad lo ha guiado hasta mi morada solitaria?

GUERRERO: El consejo de piaches y ancianos se ha reunido nuevamente...

PIACHE: Lo sé, he oído las guaruras... Conozco el significado de sus sones.

GUERRERO: Chauta, el dos veces anciano como tú y quien fuera tu rival en el consejo que te proscribió en aquel tiempo, cuando mi niñez aprendía a manejar la flecha, dejó oír ya su palabra... Pidió un castigo para su equivocación... «Fue Curayú, —dijo— quien poseyó y ha poseído la razón».

PIACHE: Todo mi espíritu te escucha...

GUERRERO: Los hombres extranjeros avanzan ya sobre nuestro territorio. A Tacarigua... Allá en la gran laguna, han llegado, pronto los pájaros de estos contornos serán sus esclavos si no los abatimos con furia, valentía y sabia habilidad... Todos aquellos pueblos que no quisieron unirse transitan ahora los parajes de la niebla o carecen ya de libertad. Fuego y lamentos llegan por doquier en el desapacible viento. Por todos los caminos vienen hasta nosotros humillados fugitivos. Unas veces son ancianos cuyos cansados cuerpos buscan tierras aún libres para sembrarse. Otras tristes mujeres que han olvidado la dulzura de sus corazones y ansían beber la sangre de la venganza.

ANCIANA: ¿Y los niños? ¿Qué ha sido de ellos, nuestros pequeños pájaros y flores?

PIACHE: ¿Qué ha sido de ellos, espigas de nosotros para el tiempo?

GUERRERO: También luchan y mueren y sufren... Por todas partes, junto a sus maizales y arroyos... Orgullo y emoción siembra su conducta en nuestros pechos de guerreros...

- PIACHE: Los niños como los animales entienden siempre mejor las situaciones...
- GUERRERO: Cerca de nuestros campos y montañas se han visto ya algunos enemigos. Ah, Curayú, qué lejos están los tiempos cuando nuestros combatientes se reían de la existencia de los rubios y extranjeros y más aún de sólo pensar que pudiesen llegar a nuestras tierras. ¡Pero ahora están en las cercanías y las guaruras claman por la guerra y la muerte...!
- PIACHE: Son fuertes nuestros mozos y decididos. Tu voz lo clama a mis oídos.
- ANCIANA: Y bravos nuestros jefes... Bravos y recios...
- GUERRERO: Pero, prosigo informándote, el consejo ha convocado a los caciques de todos los contornos. Vendrán el astuto Naiguatá y el noble Tiuna; y Tamanaco el osado y orgulloso; y el noble Terepaima, y Paramaconi cuyo corazón es maíz tierno y arroyo limpio pero cuyo odio sabe herir como la más aguda flecha. Asistirán Baruta y Curucutí, Chacao y Aramaipuro y el hábil Guicamacuto... Tu gran idea, Curayú, está ya en marcha. Nuestro osado jefe Guaicaipuro, su bravo hijo Baruta y los otros ancianos y guerreros me han enviado a comunicártelo. También a que pida tus sabios consejos y tus invocaciones para los sacrificios que se avecinan...
- ANCIANA: *(Al Piache)* Todos aguardan el mensaje, el mensaje de tu firmeza y tu verdad.
- GUERRERO: Con ansiedad se aguardan las consignas que vengan de tu sabiduría.
- PIACHE: *(Alzando los brazos y la cabeza hacia lo alto)* No hay sino una sola: ¡Combatir unidos! ¡Combatir hasta la muerte!

(Recoge del rincón una vieja flecha y la tiende ceremoniosamente al Guerrero) ¡Combatir hasta el triunfo y apartar del enemigo hasta el más leve grano de maíz y trozo de casabe! ¡Que no halle a su paso sino devastación, odio y flechas!

GUERRERO: Conocerá el consejo tu mensaje. *(Resuenan a lo lejos guaruras)* Mas, quisiera saber, ¡oh!, dos veces sabio Curayú, si está cerca el día de nuestra victoria.

PIACHE: Es amargo el paso de la brisa. Mucha sangre habrá de caer por campos y colinas para que el tiempo diga su lenguaje.

GUERRERO: Pero, ¿y el vencedor?

PIACHE: Vendrá una hora cuando su nombre caerá como un violento toque de guarura al fondo de nuestros corazones. Mucho fuego y mucho llanto lo habrán formado sobre esta clara tierra.

GUERRERO: La noche cae. ¿Qué dice el rumor de sus astros a tu sabiduría?

PIACHE: ¡Que sólo la esperanza es el camino de la vida...!

GUERRERO: *(Saliendo lentamente)* Ya la tenemos en el pecho todos los guerreros. *(Abre los brazos despidiéndose)* Salud, Curayú, dos veces sabio entre los sabios. El duro cano de los fotutos y las guaruras dirá muy pronto a tus oídos que ya nuestros arcos lanzan al enemigo un trágico caudal de flechas. *(Sale)*

(Hay una pausa de silencio. De pronto, a lo lejos, resuenan con violencia las guaruras. La Anciana se mueve con premura hacia el palenque, el Piache cruza los brazos sobre el pecho y mueve a lo alto la cabeza)

CUADRO SEGUNDO

Al levantarse el telón aparece el mismo escenario del Cuadro Primero pero con luz meridiana. El fogón ocupa ahora el centro de la habitación y junto a él el Piache está removiendo un bálsamo que se cuece en un envase de barro. A lo lejos hace fondo sonoro el son de las guaruras y algunos gritos ininteligibles. De vez en cuando percíbense las notas de un clarín.

PIACHE: Que se apresure el fuego y rápidamente cocine el benéfico bálsamo. Que confundan pronto las curativas hierbas sus potentes virtudes y aromáticos jugos, pues todo el aire me dice que muchos de nuestros guerreros habrán de requerirlo. Que se apresure el fuego y que los dioses de la vida saludable colmen con su bondad el líquido bullente.

(El fondo sonoro se hace cada vez más tenue dejándose de oír por completo el clarín. El Piache se detiene en su labor y lentamente, con inseguros pasos, se dirige hacia la puerta que da al palenque, colocándose las manos en los oídos en ansiosa actitud de escuchar)

PIACHE: *(Continuando)* Toda mi sangre es una angustia inquieta y prolongada. Tremenda amargura es tener sólo el eco de las cosas cuando hay espera en acecho.

(Baja los brazos, da la espalda a la puerta y lentamente regresa hacia el fogón, cuando va a llegar a éste, parece oír algún ruido, deteniéndose entonces en actitud inquieta. En esos momentos con presteza penetra en escena el Guerrero; éste llega armado con arco y macana, trae también los restos de una lanza hispana y una espada rota. Al ver al Piache de espalda el Guerrero se detiene)

GUERRERO: Saludo al bravo anciano.

PIACHE: *(Sin volverse)* Infórmame pronto de los resultados del combate; calma con tus francas palabras las inquietudes que me agobian.

GUERRERO: Indecisa estuvo la batalla. Muchos bravos que hoy cantaron bajo el alba reposan ya sobre un aire de penumbras. También muchos extranjeros han dejado huesos y sangre sobre el campo. Nuevamente el brazo del recio Guaicaipuro detuvo el aliento de quienes pretenden robarnos la libertad. Sin embargo, considerable número de invasores permanece aún en nuestros valles respirando el mismo aire que nos ha visto nacer... ¡El combate ha de continuar...!

PIACHE: Sí, sí, que prosiga en el aire la rabia de las flechas, que el odio cumpla su tremendo destino. ¡Sí, valiente Paraiguto, continuará abierta en nuestro pueblo la vertiente de sangre y sacrificios!

GUERRERO: *(Arrojando en el suelo las armas enemigas)* Los jóvenes más bravos de la tribu ofrecen esos despojos al sabio Curayú y dan las gracias por la bondad del bálsamo que envió para nuestros heridos y que cierra las heridas y repone las fuerzas...

PIACHE: ¡Nada vale mi bálsamo comparado con la sangre y las vidas que ellos ofrecen cada día... mis bálsamos son el cumplimiento de mi deber en esta hora de esfuerzos!

- GUERRERO: ¡Son jugos de tu trabajo y de tu sangre!
- PIACHE: Pero la sangre que ustedes ofrecen es la raíz de la victoria...
- GUERRERO: Pertenece ella a nuestra tierra... Ella es la misma tierra...
- PIACHE: (*Dando frente al Guerrero*) Dime, Paraiguto, ¿cuántas veces tu pecho ha dado frente al enemigo?
- GUERRERO: No sé, sabio anciano... ¡Muchas, muchas veces!
- PIACHE: ¿Podrías decirme qué has sentido?
- GUERRERO: ¡Sólo odio! ¡Odio! ¡Él es una hierba que no deja crecer junto a sí la espiga de ningún otro sentimiento...!
- PIACHE: (*Evocativo*) Te vi nacer... Y como a ti a otros muchos. También vi preparar la tierra de la colina cercana, para la buena siembra, comprobé muchos días y lunas su bonanza... Ustedes y ellas nutrían de alegrías y pan nuestros maduros años. Pero ayer mismo la brisa me trajo el humo y la ceniza del maizal calcinado... Las propias manos de la tribu lo incendiaron... Tú ahora, joven Paraiguto, me traes noticias de combates... ¡Todo mi pecho se inunda de alegría! ¡El enemigo no tendrá pan...! ¡El enemigo no tendrá reposo!
- GUERRERO: El enemigo es fuerte pero no más valeroso que nosotros, Hemos sabido que ya en sus filas temen el solo nombre de nuestros bravos jefes.
- PIACHE: ¿Se conoce su número?
- GUERRERO: Sí, pero cada día aumenta... Más allá del Guayre. En el Tartagal han construido su reducto.
- PIACHE: ¡Allá hay que destruirlos!
- GUERRERO: Sí, los jefes discuten un gran plan. A ese lugar convergerán pronto nuestros más bravos combatientes.
- (*A lo lejos resuenan sordamente las guaruras*)

GUERRERO: *(Continuando)* hay novedades... A cada momento llegan a la vivienda del Cacique importantes noticias. También desde ayer como un oscuro río viene a nuestro lugar un gran número de fugitivos... Has debido oír sus tristes pasos cruzar por el frente de tu vivienda...

PIACHE: Sí, los he oído... Eran grises y tenues...

GUERRERO: *(Continuando)* Urquía, la valiente mujer del Cacique, envió a los suyos, allá en la tierra donde el sol nace, para que mande guerreros y vituallas... *(Suenan otra vez las guaruras)* Pero debo irme... requieren mi presencia... Te saludo y sabe, oh noble Curayú, qué alegres están mis ojos por haberte visto...

PIACHE: Saludo a ti y a mis bravos jóvenes... ¡Que todo te proteja, pues tu vida es una mazorca de esperanza para nuestro pueblo!

(El Guerrero sale. El Piache vuelve con pasos inseguros hacia el fogón, en el trayecto tropieza con las ramas, despectivamente les da con un pie)

PIACHE: *(Dándole a las armas)* Nuestra sangre prevalecerá sobre vosotros, menguados instrumentos de rapiña...

(Cuando el Piache llega junto al fogón vuelve a tomar la paleta y comienza a batir el líquido que se cuece en la vasija... Al cabo de unos segundos, vuelve la cabeza hacia el palenque por donde hace su aparición la Doncella. Su andar es lento, denota gran sufrimiento. Al llegar al dintel de la puerta de entrada se detiene volviendo el rostro atrás como temerosa de que alguien la siga. Avanza luego hacia el Piache, deteniéndose junto a él algo turbada, pero se repone y habla)

DONCELLA: Que la presencia de Dajira no turbe el sosiego del bondadoso anciano.

- PIACHE: *(Volviéndose hacia ella)* Joven es tu voz y extraña como tus pasos a mis oídos.
- DONCELLA: Guaica soy y la desgracia de mi pueblo me ha traído a estas regiones donde aún hay libres combatientes. Mi historia es amarga, hay muchos muertos en mis recuerdos y llevo conmigo el germen de mi ofensa... *(Se lleva las manos al rostro presa de angustia)*
- PIACHE: ¿Tú eres también, entonces, de esos cuyos grises pasos entristecen día a día nuestros campos y caminos? Ah, tu desgracia y la de los tuyos colma de neblinas mi corazón. *(Con amargura)* Pero, aún tiene calor para dártelo si lo requieres... Cuéntame tus deseos...
- DONCELLA: Ya no puedo mirar con alegría el reflejo de mi rostro en los arroyos... ¡Ah, ni puedo tampoco ostentar el nombre de doncella!
- PIACHE: Habla sin tormentos...
- DONCELLA: Con el fuego y la muerte, llegó también a nuestro pueblo el lujurioso deseo de los invasores... Ah, óyeme: aún gemían por el campo nuestros heridos, y el viento no dispersaba lo que fueron chozas apacibles y claras sementeras, cuando todas las doncellas injuriadas buscaron la muerte en el jugo de hierbas ponzoñosas... Yo sola, Dajira, no les seguí en su desesperada renuncia...
- PIACHE: ¿Le tuviste cobardía a la penumbra?
- DONCELLA: No, aguarda, aguarda... En mis manos recogí las hierbas y mirándolas corrí con ellas hacia la soledad para ingerirlas, pero... ¡Oh terrible recuerdo! ¡Cómo pude soportarlo! En mi fuga abandonada cruzáronse por doquier los restos sangrantes de nuestros guerreros y entre ellos vi, sí, vi... El cuerpo yacente de Arahuta,

el puro amante de mi corazón... ¿Cómo pude sufrirlo?
¿Dónde estaba ya la dulzura de sus palabras? ¿Qué se
había hecho su risa que festejaba a mi corazón?

PIACHE: En el fondo de mi oscuridad estoy sufriendo lo que tu
voz me clama...

DONCELLA: Compréndeme anciano, luego de esa visión no era
la muerte sino la acción lo que yo necesitaba; ¡sino la
vida, la vida desesperadamente...! De mis duras manos
cayeron las ponzoñosas hierbas y ellas apretaron el deseo
de venganza.

PIACHE: Ella conduce ahora todos nuestros gestos...

DONCELLA: (*Continuando*) Sí... Lo sé, con ella caminé lunas y lunas
para alcanzar tierras donde se alzarán aún libre las frentes
y más libre todavía el celaje de las flechas...

PIACHE: Tus jóvenes pies te han traído a estos lugares...

DONCELLA: (*Como turbada*) Siempre había querido ser madre...

PIACHE: ¡Qué puede ser una mujer sin ese deseo...!

DONCELLA: (*Continuando*) Sí, deseaba ser madre orgullosa de advertir
en un hijo toda la agreste fragancia de esta tierra... Ah,
noble anciano, si supieras con cuánto amor y femenina
dulzura miraba en las tranquilas aguas donde nos
bañábamos las mozas, el suave reflejo de mi vientre y la
dulce arrogancia de mis senos. Junto a ellos veía correr
niños y pájaros y nubes. Entonces con qué alegría y
ternura cantaba mi garganta...

PIACHE: Es una tierra fresca el cuerpo de las mozas...

DONCELLA: (*Continuando*) Pero ahora ya no quiero dar frutos...
No quiero nutrir más la simiente del violento y odiado
enemigo. Quiero que pronto mi vientre quede puro,
que no recuerde, segundo a segundo, la ofensa del

invasor... ¡Oh anciano que tanto has comprendido...! Tú conoces las hierbas cuyo jugo devuelve a las tinieblas los pequeños espíritus que yacen en los vientres... Ah, Dajira te pide ahora que ofrezcas a sus labios el líquido que la purifique.

PIACHE: ¡Tremendo es tu pedido, pequenuela doncella! ¡Tremendo! Y sólo lo justifica la angustia de tu padecimiento...

DONCELLA: ¡Tremendo es, oh anciano, pero fluye a mi voz desde lo más ardiente de mi sangre!

PIACHE: Mi cariño y mi voluntad pertenecen todos a ti, infeliz peregrina. Presto estoy a darte mi servicio y a devolver el sosiego a tu corazón. Comprendo la angustia que lacera el fondo de tu ser...

DONCELLA: (*Con ansiedad*) Tu bondad me rescata de la desesperación...

PIACHE: Que ella calme tus sueños y vigias hasta que mis manos puedan ofrecerte el jugo enemigo de la maternidad...

DONCELLA: ¡Mis labios lo ansían ahora mismo!

PIACHE: Pero lejos de mis manos se encuentran las hierbas que lo dan...

DONCELLA: (*Con pena*) Entonces... ¿Acaso no las hay actualmente en tu morada?

PIACHE: Prohibido es su uso en nuestra tribu... Y la tierra de estos valles no es propicia para su nacimiento...

DONCELLA: (*Temerosa*) Entonces... Entonces...

PIACHE: No temas, no te inquietes... Sólo en el lejano sur, a la orilla de un abundante río crecen ellas altas y lozanas, allá las enviamos a buscar cuando su uso es requerido... No se inquiete la joven Dajira que hasta ese sur remoto irán mis mensajeros para traerla y cumplir así con su tremendo deseo... ¡Amargo como las mismas hierbas es tu deseo...!

- DONCELLA: *(Restregándose las manos con desesperación)* Triste suerte la mía... Hasta aquí mis fuerzas se nutrían de esa odiada esperanza... pero ahora, ya ves...
- PIACHE: Estás en el camino de ella y no debes abrumarte... En busca de las hierbas enviaré a varios hombres... Son mis mensajeros...
- DONCELLA: ¿Mucho tardarán en ese viaje?
- PIACHE: Es largo y difícil el recorrido pero mi palabra pondrá alas en sus piernas...
- DONCELLA: Mira que las lunas suman cada día sus pasos en mi vientre... Y ya estoy cerca de la desesperación... Ah, alguien se acerca...
- PIACHE: Hoy mismo irán por ellas...
(Suenan a lo lejos guaruras. Por el palenque penetra en escena la Anciana)
- ANCIANA: *(Sorprendida por la presencia de la Doncella)* Saludo a la joven doncella que visita la morada del anciano Curayú.
- PIACHE: Dulce presencia para mi corazón...
- DONCELLA: *(Al mismo tiempo)* Agradable es la presencia de la anciana...
- ANCIANA: *(A Curayú)* Sigán las palabras en el aire y que no incomode mi presencia. *(Pretende seguir hacia la otra habitación)*
- PIACHE: *(Deteniéndola con un gesto del brazo)* A tiempo llegas, fiel Ubschba, para acoger conmigo a esta hija infeliz que nos llega de la buena tierra de los Guaicas hollada ya por la violencia extranjera...
- ANCIANA: Lo que ame y acoja tu corazón hallará siempre cariño en el fondo del mío... *(A la Doncella)* ¿Fugitiva?
- DONCELLA: Sí... Sí... *(Tapándose el rostro con las manos)* Y con la simiente del extranjero en mi vientre y en el recuerdo la imagen violenta de mis muertos...

ANCIANA: ¡Tu rostro es todo eso...!

PIACHE: En mi morada se quedará la joven guaica... Ubschba mi fiel amiga, sabrá cuidar su pena y atender su doliente fatiga...

ANCIANA: Dispuesta está Ubschba a que su amor sirva de lecho a sus pesares.

(La Doncella llora silenciosamente, la Anciana le pasa la mano por los cabellos con sobria ternura)

PIACHE: Aquí habitará y tendrá su pan...

DONCELLA: *(Alzando con altivez la cabeza)* Y aquí me darán tus manos el jugo que purificará mi vientre y de aquí saldré orgullosa, con la fuerza de la venganza en mis brazos, para ayudar a los guerreros de esta tribu.

ANCIANA: *(Al Piache)* ¿Le darás la terrible hierba que devuelve al aire a las criaturas ante de las nuevas lunas?

PIACHE: *(Mostrando a la Doncella)* Su desesperación la pide... Y mi espíritu la ha comprendido...

ANCIANA: Mi sangre de mujer también comprende todo cuanto de muerte contiene su desgracia... También yo, así ultrajada, las hubiere pedido... *(Preguntando)* ¿Cuándo se las ofrecerás?

PIACHE: Mis mensajeros irán pronto al sur para traerlas...

DONCELLA: Ah, que partan, ¡que partan! Y que una liebre se oculte entre sus pies.

ANCIANA: Pronto estarán aquí y serás limpia...

PIACHE: *(Señalando hacia la otra habitación)* Ubschba, la estancia que siempre te ha aguardado acogerá en su fresco regazo a la joven fugitiva...

DONCELLA: ¿Nunca has habitado en ella?

PIACHE: Aún es la virgen prometida a mi corazón...

- ANCIANA: También, con lejanas influencias, el extranjero hizo que se marchitara mi doncelléz.
- DONCELLA: ¡Sufre mi juventud vuestro amor incompleto! (*A Ubschba*)
Distinto pero cuán igual ha sido nuestro destino...
(*Resuenan a los lejos guaruras y fotutos*)
- PIACHE: (*Removiendo nuevamente el cimientó dentro de la tinaja*) Hacia Catia parten nuevamente los guerreros. Rápido, rápido, que mi bálsamo cobre el punto requerido, pues con el crepúsculo ha de ser llevado a la morada donde la fiebre aturde a los heridos...
- ANCIANA: (*A la Doncella*) ¡Vamos a la estancia... serás su dueña ahora!
- PIACHE: (*A la Doncella*) Que sea leve su frescura a tu cansado cuerpo...
- DONCELLA: Sólo me alienta pensar en la hora en que podré beber el jugo de la lejana hierba y ser purificada...
- ANCIANA: ¡Pronto será... pronto!
- DONCELLA: (*Volviendo el rostro desde la puerta de la estancia hacia el Piaché*) No sé, algo sin embargo preocupa a mi ánimo, aun con esa seguridad que me das.
- PIACHE: Dilo a quien sólo desea volverte a la vida sosegada...
- DONCELLA: No sé, ¿crees en la rapidez de tus mensajeros? ¿Nunca han tardado demasiado?
- PIACHE: Cumplen siempre la misión que les indico... Es largo el trayecto pero sabrán volver a tiempo... Ah, mucho interés tendrán para regresar con prontitud...
- DONCELLA: (*Apretando los puños contra el rostro*) ¿Y si algo los retarda?
- ANCIANA: Ese temor no debe preocuparte... Cuando Curayú confía...
- PIACHE: ¡Nunca se han retardado!

DONCELLA: ¿Y si no llegan a tiempo? ¡Oh terrible pensamiento!
¿Y si algo les impide marchar como desean y sobre mi
vientre bajan implacables las nueve blancas lunas...? ¡Oh
tremenda amargura de la incertidumbre...!

ANCIANA: Deséchala para tu bien...

PIACHE: ¡Nunca, nunca!, ¿oyes, inquieta Dajira? ¡Nunca ellos se
han retardado...!

DONCELLA: ¿Y si ocurre ahora?, ¿y si no llegan las hierbas y doy a esta
tierra ese fruto que ahora me muerde y me lastima?

PIACHE: *(Bajando los brazos)* Ah, si eso ocurre, si eso llega a ocurrir,
¡será porque un destino tremendo lo ha querido!
(La Doncella y la Anciana penetran en la otra habitación)
(Telón rápido)

CUADRO TERCERO

Noche. Luz difusa. El mismo escenario anterior. Adviértense ligeros cambios de objetos en él y una mayor cantidad de ciertos útiles. Haces de flechas ocupan los rincones. Hay muchas macanas y mazos de piedra. Igualmente abundan los cacharros de barro y los paquetes de raíces y hierbas. Hay también una troja que sirve de lecho. El fogón luce encendido en el centro de la escena.

(Al elevarse el telón aparece el Piache sentado en rústico taburete y ocupado en clasificar semillas y raíces en una pequeña batea indígena; cuando realiza dicha operación la cortina de cuero de tigre que da a la otra habitación se alza y aparece la Anciana)

ANCIANA: Ya Dajira se ha sosegado un poco, sin embargo, su sueño no es tranquilo.

PIACHE: Como todas las noches, a su angustia no logra calmarla ni la tibia bebida que sume en profundos sueños, ni la voz esperanzada que a sus oídos envió hora a hora, momento a momento... ¡Pero la calma no llega a su corazón agobiado...!

ANCIANA: ¿Cómo podemos llevar la calma a su corazón si a los nuestros los abrasa la hoguera de la inquietud día a día, luna a luna? ¿Qué sosiego podemos ofrecerle si hasta el aire es un solo temor en acecho?

PIACHE: Natural es que haya inquietud y recelo entre los pechos... Si hasta las hierbas y la tierra deben erizar sus cardos y espinas en esta hora de cruenta fatalidad...

ANCIANA: No hay momentos en el que las guaruras no sean el eco de algún suceso infeliz.

PIACHE: Pero, fiel Ubschba, aun cuando la angustia nos golpee segundo a segundo, como tempestuoso relámpago, hemos de templar músculos y nervios y hacer que de nosotros sólo fluya la calma dura y fría... Tenemos que ser así como esos grandes ríos cuya superficie mansa y clara no deja traslucir el potente caudal de su corriente... Ni la tragedia de su fondo pantanoso...

ANCIANA: Junto a tu corazón el mío duplica su valentía... Pero las mujeres tenemos mucho de hojas como el viento a ellas, la desgracia nos hace leves y frágiles... Por ello sufro y comprendo el más íntimo desvelo de la infeliz doncella... Y por llevarme el mismo huracán que la flagela es que a veces no puedo sosegar su corazón con la esperanza... Inútiles son a veces las palabras... Y es el silencio lo único que fluye... ¡Es la herida por donde se va callada la sangre del sentimiento...!

PIACHE: ¿Por qué tu corazón da en esta hora savia de tristeza? ¿Acaso tu fuerza se doblega?

ANCIANA: Duéleme que me creas débil... ¡Pero a veces no sé por qué una gran pena se mueve entre mis huesos! También es que el aire corre húmedo y hay signos de tormenta... A lo lejos el fuego celeste alumbra las colinas...

PIACHE: Ya he percibido la humedad y lo oscuro de la noche... Pero no lloverá, el aire marcha de norte a sur y apacibles aún cantan los grillos...

(En la otra habitación se oye ruido. La Anciana camina hasta la puerta, levanta el cuero que la cubre, mira hacia adentro y vuelve cerca del Piache)

ANCIANA: Su respiración es intranquila...

PIACHE: Tristes son las noches en las cuales ni los jóvenes hallan sueño sosegado...

ANCIANA: Desde que llegó, sus noches son días y sus días fiebres y espinas. Ya ni lágrimas ofrece la desdicha por sus ojos...

PIACHE: ¡Muchas lunas lleva ya junto a nosotros con su espera...!

ANCIANA: ¡Muchas!

PIACHE: ¡Y aún los mensajeros sin llegar!

ANCIANA: Y la doncella clama a cada instante por ellos...

PIACHE: Hace mucho tiempo que debieron regresar. Dos lunas llevan de retardo y ni una señal que anuncie la cercanía de su retorno... ¿Qué fatales sucesos pudieron cruzarse en su venida?

ANCIANA: Todo se ha conmovido al paso del extranjero. También por el sur remoto la guerra está encendida...

PIACHE: Mis mensajeros habían de traer muchas noticias de allá...

ANCIANA: ¡Pero llevan ya dos lunas de retraso...!

PIACHE: Sombríos están los tiempos y esa tardanza puede significar que se oscurecen más aún. ¿Fuiste de nuevo a la vivienda de Urpagua?

ANCIANA: Visité su vivienda esta mañana... Su mujer y sus hijos muestran inquietud. Nunca en sus viajes él se había retardado tanto. Famoso es como rápido caminante. También vi a la menuda abuela de Yaunto, se preocupa también por la tardanza de su nieto.

PIACHE: Nunca Urpagua ni Yaunto se habían retardado. Siempre han estado puntuales en las citas. Rápidos y exactos han

sido constantemente... ¿qué pudo haberles ocurrido ahora cuando tanto urge su presencia?

ANCIANA: Es tiempo de lluvias y el sur está lejos...

PIACHE: Más al sur han ido en otras ocasiones en solicitud de hierbas y no por eso han dejado de regresar en el tiempo señalado... ¡Cuántas veces su rapidez y conocimientos de los lugares donde nacen las benignas hierbas han salvado de la frialdad infinita infinidad de jóvenes cuyas heridas eran ya el cauce de la muerte...!

ANCIANA: Es verdad... Siempre recuerdo la hora, cuando luego de infatigable búsqueda, volvieron con las hierbas curativas a la choza de la entristecida Aupa, hija de Huatoto el mordido por la violenta mapanare. Aquella noche de gran oscuridad y lluvia ellos trajeron la alegría... ¡Las hierbas indicadas por ti devolvieron vencida a la terrible ponzoña...!

PIACHE: Pero ahora tardan... Tardan y las lunas agobian el vientre de la doncella y mi incertidumbre crece por no tener las importantes noticias que han de traer... ¿Qué signo fatal los ha estorbado?

ANCIANA: ¿Será el mismo quizás que turbó a nuestro gran Cacique y equivocó su inteligencia para impedir que asistiera a la gran batalla en la neblinosa Catia?

PIACHE: ¡Lugar funesto!

ANCIANA: ¡En él cayó el arrojado Tiuna... y el bravo Paramaconi probó la hiel de la derrota...! ¡Lágrimas de fuego vertieron nuestros guerreros por no haber podido estar a tiempo en la tremenda cita...! Un huracán batióse en el consejo al conocerse la derrota de nuestros hermanos...

PIACHE: ¡Se volverá a dar la batalla...!

- ANCIANA: Muchos grandes jefes faltan ya para siempre...
- PIACHE: La venganza de ellos dará más vigor al brazo de los guerreros... Pronto volverán los extranjeros a saber de nuestro odio... *(Se restriega las manos con placer)* ¡El temor invadirá sus corazones...!
- ANCIANA: No podrá ser tan pronto, hay enfermedad en muchas chozas, cada día se recogen en sus chinchorros más y más guerreros... Niños, doncellas...
- PIACHE: Signos malos nos persiguen, pero habremos de vencerlos...
- ANCIANA: Hasta Urquía, la valiente esposa del Cacique, delira bajo el tormento de la fiebre...
- PIACHE: Sí, hasta ella, la infatigable, ha tenido que tomar reposo... Sé que muchas noches lleva sin dormir el Cacique y quienes la acompañan, pero he preparado ya el grato cocimiento que calmará los males de la valiente Urquía y de muchos otros enfermos. Pronto vendrán por él...
- ANCIANA: *(Mirando hacia la puerta)* Oscura está la noche y frío el aire.
- PIACHE: Tres noches faltan para que llegue por el oeste la curvada y nueva luna.
(Afuera se escucha el silbido de un ave nocturna)
- ANCIANA: ¿Oyes? Ha gritado un ave sorprendida...
- PIACHE: Alguien llega a buscar el cocimiento curativo para Urquía.
- ANCIANA: Que le sea propicio a su sangre...
(En escena entra el Guerrero)
- GUERRERO: Que mi presencia no turbe la íntima conversación de los ancianos.
- PIACHE: Grato eres siempre, noble Paraiguto, a quienes soñaron un hijo como tú, fuerte y osado...

ANCIANA: Tu presencia nos entibia el corazón, Paraiguto, bravo y bondadoso...

GUERRERO: También os amo como a mis viejos padres...

PIACHE: Puedes tomar asiento mientras pongo en tus manos la bebida que ha de calmar a Urquía en sus dolencias. (*Se incorpora*) Sé que a buscarla vienes.

ANCIANA: Dinos, ¿cómo marcha su mal que a todos nos inquieta?

GUERRERO: Silenciosa está por la violenta fiebre. Y también nuestro jefe agobiado está por el pesar y el sueño...

PIACHE: (*Tomando una vasija de barro y dándosela con cuidado al Guerrero*) Toma, Urquía podrá dormir apaciblemente y vencer su enojoso mal...

GUERRERO: Así será, sabio Curayú: que duerma. También a muchos nos hace falta el sueño, rendidos estamos por el cuidado a los enfermos.

ANCIANA: Luego de tu misión recógete a tu morada, pues gran falta le hace la salud de sus jóvenes a nuestro pueblo...

GUERRERO: No podré obedecer tus consejos bondadosos, oh, anciana, pues mi deber me llevará pronto a otros lugares...

PIACHE: (*Tomando asiento a tiempo que el Guerrero se incorpora*) ¿Viajarás?

GUERRERO: Sí, después de que entregue al Cacique tu oscura medicina continuaré mi trayecto hasta Ocumo, pues a ese lugar han llegado mensajeros que traen graves e importantes noticias...

ANCIANA: ¿Viajeros?

GUERRERO: Sí, son tres importantes jefes, viene a tratar con Guaicaipuro todos los detalles para unir grandes fuerzas guerreras y proseguir la lucha contra el invasor en numerosos lugares.

Hasta aquí no han llegado hoy por temor de que el enemigo se perciba... Pronto se entrevistará con nuestro Cacique; yo los conduciré hasta él...

PIACHE: ¡Con especial cuidado debe organizarse el plan!

ANCIANA: *(Al Piache)* Quizás sepan noticias de tus mensajeros...
(Al Guerrero) ¿Vienen del sur?

GUERRERO: *(Al Piache)* ¿Tiempo hace que los enviaste? *(A la Anciana)*
Sí, del sur.

PIACHE: Dos lunas llevan ya de retardo...

ANCIANA: Dos lunas... Nunca había ocurrido...

GUERRERO: Preguntaré por ellos a los jefes que nos visitan. ¿Y la joven doncella a quien cuidáis?

PIACHE: Aún no ha recobrado la tranquilidad su espíritu ofendido...

ANCIANA: Todavía sus ojos se consumen en la angustia...

GUERRERO: ¡Algún día, cuando hayamos triunfado, bajará el sosiego a su pequeño rostro...! Pero, debo marcharme. ¿Tiene el sabio Curayú algún consejo que ofrecerme para el mejor cuidado de Urquíá?

PIACHE: Sólo ha de tomar esa amarga infusión y dormir cubierta hasta la lumbre...

GUERRERO: *(A la Anciana)* ¿Tiene la anciana algo en qué ocupar mi deseo de servirla?

ANCIANA: Sí, puedo encomendarte, joven guerrero Paraiguto, que si logras saber algo de los buscadores de hierbas del sabio Curayú, me lo envíes a decir tan pronto como puedas a la morada de Urpagua, sus hijos también sufren fiebres y allí estaré ayudándola en sus cuidados, pues varias noches lleva en vigilia.

GUERRERO: Turbia está la noche para velar... *(Sale hacia el palenque)*

- PIACHE: Que la ventura guíe tu proyecto...
- ANCIANA: Y que tu juventud te libre del cansancio...
- GUERRERO: *(Saliedo de escena)* Quede con vosotros la intranquilidad...
(El Piache busca tanteando en los rincones un cacharro de barro, mientras que la Anciana vuelve a la puerta de la otra habitación, levanta la piel de tigre, mira hacia adentro y regresa despacio y silenciosamente donde el Piache. Éste habla)
- PIACHE: ¿Duerme?
- ANCIANA: Su respiración parece sosegada... La infusión que le diste ya ejerció sus bondades...
- PIACHE: Muy fuerte tuve que dársela hoy, pues sólo bajo su efecto ocúltanse sus penas...
- ANCIANA: *(Descolgando un pequeño chinchorro y terciándoselo sobre la espalda)* Hora es ya de ir donde la madre Urpagua; ofrécame la infusión para sus hijos...
- PIACHE: *(Tendiéndole dos pequeñas vasijas que ha tomado del suelo del fogón)* Aquí está, haz que un fuego tranquilo la entibie...
- ANCIANA: Duéleme dejarte solo en esta noches húmeda sin el calor de mis cuidados...
- PIACHE: También cumples con tu deber... Pero, ¿crees que alguna vez tu imagen me ha dejado solitario? Ve a calmar la pena de la madre de Urpagua que todo tu calor se queda en mi morada...
- ANCIANA: *(Luego de tomar las vasijas)* Ah, también debemos vencer la enfermedad que agobia a la tribu... Mi corazón desde allá velará tu sueño y cuando dé a los niños este jugo que has compuesto para calmar su fiebre comprenderé otra vez por qué amo tanto tus manos bondadosas...
- PIACHE: En el amanecer echaré de menos tus ojos para guiarme al arroyuelo...

- ANCIANA: *(Acariciándole la cabeza y el rostro con una mano)* Con el alba estaré de nuevo junto a ti... *(La Anciana sale de la escena)*
- PIACHE: Ve, hermosa Ubschba, que también yo velaré desde aquí por que lleguen pronto la venganza y la victoria...
(El Piache muévase con inseguridad por la habitación, se detiene en un rincón, toma algunos envases y los lleva junto al fogón. Allí trasiega líquidos de unos a otros)
(Restregándose las manos y suspirando) Difícil es hallar un zumo ponzoñoso... Lunas y soles llevo mezclando jugos y más jugos de hojas y raíces *(Huele uno de los envases)* y todo se torna en vano esfuerzo... El último menguante creí haber logrado mis designios, pero todo en vano... Vencido fui de nuevo y aún no puedo ocultar en el cocimiento de la ponzoña que lleve en la punta de la violenta flecha la muerte del enemigo... Ah, sólo en el sur de los sabios Otomacos poseen la violenta raíz del mavecure... Ah, ¡sí aquí la hubiéramos tenido! Pero han rendido sus cuerpos al cansancio mis buscadores de hierbas y plantas y nos han conseguido por esos valles sino muchas benignas o que únicamente den la muerte en el bebedizo... Ninguna de esta tierra es capaz como el curare de llevar en silencio la muerte a las heridas... Pero si no he encontrado alguna que le iguale él mismo ha de llegar pronto traído por mis fieles mensajeros... ¡Se han retardado dos lunas pero tienen que llegar! En el mismo atado donde traigan la amarga hierba para calmar la angustia de la doncella, purificando su vientre, habrá de venir con toda su furiosa malignidad, la raíz del mavecure... *(Sonríe)* Temblará con pavor el enemigo al saber que nuestras flechas y macanas tienen el sutil unto

de curare... *(Se toma una con otra las manos regocijado y eleva hacia lo alto con suavidad la cabeza)*

Ah, dulce Ubschba, has dicho que cuando das a los niños bondadosas infusiones comprendes por qué amas mis manos bondadosas... Pero ahora cocerán la raíz del mavecure y cuando corra por lo alto una luna grande y clara, destilarán en las vasijas el curare y de ella irá rojizo y violento hacia las flechas... Y el enemigo temblará y será vencido... Vencido... Y nuevamente volverá la paz y la alegría a nuestros campos y chozas. De mis manos brotará un fatal arroyo de curare y tú lo sabrás, hermosa Ubschba... Ah, ¿y seguirás amando como ahora mis manos? ¿Continuarás rozándolas con el tibio cariño de tus labios? ¡Sí, sí, para ti siempre serán las que preparan bondadosas pociones y cordiales...! ¡Las buenas manos de tu amado Curayú!

(Con tardos pasos el Piache se dirige hacia el palenque, en la puerta detiénese, estira el brazo hacia afuera, aspira profundamente el aire de la noche, luego regresa hacia el fogón donde por breves momentos remueve los tizones y monta otra vasija, al tiempo que habla)

Áspero está el aire de la noche y turbia ella misma. Noche para dormir con apacible sueño si no corriera por doquier la angustia desatada; si no gimieran en ele nuestro pensamiento los rostros de los sacrificados, del caído y del esclavo, del muerto y del que respira bajo el signo de la humillación; si el aire no trajera un oscuro temor entre sus alas y la muerte no estuviera agazapada bajo el pie del odiado enemigo... Noche propicia para el sueño y la ternura si en su vientre no velaran el dolor y la guerra.

(Lentamente se acerca a la troja que le sirve de lecho)

¡Reposar! Duro sin tener que reposar los envejecidos huesos cuando la voluntad demanda la vigilia. Ah, ¡quién tuviera la fuerte mocedad de sangre tumultuosa que aviva como el fuego todas las acciones...! Pero mi sangre es tibia ahora y el tiempo la abate hacia el reposo solitario, solitario con las tinieblas y la angustia. Los otros siquiera tienen las imágenes... Pero yo estoy solo, solo frente al drama de mi pueblo...

(Se oye suavemente la voz de Ubschba)

VOZ DE

LA ANCIANA:

¿Por qué dejas que la pena torture tu corazón? No puedes estar solo si estás junto a tu pueblo... Ah, Curayú, junto a nosotros vive el espíritu de todos nuestros héroes... ¿Por qué turbas entonces tu vigoroso sentimiento? Junto a tu lacerada soledad sin pupilas, ¿no sientes correr el jugo tibio de la fe? Sosiega tu ánimo y mírate muy adentro, que eres como un fuerte samán de acogedora sombra. Cálmate y que el sueño acoja tu cuerpo... Anda, duerme, que toda mi ternura se ocultará en las hojas de tu lecho y cada una de ellas tendrá todo el calor de mi regazo...

(Calla la voz)

PIACHE:

(Moviendo la cabeza con suave placidez) ¡Ah, la fe, ella rebosa siempre mi corazón...!

(Comienza a tenderse en el lecho)

Ella me dice al pie de cada noche y cada día que mi pueblo y mi sangre habrán de prevalecer siempre, y vencido será el invasor... Muchas lunas y soles tendrán que pasar, quizás ni tú ni yo, Ubschba, estaremos presentes con nuestro amor... Pero muchos de nosotros sonreirán en el aire victorioso cuando esa hora haya llegado...

(Las luces de la escena se van apagando poco a poco en degradaciones de azules mientras el Piache se tiende sobre el lecho en actitud de dormir. La escena queda en completa oscuridad, sólo se divisa lentamente el fuego del fogón) (Pasan los minutos) (De pronto muy vagamente se oyen a lo lejos sonidos de disparos, luego unos gritos confusos. Más lejos percíbese el son de la guarura. Seguidamente retumban claros y precisos los disparos. Al unísono de ellos se ilumina con violencia el escenario mientras el Piache se incorpora inquieto y como asombrado. El Piache, con inseguros pasos muévase hacia la puerta del palenque tanteando el aire con las manos, después se vuelve hacia el fogón oteando a su alrededor)

(Junto al fogón) ¿Gritos? ¿Truenos? ¿Qué podría ser? ¿Acaso el enemigo? ¿Qué puede ocurrir? ¿Engaños de mi turbado sueño? Puede ser eso, muchas veces he visto en la penumbra de los sueños, como si mis ojos tuvieran clara luz, al fuego y las tormentas batiéndose contra nuestros campos... Otras, a extraños seres que sobrecogen con su presencia horrenda los más templados corazones... Bien pudo ocurrir eso ahora cuando todo inquieta mis vigilias y reposos... Si junto a ti estuviera Guaitoto, el hermano de duro y feroz rostro, me diría como tantas veces... Ah, Curayú, nuevamente has tenido las imágenes que se ocultan en nuestro lecho cuando la noche misteriosa nos aparta de la vida... Y yo me hubiese sonreído ante la espinosa verdad de mi hermano Guaitoto...

(El Piache vuelve lentamente hacia la troja que le sirve de lecho y cuando va llegando a ella, suenan lejanos otros disparos y oye un vago griterío. Las guaruras comienzan de nuevo un son grave. Este fondo sónico se intercala con pausas de silencio. El Piache es

sacudido por el violento estremecimiento, con acentuado gesto de asombro inquiere sobre lo que ocurre. Se incorpora nuevamente y comienza a caminar con inseguros pasos mientras aparenta buscar algo que cree está recortado de la pared, luego se orienta hacia su camastro)

Ah, no fueron las imágenes y sonidos hechos por el impalpable sueño. No, no, no fue de esa vasta y misteriosa región de donde bajó mi inquietante impresión... ¡Ah, algo tremendo ocurre, está ocurriendo! ¿Qué sombría realidad viene a herirme con esos atronadores estampidos y gritos? ¿Qué dice esa ronca guarura?

(La guarura resuena con angustia)

Ah, ¡toque de ira! ¿Qué podría ser? ¿Soportará ya nuestro lugar el duro pie del invasor? ¿Esos truenos lo anuncian acaso, y son ellos la voz de la muerte para nuestra tribu...? Tremenda incertidumbre... Ah, y estos ojos que para nada sirven... ¡y este cuerpo que apenas se sostiene! ¡Un agudo presentimiento hierde mi corazón y deja en él la huella de una hora sombría!

(Tanteando por las paredes logra tomar un arco y una flecha)

Ah, mis armas, las nobles armas... Pero ¿qué puedo hacer? ¡Que venga a mis músculos el vigoroso empuje de mis antepasados...! ¡Que sobre mi cuerpo llegue la fuerza de innumerables torrentes y huracanes...!

(Se tambalea al pretender avanzar hacia la puerta)

Ah, maldita ancianidad... El tiempo es conmigo implacable... No... Pero de todos modos ha de encenderse mi sangre con todos sus ardores para ir ya, ya, ya... inmediatamente contra el enemigo, contra el pretendido conquistador de nuestra tierra y de nuestra

libertad... Ir a la batalla, donde rugen los truenos, donde todo es muerte y sangre y odio... Ir allá (*Jadea*) pronto... ¡Pronto...! (*Trata de caminar pero cae pesadamente sobre el camastro*)

(*A lo lejos cesan los rumores, tiros y guaruras se silencian*)

¡Silencio! ¡Silencio de nuevo! ¿Qué ha pasado? (*Va incorporándose con lentitud*) ¿Acaso se aleja el peligro? ¿Fue un peligro? ¿Mi mente y mi gran oscuridad lo crearon? Ah, ¿seré como esos árboles secos, que el más leve airecillo los pone temblorosos y vacilantes? ¿Habrà construido mi debilidad su propia inquietud? (*Extiende las manos como para palpar el aire*) Húmeda está la brisa, hacia el alba se inclina ya la noche... Reposo piden de nuevo mis cansados huesos, pero difícil será tomarlo ahora.

(*Cuando de nuevo va a tenderse se reinician, en forma violenta, los gritos y disparos, mezclados con un pausado toque de clarín y sonos de guarura. El Piache se incorpora electrizado, crispa las manos y trata de caminar con premura hacia el palenque, pero derriba a su paso algunos objetos y cacharros, éstos últimos causan cierto estrépito. El Piache, enfurecido por su incapacidad para moverse con soltura, da empujones por doquier y otros objetos caen con ruidoso estruendo*)

¡Caigan, caigan por doquier, insensibles objetos, (*Les da con los pies*) caigan, destrúyanse, pero dejen libre el paso a mi furor y a mi potencia...!

(*Con violencia se mueve el cuero que cubre la puerta de la otra habitación y entra en escena la Doncella*)

DONCELLA:

(*Entrando con aire de turbado desasosiego*) ¿Qué ocurre? ¿Qué tempestad azota nuestra vivienda? ¿Qué dioses malignos atormentan esta morada bajo las sombras de la noche?

Ah, anciano, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué tanto ruido?
¿Por qué? Ah, ¿qué espíritu maligno turba el reposo
del sabio? (*Percibe de pronto los ruidos exteriores*) Ah, ah...
truenos, gritos de guerra... ¡La guarura...! (*Se turba
y tiembla como enloquecida pronunciando frases incoherentes*)
Ah... Ah... Guerra... Fuego... Truenos... Huyamos...
Es el enemigo... Debemos huir... Correr... Matar...
Sí padre, es el enemigo... Ah, que venga el fuego...
Que venga... Nos mataremos... Venga Taré... taita...
Yaija... Vengan... vamos... Todos luchan... ya... ya...
Denme las flechas... (*Cae extenuada junto al anciano Piache*)
PIACHE: (*Con asombro*) Dajira... pequeña... calla... No es nada...
Calla... ¿Por qué has dejado tu lecho...? ¿Por qué? Ah,
no, no es el enemigo...

(*La Doncella se retuerce las manos presa de crisis nerviosa y trata
de incorporarse pero las piernas no la obedecen, el Piache la toma
por los hombros y trata de calmarla*)

Tu sueño también se ha turbado... Pero calma, Dajira...
Cálmate... Nada ha ocurrido que pueda producirnos
temor... No hay tal fuego... No hay cerca tal enemigo...
Calla, pequeña, olvida aquel drama... Olvida, que pronto
vendrá el alba... Trata de ir a tu lecho, duerme... Anda...
(*La Doncella se incorpora pero aparece como sonámbula. A lo
lejos los ruidos se hacen confusos*)

Aguarda... Ah, tus manos están frías. (*Le toma las manos*)
Recóbrate, es alguna lejana tempestad... Calma tu espíritu
fatigado... Pronto el sol vendrá con su tranquila luz...

(*El Piache logra llevarla hasta el camastro donde la sienta. Luego
tanteando por la pared y con inseguros pasos va hasta el fogón,
cerca de aquél toma una pequeña vasija y una totuma, en ésta*

vierte un poco de líquido y vuelve donde la Doncella y le hace beber lentamente. Seguidamente la toma por los brazos y con mucha lentitud la lleva a la habitación inmediata. Los disparos y ruidos de combate toman mayor fuerza; el Piache sale de la habitación de la Doncella. Al enfrentarse con los ruidos cobra desesperada conciencia de la realidad. Se lleva las manos al rostro y avanza hacia el palenque, cuando va a llegar a él, murmura mientras entra en escena el Guerrero)

PIACHE: ¡Ah, la doncella lo ha presentado!, ¿entonces? Sí...
¿Quién llega?

(Entra el Guerrero tambaleándose, aparenta llevar una grave herida en el pecho. Al llegar al dintel de la puerta que une al palenque con la morada del Piache, cae de rodillas como presa de extenuación)

GUERRERO: ¡Atacan los extranjeros la vivienda del Cacique...!

PIACHE: No, no, entonces... Sí, sí... no eran alucinaciones...
¡Ah...!

GUERRERO: Lejos iba a cumplir mi importante misión cuando oí el extraño trueno (*Jadea*) de las armas enemigas...

PIACHE: El enemigo está aquí... aquí... junto a nuestras colinas...
junto a nuestros hijos y mujeres... ¡Aquí...!

GUERRERO: Sí... yo corrí al oír sus truenos, corrí... mi sangre ardía y era fuego lo que llevaba conmigo por el viento...

PIACHE: *(Tomando una macana y blandiéndola por sobre su cabeza)* Ah, entonces ha sonado la hora... La terrible hora... Sí, la sombría hora... Es ése el rumor del combate... Son esos truenos las armas enemigas... Es la guarura el son de la guerra que nos llama al combate, a la muerte, a la victoria... ah... aquí está mi macana... en el aire están ya las flechas...

GUERRERO: ¡En mi carrera yo mismo era el odio y la guerra!

- PIACHE: *(Descubriendo en el suelo un puñado de flechas y tomándolo)*
Ah, aquí están otras flechas... ¿Dónde están los arcos?
(Al Guerrero) Gracias te doy, bravo Paraiguto por haber venido en mi busca... Gracias por haber comprendido mi desesperado deseo... Tus ojos me guiarán hasta el combate... Pero, ¿por qué no me tomas ya de la mano y me conduces? ¡Por qué perder el tiempo! Anda, vamos...
- GUERRERO: *(Reaccionando de su extenuación y sin comprender el gesto del Piache)* Larga jornada... los truenos y los ruidos me orientaron... me estremecí al descubrir que ellos venían de lugares cercanos a la vivienda del Cacique... Hacia los ranchos corrí... corrí...
- PIACHE: Y antes de ir allá has venido por mí... Gracias, Paraiguto, gracias...
- GUERRERO: No, hacia allá me dirigió la incertidumbre y el odio... Crucé arroyos y salvé colinas... un arco de angustia me disparaba... pero...
- PIACHE: *(Cobrando lucidez)* ¿Qué pudo desviarte hasta aquí? ¿Qué te ocurrió en la marcha?
- GUERRERO: Cuando ya el resplandor de los truenos iluminaba mis pupilas y los gritos azuzaban mis deseos de combate, cruzaron mi camino varios enemigos que junto al río se hallaban emboscados... Hacia ellos acometí con toda la furia de mi mortífera macana... el espíritu de jaguar transitaba en mi cuerpo... Herí, derribé... Todo el furor de nuestras tempestades giraban el ardor de mi brazo... los enemigos huyeron hacia el lugar donde estaban sus mayores fuerzas... quise seguirlos pero sus armas que de lejos hieren habían penetrado en mi cuerpo varias veces... Caí y allí estuve como quien sueña. Luego un

pequeño aliento volvió a mí. Y hasta a ti he venido, Curayú, para que me des de ese bálsamo que detiene la sangre en las heridas y devuelve a los cuerpos su caliente fuerza... pues, ¿oyes? ¿Oyes nuestra guarura? Allí está mi puesto, anciano, junto al bravo Cacique... Allí quiero estar con mi airada macana; con mi violento flecha... con todo mi odio y mi áspera sed de venganza... ah, Curayú, dos veces sabio, pronto, dame tu grato cocimiento y que las hierbas de mi tierra me devuelvan al combate para defenderla del enemigo, anda ya que mis fuerzas huyen con la sangre, como la tierra de las montañas por el cauce de los ríos...

PIACHE: Ira de los astros... ¿Qué serpientes han arrojado sus ponzoñas sobre el aire de esta noche? Ah, bravo guerrero, todo lo suponía mi inquietud y todo lo quería negar mi confiada esperanza... Pero no temas, pronto mi mano te ofrecerá el curativo cocimiento... pero me has de llevar contigo hasta el combate, joven Paraiguto, hijo de mi misma angustia... Dos brazos y un odio más siempre hacen falta frente a un enemigo implacable...

(A lo lejos cobra mayor intensidad el son de la guarura, también aumentan los gritos y disparos. El Guerrero se incorpora poco a poco y semiarrodillado se arrastra hasta el centro del palenque con intención de mirar hacia el sitio donde se supone está librándose el combate. Entre tanto el Piache muévase hacia un rincón de la estancia en busca del cocimiento medicinal. En procura de éste tantea sobre algunos taburetes)

GUERRERO: *(Situándose semiyacente en el centro del palenque en actitud de estar viendo lo que ocurre a lo lejos, junto a los ranchos del Cacique)*
Ah, Curayú, Curayú... rodeado por enemigos está el rancho del Cacique. Muchos guerreros caídos hay en sus

contornos... Otros detrás de empalizadas se baten con furia... (*Al fondo*) ¡Ah, hieran, maten! ¡Así! ¡A lo alto las macanas! ¡Pronto estaré junto a vosotros, muy antes del alba! ¡Que salten al aire las flechas y los insultos! ¡Que la dorada claridad muestre pronto el pecho de los invasores para alcanzarlos con los agudos dardos!

(*El clarín reinicia su toque, el son de la guarura es más desesperado*)

¡Ni un pie de tierra atrás! ¡Adelante con las macanas...! ¡Ya caen más guerreros! ¡Levantaos! ¡Que huya la muerte de vuestras pupilas! ¡Que la sangre recobre su furia y se torne serpiente enrojecida! ¡Hieran, maten, que los arcos no descansen sus viajes de flechas! ¡Ah, qué raro resplandor! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡En lo alto de la de las viviendas crepitan llamas menudas! ¡Fuego! ¡Fuego por doquier! ¡El enemigo ha arrojado fuego! ¡Fuego para aplacar nuestra ira! Rojos están los combatientes, rojas sus armas, rojo el aire... Ah, fuego en el combate, Curayú... fuego y muerte... ¡Las ardorosas y violentas llaman lamen la carne de nuestros guerreros...! ¡Pero en el aire continúan las flechas y contra el enemigo bajan implacables las macanas! ¡Golpeen, hieran, escupan, insulten! ¡Oigo la voz y veo la corpulencia del Cacique...! ¡Rojo está y estremecido de ira!

(*Se oye fuerte el clarín*)

GUERRERO: Calla ya, calla ya, maldecido instrumento... Calla, que ni tú ni el fuego nos pondrán vencer...

PIACHE: (*Buscando con desesperación por el suelo una vasija*) ¡Ya estaremos allá, aguarden que ya estaremos allá! ¡A matar... a matar!

GUERRERO: ¡Ah, sabio Curayú, dame el líquido ligero que el combate nos llama!

PIACHE: (*Quien ha encontrado entre las vasijas una que se supone contiene el*

líquido medicinal, mientras la reconoce al tacto exclama) ¡Ya está aquí... aquí está... es esta... esta... pronto a tu cuerpo, bravo hijo, retornarán las fuerzas... que no brote más tu preciosa sangre, ya me podrás llevar hasta el combate... anda... toma... toma!

(Se dirige con pasos hacia donde se encuentra el Guerrero)

GUERRERO: ¡Fuego! ¡Fuego por doquier...! ¡Ah! *(Crispa las manos)* ¡Ah, qué de humos y llamas...! ¡Qué de truenos! ¡Adelante, adelante! ¡Que siga la furia de las macanas y el relámpago baje entre los brazos! ¡De frente los pechos... golpeen, hieran, maten! ¡Duro con las macanas... duro! ¡Ah, pero el fuego... ya caen los techos... ya se doblan los maderos del palenque grande... ya el humo cubre las miradas...! Ah, ¡muertos están casi todos los guerreros! *(Se medio incorpora)* Ahora caen otros... Sólo Guaicaipuro resiste lucha, hiere, su brazo no cesa... Sólo él y el fuego y el odio... Ah, ¡lucha bravo jefe que ya estaremos contigo! Ah, Curayú, rápido el bálsamo, rápido que el combate me requiere... Rápido que el Cacique está solo... ¡Solo y el enemigo hiere y su fuego destruye y abrasa...!

PIACHE: *(Llegando junto al Guerrero con pasos tambaleantes)* Aquí está, aquí hijo, hijo... guerrero... aquí está... toma, bebe... bebe...

(Le tiende la totuma al Guerrero, pero éste no vuelve ni siquiera la cabeza para mirar al Piache, pues está alucinado con lo que ocurre en el combate)

GUERRERO: Fuego y muerte... solo Guaicaipuro... solo él... solo... solo.

PIACHE: Toma... toma, Paraiguto... toma... Ah, ¡ira de los dioses, detengan el fuego! Que el relámpago siga en las

manos del Cacique... Que descienda la muerte contra el enemigo... Toma, Paraiguto, bebe, bebe... bebe pronto... pronto... que ya iremos en su ayuda...

(El Guerrero toma mecánicamente la totuma entre sus manos, intenta llevarla a sus labios, pero no logra hacerlo dominado por la visión del combate. La guarura debilita su son a medida que crece el del clarín)

GUERRERO: Ah, todo es una inmensa llama. ¡Levántense guerreros, que vuelva a vosotros la vida... que salten de vuestros cuerpos las flechas y las heridas incurables...! ¡Ah... Guaicaipuro, hiere, salta, así, así... arroja llamas, tizones, juramentos...! ¡Ah... ah! ¡Malignas mapanares! ¡El Cacique ha caído! ¡Ha caído, Curayú! ¡Ha caído! ¡Ha caído! Ah...

(Se dobla extenuado, la guarura cesa en su son y el clarín se alza victorioso... Los gritos del fondo se silencian)

PIACHE: ¡No... tus ojos están al igual que los míos... no... dime que no!

GUERRERO: Ah, Curayú... El Cacique ha caído... Todo es fuego y desolación... ¡Ah! El bravo Guaicaipuro yace entre las llamas ardientes... Ah... Curayú, el Cacique es muerto...

PIACHE: *(Tapándose los ojos con las manos)* Gracias, malignos dioses, gracias por no haber podido verlo... verlo... ¡Gracias! ¡Gracias!

(De pronto entra en la escena la Anciana, llega desgredada y presa de visible angustia)

ANCIANA: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay, Curayú!... ¡Ha caído la muerte sobre nuestro pueblo! La muerte y el fuego abaten nuestra tribu... el enemigo... el enemigo...

(Se dobla junto al grupo formado por el Guerrero semiyacente y el anciano Piache)

GUERRERO: *(Débilmente)* Ah, el Cacique es muerto... Hemos sido

vencidos... vencidos...

(De pronto en la habitación donde se encuentra la Doncella resuena un grito agudo... Luego otro y otro... Seguidamente se escucha el llanto de un niño. Al unísono, el Piache, que estaba semidoblegado, se incorpora electrizado; alza la cabeza a lo alto y exclama:)

PIACHE: ¡No! ¡no! ¡no! No hemos sido vencidos... no hemos sido vencidos *(El niño llora fuerte)* No hemos sido vencidos... ¿oyen? Oigan... ¡No hemos sido vencidos...!

GUERRERO: ¡Un niño llora!

ANCIANA: ¡Un niño llora!

PIACHE: Sí... no hemos sido vencidos... sí, un niño llora... ¿lo oyen... no sueño? Sí... sí... un niño llora... llora... y nosotros no hemos sido vencidos... no, no hemos sido vencidos...

GUERRERO: *(Débilmente)* Ah... vencidos... vencidos...

PIACHE: ¡No, no hemos sido vencidos...! ¡Oyen... un niño llora... llora en esta hora tremenda... llora su llegada feliz... llora...!

ANCIANA: ¡Vencidos y un niño llora ahora... llora...!

GUERRERO: *(Cayéndose exánime al suelo)* Vencidos... ¡Vencidos!

PIACHE: *(Con dramática exaltación)* ¡No! ¡Nunca moriremos... óiganlo bien, no desaparecerá nuestro pueblo porque no hemos sido vencidos... su sangre prevalecerá...! ¡Ese que llora llegado por los misteriosos senderos de la tierra, trae la simiente de la venganza y él, él será el vencedor...!

ANCIANA: *(Alzando el rostro como recordando)* Sí, sí... la doncella... el invasor... su simiente... su simiente y nuestra sangre, nuestro odio, nuestra libertad...

PIACHE: Ah, ya estás aquí niño vengador... ya te miro en el

tiempo, alta de rebeldía la frente, llevando en el pecho nuestro orgullo y lanzando hacia adelante las flechas de la eterna rebeldía. Caminarás por un alba de rojo resplandor y tras tus huellas miles de guaruras gritarán el canto de la libertad. Ah, dulce alegría tu llanto en esta hora amarga, niño venido del dolor y del ímpetu... Lloro fuerte, fuerte, que todos te oigan, pues contigo irá nuestra sangre al día de la victoria... ¡Yo veo ese día! ¡Bajo su luz estarán abiertas para el aire las hierbas y las flores y desde ellas el blanco polvo de nuestros huesos musitará su canto de alegría, bajo el pie libre que marcha hacia adelante...! ¡Hacia adelante!

FIN DE LA OBRA

Apacuana y Cuaricurián

Poema dramático

(1975)

*A Caracas, mi ciudad, a sus niños;
al niño que fui y que tanto la quiso.*

*Al recuerdo hermoso y puro de
José del Carmen Toledo.*

Sucedió en esta ocasión un caso, digno por cierto de que grabándose en mármoles se eternizase su memoria en los archivos del tiempo.

JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS

Personajes:

APACUANA:	Piache de la tribu mariche. 40 años.
URIPATA:	Viejo guerrero. Edad indefinida.
DONCELLA:	Itzcheba. Muchacha combatiente. 18 años.
CUARICURIÁN:	Hijo de Apacuana. 20 años.
GUERRERO I	
GUERRERO II	
GUERRERO III	
ITARAMAY:	El visteador.
CHICURAMAY:	Cacique de los mariches. 50 años.
ALFONSO	
GALEAS:	Capitán español.
FERNÁNDEZ DE	
ANTEQUERA:	Otro capitán.
CURA ALONSO	
SOLDADO	
VOCES	

Acción:

La acción tiene lugar en la Fila de los Mariches, al este del valle donde ahora se levanta Caracas, el año de 1569.

Escenografía:

Toda la obra se representará como si se tratara de un ensayo. Trajes y escenografía convencionales, los actores que hacen de indígenas pueden llevar algún instrumento, objeto o atavío que los identifique, sin que necesariamente vistan de indígenas. Igualmente, se presentarán aquellos actores que encarnan a los europeos conquistadores. Luces, sonidos y música se indican en el texto.

PRÓLOGO

GUERRERO I: Mostraremos ahora para ustedes
 episodio de tiempo muy remoto,
 que ocurrió en esta tierra cuando en ella
 recio conquistador plantó su bota
 y el caribe tornó su rostro duro
 y apuró una saliva de amargura,
 y empuñó la macana de la guerra.

 El fuego en su morada fue más rojo
 y en su caliente cuerpo las arcillas
 frugaron con el odio sus volcanes...
 ¡Era una lucha nueva lo sabía
 y hacia ella marchó su paso grave!

GUERRERO II: Trajeados para ensayos actuaremos.

GUERRERO III: No habrá escenografía ni estructuras.

GUERRERO I: Ni artificios de trastos y madera.
 Ni vestuarios ni gran utilería.
 Sólo la fantasía tendrá vuelo
 y la imaginación campo y altura.

APACUANA: Yo encarnaré el papel de piache altiva;
Apacuana llamada por los suyos.

GUERRERO I: Mujer con decidido atrevimiento.

CHICURAMAY: Seré Chicuramay, el macilento
en cuyo cuerpo se conjuga el drama.

GALEAS: Y yo Galeas, capitán de campo,
que piensa como piensa un castellano
de duros huesos y solar lejano.

CUARICURIÁN: Seré Cuaricurián el apacible
artista que soñaba asir luceros,
el que teje poemas con plumajes
y le gusta cantar por los senderos.

DONCELLA: Yo soy su enamorada...
(Muestra a otros indios) Ellos, guerreros.
Mas no podemos presentarnos todos
iniciar es mejor la acción en vivo.

GUERRERO I: *(A todos)*
Ocupen sus lugares...

GUERRERO II: ¡Comencemos!

(Salen unos y otros colócanse en sus sitios. Cambio de iluminación)

(Suena una flauta de carrizo, dulce, triste)

GUERRERO III: ¡Estamos en el rancho de Apacuana,
oculto por los montes de Mariche,

donde nuestra nación se ha recogido
luego de las derrotas padecidas,
y muertos fueron los caciques bravos
y el valle de Catuche fuera hollado
en manos invasoras y enemigas.

(Muestran a quienes preparan flechas y macanas)

Preparan ellos flechas y macanas,
y todo se promueve hacia la guerra,
pues pende la existencia del caribe...

GUERRERO I: ¡De ganar o perderla!

GUERRERO III: ¡Ese es el drama!

GUERRERO II: Que las guaruras suenen y el fototo,
y nazca el teatro, ¡como flor de magia!

*(Óyese sonar muchas guaruras, los carrizos y fotutos. Muy lejos
ladran unos perros y suena un clarín. Hay cambio de luces y los
actores inician su trabajo. En escena se han quedado Apacuana,
la Doncella y los tres guerreros. Se ocupan de organizar y
disponer las armas; flechas, mazos, macanas, lanzas rústicas.
Entra Uripata, agitado)*

APACUANA: Uripata, qué ocurre, que ligero
e inquieto, perturbado aquí te allegas.

URIPATA: *(Habla a todos)*
Nuestro cacique, jefe de la guerra,
el que sabe de rutas y senderos
y dirige la flecha donde quiere,

herido está por mal que lo doblega
y ni andar puede, y ni mirar siquiera.

Sus brazos como ramas han caído
y su palabra yace adormecida
entre labios por fiebres macilentos.

APACUANA: ¿Qué dice el piache de los humos sabios
y mágicas palabras misteriosas?

URIPATA: ¡Lo ensalma con tabacos y pociones
y suena junto al humo la maraca!
¡Para que de su cuerpo huyan los males
y vuelva la salud hasta sus venas!

APACUANA: ¡Hay que esconderlo ya, guardar su vida;
es el único jefe que nos queda
con la sabiduría de la guerra!

Que nadie por la tribu diga nada.
¡Debemos ocultarle al enemigo
que el cacique está mal o se nos muere!

GUERRERO III: ¡Y que siga creyendo que él comanda
el torrente mortal de los flecheros!

GUERRERO I: Pero sin él, ¿acaso venceremos?

GUERRERO II: ¿Quién nos conducirá por los combates
con voz alerta y rapidez de trueno?

GUERRERO III: Carecemos de jefes con su arrojo;

¡que sepan bien guerrear sobre los campos
y ordenar con sus voces el avance!

DONCELLA: Si no hay quien nos dirija perderemos
nuestra lucha que tanto ya nos cuesta;
¡y estas tierras serán del hombre extraño
cuyas plantas oscuras la envilecen!

APACUANA: ¡Mariches, apretad ánimo y dientes!
No debe este suceso derrotarnos...
ni derrumbar nuestro ánimo agresivo...

GUERRERO I: Pero escucha, Apacuana: ¿te das cuenta?
¡Carecemos ahora del valiente
que ha estado conduciendo la contienda!

APACUANA: Si el consejo de ancianos lo dispone
y nadie puede comandar la guerra...
que impuso el extranjero a nuestro pueblo.
Lo haré yo...

URIPATA: ¡Sí!

GUERRERO III: ¡Te sobra valentía!

DONCELLA: ¡Y tienes energía de doncella!

URIPATA: ¡El consejo de anciano ha tratado
eso que nos ofreces, Apacuana!
Y a una sola voz ha decidido
que dirijas la tribu y su pelea
y libres nuestro suelo de hombre extraño.

APACUANA: *(A Uripata)*
¡Ve entonces a decirle que yo acepto
mandar en esta hora a nuestra gente
y que habré de guerrear hasta el momento
que salga el invasor de nuestra tierra!

(A los otros)

¡Cuando sean las flechas distribuidas
y brazos y macanas estén prestos
bajaremos al valle sin la luna
y escuchará de nuevo el enemigo
el grito belicoso del caribe!
Y sabrá de su puño y su bravura
y de la muerte que su brazo envía.

(Suena una garrara. El Guerrero I indaga qué ocurre)

GUERRERO I: Apacuana, ya llega Itaramay
al que mandamos vigilar de cerca
al intruso que todo nos destruye.

APACUANA: Sabremos de sus armas y sus planes.
De lo que piensa, dice y ejecuta,
ese dueño de truenos y metales.

GUERRERO I: ¡Podremos ordenar así el ataque
y en un combate fiero exterminarlo
junto con sus peonadas y sus bestias!

DONCELLA: ¡Libraremos la tierra de sus pasos,
de su codicia siempre desatada,

de sus terribles fuegos y del odio
que a la cribe gente le dispara
el duro pedernal de su mirada!

GUERRERO III: ¡Y así ha de suceder, doncella Itzcheba
sí en su duro pelear nos empeñamos!

(Llega Itaramay)

ITARAMAY: Vengo de escudriñar todas las rutas.
El enemigo cubre los caminos,
los ríos, las vertientes, las alturas.

Habita nuestras casas, se alimenta
con lo que hemos sembrado hace tres lunas.

APACUANA: ¿Han crecido sus fuerzas?

ITARAMAY: Han crecido...
¡Pero más ha crecido su arrogancia
y esa voluntad de someternos
a los yugos que tiene preparados!

¡Señor es de los valles y los ríos;
y extender sus dominios hace alarde
con voces de gozoso desafío!

APACUANA: ¡Sí, allá está soberbio y orgulloso,
defendido por petos y aceros,
lastimando los valles con sus fuegos,
sus espadas, sus bestias y sus perros!

GUERREROS: *(A coro)*

Para que no olvidemos esa afrenta,
y revuélvase el odio en nuestra sangre
con todas sus espinas y candelas,
el viento nos acerca en todo instante
hasta este monte de empinada altura,
el grito de sus trompas y clarines,
relinchos rudos de sus potros fieros,
el aullido tenaz de sus mastines.
¡Y sus voces que mandan y castigan
en una lengua dura y atrevida!

APACUANA: ¡Pero en estas montañas los mariches
como gente caribe y animosa,
habremos de curarnos las derrotas,
sanar de la vergüenza y de la rabia,
retomar nuestras flechas y macanas
y con ellas luchar por la victoria!

URIPATA: ¡Y el invasor saldrá de todo el valle,
y hasta el aire de nuevo estará libre
sobre los cielos y por las montañas,
y a los arroyos volverá la imagen
de la risa que huyó de nuestro pueblo!

GUERREROS: (*A coro*)
Así lo afirmaremos.
¡Lo afirmamos!
¡Con la sangre que resta y con los huesos!
¡Con la sombra!
¡La muerte!
¡La venganza!

¡Y el violento celaje de las flechas!

(Oscuro sobre la escena. Se ilumina al fondo el capitán Galeas, Fernández de Antequera y el cura Alonso)

ANTEQUERA: ¡Es menester la paz con los mariches,
todos desconcertados y dispersos
desde que Guaicaipuro fuera muerto
y a sus altas montañas retirados!

CURA ALONSO: Sólo mediante su ánimo rendido
podremos dominar esta comarca
y fabricar a orillas de sus ríos
villas y población de cantería.
¡Y darle a nuestro rey nuevos vasallos
que eleven mucho más su poderío!

ANTEQUERA: Es menester que el indio nos trabaje
las negras minas de riqueza cierta,
y que labre la tierra día a día
para proporcionarnos el sustento.

¡Sobre los naturales ya vencidos
y atados a cumplir su vasallaje
será como podremos en las Indias,
forjar nuestra riqueza y señorío!

(Redobla un tambor)

GALEAS: ¡Órdenes den que se pregone presto
un bando de pacífica lectura,
y cajas y atabales lo divulguen

entre la indiada que nos ha peleado,
con tanta saña y sin temor alguno!

(Oscuro. Óyense cornetas y tambores y una voz que grita)

Voz: ¡El bando escuchen naturales todos!
¡Que nuestro rey ordena se pregone!

(Redoble)

¡A los bárbaros todos les decimos:
si sumisos se entregan y vencidos,
podremos terminar la justa guerra
y daros protección y sana vida
con la luz y la espada de Castilla!

(Redoble. Suena clarín. Oscuro. Luz sobre Apacuana y los otros indígenas)

ITARAMAY: Tan fuerte ya se cree el enemigo,
que la paz nos ofrece si cedemos
la heredad de esta tierra a su codicia
y de libres que somos nos volvemos
servidores y esclavos para ellos...

GUERRERO I: ¿Eso quieren? Con una carcajada
responde la garganta del caribe.

(Todos ríen)

GUERRERO II: Y luego ya sabrá de las macanas;
y de que no ha ganado la victoria.
Pues, aunque pasen lunas y otras lunas,

y los bosques renueven sus grandezas
y huesos y más huesos con el polvo
de todas las arcillas se confundan...
La lucha ha de seguir...

GUERRERO III: ¡Sin que cejemos
ni demos por rendidos nuestros brazos,
ni enterremos en sombras la esperanza,
ni ceda la pasión que nos levanta!

APACUANA: ¡Un momento, mariches, no se puede
dejar de meditar esa propuesta...
aunque venga de voces enemigas!

GUERRERO I: ¡Tales ofrecimientos nos humillan!

APACUANA: ¡Un momento, mariches, no se puede
dejar de meditar esa propuesta...
aunque venga de voces enemigas!

GUERRERO I: ¡Tales ofrecimientos nos humillan!

APACUANA: Pensemos con astucia únicamente...

GUERRERO III: ¿Qué nos quiere decir tu entendimiento?

APACUANA: Quizás esa propuesta nos permita
que alcancemos mejor su aplastamiento.

ITARAMAY: ¿Qué insinúas?

GUERRERO I: ¿Qué paso nos propones?

- APACUANA: ¡Debemos aceptarles esa oferta!
- URIPATA: ¡¿Rendirnos?!
- APACUANA: ¡Sí! ¡Para después vencerlos!
- GUERRERO I: ¡No te comprendo!
- APACUANA: Pronto lo entenderás...
- URIPATA: ¡Que fluya entonces tu palabra clara
y toque su verdad mi pensamiento!
- APACUANA: Nos rendiremos, sí, en apariencia...
Diremos al extraño que aceptamos
sus tratados de paz y de vasallaje.
Y muchos de nosotros partiremos
a donde se levanta el campamento
y guardan sus mosquetes y bagajes.
- Allí nos mostraremos apacibles;
esclavos casi de su atrevimiento.
¡Y el extraño creará que ya ha ganado
con nuestra libertad su injusta guerra!
- ITARAMAY: ¡Lo habrá hecho, Apacuana, yo lo veo!
- APACUANA: ¡Con sólo su creencia lo habrá hecho!
- URIPATA: ¡Tu idea no concibo; habla bien claro
para que te interpreten mis oídos!
- GUERRERO II: Si es ese algún ardid, ¿en qué consiste?

- GUERRERO I: Explicálo y veremos si se aprueba.
- APACUANA: Dentro ya de tus tiendas y trincheras
observarán los nuestros fijamente
aquello con que cuentan los intrusos:
sus perros, sus caballos, su armamento,
sus soldados dispuestos, sus aperos.
- ¡Cuando todo esté visto y precisado,
en noche ya escogida con certeza,
y sin que nada falle ni se altere;
esconderán los frenos y espuelas,
cinchas y sillas a sus potros rudos!
- Ocultarán las armas y los hierros
y todo cuanto hiera y se dispare;
a los perros darán ponzoña mala
y al agua arrojarán los alimentos:
la arepa, los tasajos, el cazabe
y todo cuanto dé mantenimiento.
- ITARAMAY: ¿Y eso puede hacerse?
- APACUANA: Sí se puede...
Si el trabajo es sutil y muy discreto.
- URIPATA: Ya todo ejecutado, ¿qué medidas
tomarán quienes sigan por los montes?
- APACUANA: Sin gritos, ni guaruras, quedamente
rodearemos sus campos y trincheras.
¡Y cuando los hermanos den aviso

de no tener poder el enemigo
con ánimo violento asaltaremos
por sobre sus bastiones y trincheras!
¡Y el alba encontrará que los mariches
al osado invasor habrán rendido!

¡Y todas las guaruras por el valle,
sobre los riscos y las altas cimas
resonarán con sonos turbulentos,
para gritar que la nación caribe
libre de nuevo está sobre sus tierras!

URIPATA: Hagamos lo que dices sin tardanzas...
¡Para que pronto se convierta en un hecho
lo que ahora nos das en esperanzas!

ITARAMAY: Hay que escoger los mozos más prudentes...
¡Con mente fría y corazón valiente!

URIPATA: Los que suelen mirar con vista baja
y en observar muy bien son diligentes.

APACUANA: ¡Y que no teman parecer cobardes
y comprendan el plan exactamente!

URIPATA: ¡Pediré convoquemos a consejo
y que tu plan sin dilación se apruebe!

*(Oscuro. Guarura. Luz sobre Galeas, Antequera y el cura
Alonso, limpian sus armas. Lejos se oye débilmente toque del
tambor y de corneta)*

GALEAS: ¡Muchos bárbaros muestran su contento

por el pregón de paz que hemos lanzado,
y a nuestros reales llegan sin enojos
puesta ya su razón a someterse
y trayéndonos panes y tasajos!

ANTEQUERA: ¡Mas, alerta hay que estar en todo tiempo,
y con las armas listas y cuidadas,
cerca de los alzados parapetos,
pues esta gente bárbara bien puede
tendernos a traición una celada!

GALEAS: Pienso que de guerrear están cansados,
y muchas hambres y privanzas tienen,
a más de carecer de jefes bravos.
¡Por eso cabizbajos ya se entregan
pues toda su pujanza se ha quebrado!

ANTEQUERA: ¡Le pediré a Losada sin embargo,
que dicte para todos, el mandato,
de tener a esa gente vigilada!

CURA ALONSO: Eres un capitán muy precavido...

GALEAS: Pero, ¡ya están vencidos, os lo digo!

*(Clarín. Oscuro. Luz en el rancho de Apacuana. Se encuentran
ella, Uripata y el Guerrero I)*

GUERRERO I: Además de ese plan, ¿qué te propones?

APACUANA: Lo que una vez ya hizo Guaicaipuro
debe intentarse ahora nuevamente...

Unir como en un mazo nuestras tribus.
Extender por doquier las hogueras
y golpear con la muerte a quien nos hiere.

URIPATA: Hacer que hasta la tierra se levante...

GUERRERO I: ¡Y se levante el barro y la madera!

URIPATA: ¡Y el agua y su tormenta enfurecida!

GUERRERO I: ¡Y el humo que sofoca y enceguece!

URIPATA: ¡Y la candente brasa y su crujido!

GUERRERO I: ¡Y el nervio de la luz hecho centella
y el huracán de azul enfurecido!

APACUANA: ¡Que todo se desgaje desde un trueno,
y queme al invasor con su estallido!

*(Lejos se oye un canto vigoroso y profundo. Todos le prestan
atención. Llegan la Doncella y el Guerrero II)*

URIPATA: *(A la Doncella)*
¿Qué suceso provocan tales cantos?
¿Es que vuelve la risa a nuestra tribu?

DONCELLA: ¡Los jóvenes guerreros han venido
para escuchar palabras y cumplir
esta noche tu bélico mandato!

GUERRERO II: Sagaces por los bosques irán todos
a esperar las señales convenidas.

- DONCELLA: Y cuando el ave suelte su chillido
ellos asaltarán el campamento
con grave decisión...
Y sin ruido.
- APACUANA: ¿Y mi Cuaricurián? ¿Llegó a la cita?

(La Doncella y el Guerrero II cambian miradas)

¿Con los mozos que ahora se disponen
a jugarse la vida en la jornada
mi hijo cierra filas bien armado?
- GUERRERO II: ¡No se encuentra en ellos, Apacuana!
Compartir ese riesgo no ha querido...
- DONCELLA: Al parecer...
pues nadie lo ha encontrado.
- APACUANA: ¡Avergonzada me hallo de saberlo,
reacio a acudir si se convoca...
y me duele saber su cobardía,
y el tibio celo por hallarse activo
entre quienes los riesgos desafían!
- DONCELLA: No es Cuaricurián ningún cobarde;
ni mozo que al peligro se le niegue...
- APACUANA: Su conducta señala que lo es.
¡En este amargo instante lo comprendo!
Y es tu corazón quien lo defiende,
porque tu corazón lo ve distinto.

- DONCELLA: ¡Sé que tiene valor!
- GUERRERO II: Para hacer cuentas...
- URIPATA: Idolillos, penachos y collares
y recoger plumajes de colores...
- GUERRERO II: ¡Y adornarnos los rostros con tatuajes!
- DONCELLA: Sepan:
Cuaricurrián es un artista
que juega con el barro y los colores...
Y los guijarros y los caracoles...
Y sólo quiere que gocemos todos
lo que sus manos dulces nos construyen...
¡Y su imaginación sueña primero!
Eso es Cuaricurrián y no lo oculta...
- GUERRERO II: ¡Mas sin arrojo ni coraje alguno
para salirle al frente a un enemigo
con el odio veloz de las macanas
y agredirlo con puños y con dientes
y reírle a la muerte en la sabana!
- URIPATA: ¡Quizás cobarde es, aunque se dude!
- APACUANA: De ser eso verdad y se compruebe...
No lo nombren jamás en mi presencia
ni recuerden que estuvo en nuestra tribu.
- DONCELLA: ¿Por qué llamas así, madre Apacuana?
- APACUANA: ¡Si es un cobarde ruin! ¿Tiene defensa?

Hasta olvidar su nombre quiero ahora.
No puede ser mi hijo quien se oculta
cuando la libertad pide la vida...
¡Y la gente caribe, toda rabia
a vencer o morir ahora se apresta!

(Entra Cuaricurián desenvuelto, pero grave)

DONCELLA: ¡Cuaricurián! ¡Te aguardan los guerreros!

CUARICURIÁN: *(A Apacuana)*
¡Oí lo que decías y me aflige
que tal trato me dé tu sentimiento!

APACUANA: ¡Merece mucho más tu vil conducta,
incomprensible a mí, por vergonzosa!

CUARICURIÁN: *(Serenamente)*
Ya sabes que no puedo ser guerrero
de gesto duro y con palabra alzada.
¡Soy torpe para el arco y la carrera,
y nada sé de golpes y avanzadas!

¡Cuando intenté pelear, hace ya tiempo,
los jóvenes ardientes se burlaron
de verme asir el arco torpemente
y equivocar la flecha que lanzaba
sin pulso fino ni sagaz mirada!
¡Y alguno reclamó que peligraban
por mi incapacidad sus movimientos,
y hábil el enemigo aprovechaba
la nula terquedad de mis esfuerzos!

- APACUANA: No es ésa una razón a que rehúses
comprometer tu esfuerzo en la contienda
ni para que te escondas afligido
ante el riesgo que ahora nos acecha.
- CUARICURIÁN: ¡Bien sé que no le temo, mas no puedo
volver a soportar amarga burla,
ni sarcasmo, ni risa, ni consejo...
por eso, óyelo bien, o bajaré
al valle con el grupo de guerreros!
- APACUANA: Debes irte de aquí...
- URIPATA: ¡Muy lejos vete!
- GUERRERO I: ¡No cabe entre nosotros el menguado,
el vacilante, ruin y temeroso!
- DONCELLA: Si parte iré con él, me necesita...
- URIPATA: (*A la Doncella*)
¡Tienes tu puesto aquí, donde se lucha,
con penas y pesares y aflicciones!
- APACUANA: ¡Y antes de acompañarlo tú debieras
condenarle su ánimo medroso!
- DONCELLA: ¡Razones tienen en hablarme recio!
Sólo puedo decirle que me quedo
como una combatiente entre los míos...
¡Y que lo guardo aquí para andar juntos
y juntos combatir con alto brío!

- APACUANA: (*A Cuaricurián*)
 ¡Retírate y escupo!
 ¡Es mi castigo!
 Para quien desde ya no me obliga.
- (*A todos*)
- Y quiero que lo sepan: Apacuana
 nunca ha tenido un hijo: ¡lo reniego!
 ¡Jamás mi cuerpo recogió semilla,
 ni mi carne se abrió para dar frutos,
 ni en mi seno mamó niño ninguno!
- CUARIACURIÁN: Grave dolor me das y he de llevarlo
 como quien lleva sobre ardiente herida
 punzante dardo de sutil veneno.
- URIPATA: En los riscos profundos ve a esconderte,
 con tus plumas, collares y abalorios
 y no recuerdes más que eres mariche.
- APACUANA: ¡Ni que en sus brazos te llevó Apacuana!
- GUERRERO I: Ni regreses aquí a extenderle a otros
 tus temores oscuros y tus miedos.
- APACUANA: No quiero verte más...
- CUARICURIÁN: Eso me apena.
- APACUANA: ¡Y más me apena a mí ver lo que eres,
 llevando como llevas sangre mía!

URIPATA: ¡Cuaricurián, olvida a nuestra tribu!
 ¡Y no digas jamás que eres caribe,
 ni que viste la luz sobre esta tierra
 donde nunca nació la cobardía!

(Todos escupen menos la Doncella. Cuaricurián sale. Todos le dan las espaldas. Óyese lejos una guarura. Entra Itaramay)

ITARAMAY: Ya parten, Apacuana, los guerreros,
 para librar combate decisivo.
 En sus cuerpos la sangre se arrebata
 y entre sus brazos el valor se agita.

(Óyese lejano un coro de voces oscuras y profundas)

APACUANA: Que con su luz la luna no descubra
 la inmensa oscuridad que los protege;
 que noche ha de ser esta prolongada
 donde la muerte viaje silenciosa
 entre macanas y vibrantes flechas.

 Que no baje garúa de las nubes,
 ni se perturben con furor los vientos,
 ni los pájaros oigan las pisadas
 que van con el deber hacia la muerte...

(Oscuro. Lejos crece la canción grave de los guerreros que parten)

(Luz sobre Galeas y Antequera. Se colocan los petos y ciñen espadas)

ANTEQUERA: Ha sido una gran suerte haber oído
 brotar de sus palabras tales planes.

GALEAS: ¡Suerte fue en verdad, que ese soldado
supiera de os bárbaros su lengua,
y descifrar pudiera cuanto hablaran
sin que los indios, cautos, percibieran,
que daban a nosotros su secreto
y con él su seguro aplastamiento!

ANTEQUERA: ¿Lo sabe ya Losada?

GALEAS: Ya lo sabe...
Y toma presuroso las medidas
para hacer abortar toda la trama.
¡Prepare usted, sin más, los ballesteros
y embósquese con perros junto al río;
que muchos cuidan ya los parapetos
con las temibles bocas de cañones
y la segura y cruel mosquetería!

ANTEQUERA: No hay ruido en las montañas ni en las lomas...
¡Ni en las picas ocultas y veredas,
ni se escucha el sonar de las guaruras...
como suelen sonar cuando la indiada
dispónese a emprender una refriega!

GALEAS: Debemos temer más. ¡No es ordinario
ese comportamiento en los caribes!
¡Que gustan de gritar cuando pelean
para llevar temor a su enemigo!

(Sale presuroso Antequera. Galeas avanza bajo una cenital. Se iluminan dos soldados dormidos sobre el suelo. Cuidadosamente los despierta y les hace señas de que callen)

GALEAS: ¡Con armas prestas a sus puestos vayan
pues los bárbaros vienen por los montes
dispuestos a atacarnos y vencernos
antes que el alba llegue con sus luces
y borre de las sombras las estrellas!

¡Muévanse cual jaguares sigilosos,
y ni una voz escape de las bocas,
a fin de que la indiada no perciba
que armados nos hallamos y dispuestos
para desbaratarles sus intentos!

(Oscuro. Luz donde Apacuana. Ésta y la Doncella con inquietud acopian flechas y piedras)

APACUANA: ¡Hay que aumentar la provisión de flechas
y llevar nuestro esfuerzo a otros lugares,
donde los invasores se aposentan
y sobre gente nuestra sientan reales!

En el sitio que estén hay que destruirlos
con todo cuanto tienen y han traído.

¡Sobre sus grandes casas por los mares;
y lo haremos después de la derrota
que esta noche le habremos infligido!

(Suena a la distancia una guarurá)

DONCELLA: Toque de alarma es...

APACUANA: Viene de lejos...

(Entra Itaramay. Agitado)

ITARAMAY: Todo lo ha descubierto el enemigo...

APACUANA: Quiebra tu voz...

DONCELLA: Y guarda lo que dice...

ITARAMAY: La noticia que traigo óyela toda
que para nuestro mal es verdadera:
el plan que tanto urdimos se ha deshecho,
y los nuestros son ya sus prisioneros...

APACUANA: ¿Cómo lo sabes, di...?

DONCELLA: ¿Quién te lo ha dicho...?

ITARAMAY: ¡Vengo del valle y recogí la nueva
de un niño que escapó con sus heridas!
¡Y yace abandonado en las cocuizas
entre sombras azules y hormigas!

APACUANA: Debemos atacar y libertarlos...
¡Apresta los guerreros, las mujeres,
los ancianos, los niños y que suenen
con desesperación nuestros fotutos!

(Suenan desde varios lugares fotutos y guaruras)

DONCELLA: ¿Oyes?

(Llega Uripata)

ITARAMAY: ¡Ya suenan!

APACUANA: Debemos, pues, bajar...

URIPATA: ¡No es fácil hacer eso, el enemigo
irrumpe ya con su tropel armado,
ocupa las pendientes y bajadas...
y acosa nuestra gente con sus perros
que corren sin cesar entre las piedras!

(Se oye el sonido de un clarín avanzando)

¡Es su clarín en el combate alzado,
azuzando sus rápidos jinetes
hacia nuestros palenques y trincheras!

(Llega el Guerrero III. Anuncia y cae al suelo)

GUERRERO III: ¡Ya han aprisionado hasta el cacique
que enfermo estaba en su lugar secreto!

APACUANA: ¡Muere con tal suceso mi esperanza
de verlo nuevamente alto y erguido
comandando veloz a nuestras huestes!

GUERRERO III: *(Desde el suelo)*
Prosigue el enemigo su carrera
tratando de tomarnos esta cumbre
con fuegos y mosquetes y banderas.

*(Óyense gritos y tropel de potros. Disparos, clarín y guaruras.
Apacuana y quienes la acompañan comienzan a disparar
flechas, piedras y lanzas hacia abajo. El Guerrero III muere)*

APACUANA: ¡Afilen ojo y pulsos,
hace falta tumbar con cada flecha un extranjero!

DONCELLA: *(Mientras dispara)*
¡Oye cómo se agitan las guaruras
y avanzan sobre el viento los clarines!

URIPATA: *(Atisbando hacia abajo)*
Mordientes fuegos en el monte crecen
y de sus cuerpos brotan estallidos.

DONCELLA: Ya están sobre nosotros, Apacuana...

(Estallan disparos. Óyense gritos cercanos. Penetra humo. La Doncella y Uripata caen. Apacuana sigue lanzando flechas, una bala la toca y se dobla. Entra disparando Antequera)

ANTEQUERA: Aquí está la cacique, capitán... Mi mosquete
certero la ha tumbado...

(Se oye violenta la voz de Galeas)

GALEAS: *(Lejos)*
¡Aprésala si puedes, la requiero
para el proceso que se instaure luego!

(Óyense afuera más disparos. Ladridos de perros, gritos y el sonar del clarín. Oscuro)

Galeas, Antequera y el cura Alonso en cuclillas en torno a un pequeño y rústico fogón donde cocinan algo. Beben en pocillos de barro algo caliente y hablan.

GALEAS: Entre los últimos indios abatidos

tomamos un cacique prisionero...
Y debemos juzgarlo...
¡Ya Losada...
convocó tribunal acreditado
que debe decidir darle la muerte
mediante el vil y cruel empalamiento!

ANTEQUERA: ¡Lo mismo que se ha hecho con los otros
a la orilla del Guaire turbulento!

(Señala al Cura)

Pero su reverencia no lo quiere
alegando razón un poco extraña.

CURA ALONSO: ¡Digo que no parece el prisionero
ser ese cacique que mencionan
todo ferocidad y osadía!

ANTEQUERA: Cierto...
Su figura más semeja
un breve gancho de alados huesos...

GALEAS: Alguna enfermedad lo ha demolido
y llevado a parecer lo que parece.

ANTEQUERA: No habla, ni demuestra sufrimiento...
¡Ni altivo entre su rabia se estremece!

CURA ALONSO: ¡No es un cacique, lo conozco al vuelo
y sé cómo nos gritan y nos miran
y amenazan con uñas y con dientes
cuando sufren de cepos y cordeles!

ANTEQUERA: En el suplicio nos dirán algunos
si moviose con gente belicosa
para hacernos tenaz hostigamiento...
¡Y de haber sido así le cobraremos
con una muerte cruel su atrevimiento!

CURA ALONSO: No puede condenarse al que no sea
el reo a quien se acusa bien probado,
y su conducta atroz esclarecida...
Que empalen a los otros y a ese
dejen en libertad pues pronto muere...
¡Sostengo eso señor, y sólo eso!

¡Pues lástima me da verle su estado!

GALEAS: También entre la indiada presa está
la terrosa y altiva curandera...

ANTEQUERA: ¡Es la vieja Apacuana, la conozco,
nervio de rebelión y de pelea!

GALEAS: Deberíamos dársela a los perros
para ver si es capaz su atrevimiento
de pelearlos sin armas y desnuda,
cual lo hiciera sin suerte el tamanaco...
jefe de los caracas y los tarmas...

ANTEQUERA: Lo haría sin temor, pues es cerrera
y dura de abatir la prisionera...
(Óyese un clarín, luego un redoble de tambor)

CURA ALONSO: Es lástima tomar tales medidas
en seres a quien Dios les dio la vida...

- GALEAS: Calle usted y medite lo que han hecho...
- ANTEQUERA: Ya Diego de Losada lo ha ordenado...
¡Y al tribunal severo lo ha propuesto
que sufran por traición y empalamiento...
en una tarde por el sol quemada!
- GALEAS: ¡Cobrarán al ver eso más temores
y aquellos que luchar firmes persiguen
sus armas dejarán y humildemente
intimidados bajarán su frente!
- CURA ALONSO: No creo que eso ocurra, son muy fieros
y bravos y orgullosos los caribes...
Cien años y aún más nos darán guerra...
Ellos y sus hijos y otros hijos...
Una joven mariche me lo dijo
cuando en el monte, herida, la apresamos...
¡Yo les digo, señores, y sostengo:
nunca con muertes o suplicios crueles
rindiose pueblo que su patria quiera!
- ANTEQUERA: ¡Su reverencia calle, pareciera
que ya toma partido por infieles!
- GALEAS: (*Riendo*)
Y provoca por eso contestarle
sin ánimo de ofensa en buen romance...
- CURA ALONSO: ¡Hágalo su merced si eso le place!
- GALEAS: Dime, ¿tú quieres vencer

a estos indómitos fieros,
con flores de azul romero
y tratos para mujer?

No puede un indio entender,
y más caribes osados,
que con mimos y cuidados
y por sólo nuestra ley,
los queramos someter
para dárselos al rey
como vasallos o esclavos...

¡Mejor la lengua me callo,
y que Losada decida,
que en ello nos va la vida
y el dominio en esta tierra
que hemos ganado con guerra
a gente tan agresiva!

(Suena violento un clarín. Galeas calla, todos ríen)

CURA ALONSO: Lllaman a reunión urgente y breve
pues el juicio Losada pronto quiere...

ANTEQUERA: ¡Vamos al tribunal y que él decida
qué suerte han de correr esos caribes!

*(Oscuro. Luz sobre Apacuana y Chicuramay. Están amarrados
y tendidos en el suelo)*

APACUANA: Tienen dudas aún sobre quién eres,
y debemos cuidarnos de alentarlas.

¡Quizás de esa manera ganes tiempo
para lograr que sanes y te fugues!

CHICURAMAY: Hay que prender la lucha en otro sitio
donde las condiciones nos ayuden
y las tribus entiendan que hay que unirnos
a través de las tierras más lejanas,
¡para de estos intrusos liberarnos!

APACUANA: A cuatro lunas están los jirajaras...
Y en Orituco siguen las batallas.
¡En Tacarigua hay tribus que no bajan
los brazos de los arcos y las macanas!

CHICURAMAY: ¡Por eso importa estar sin estas cuerdas
y libres de los males que me queman!

APACUANA: Y más aún lograr que nunca sepan
de qué nación provienes y quién eres.
¡Sigue sin pronunciar palabra alguna
para que no te ubiquen por la lengua,
y aparentando casi que te mueras!

(Suena un tambor. Llega el cura Alonso. Se dirige a Apacuana)

CURA ALONSO: ¡Manda Losada que contemples
cómo a los indios rebeldes se castiga
en este campamento castellano!
¡Ahora verás bajo la débil luna
entre aletear de moscas y zamuros,
la terrible visión de un empalado!

(Oscuro. Luz sobre Galeas. Llega hasta él Antequera)

ANTEQUERA: Tu presencia demanda gentil raro,
quien ataviado viene de cacique.
¡Dice que tiene gente en campos lejos
y dispuesta a rendirse si él lo quiere
y lo que hable con vos fortuna lleve!

GALEAS: ¿Qué nombre da?

ANTEQUERA: Cuaricurián se llama...

GALEAS: Extraño nombre de cacique,
nunca he oído mencionarlo entre la indiada...
¿Qué trato quiere aquí?

ANTEQUERA: ¡No lo revela
mas parece importante, tal su porte
y su palabra altiva y arrogante,
y las armas que trae y su penacho
y su mirada de mirarte pronto!

¡Gente aguerrida ha de mandar si es cierto
lo que dicen sus voces y sus gestos!

GALEAS: ¡Voy hasta él para indagar
qué quiere tratar con enemigos vencedores!

(Galeas avanza, una luz lo sigue, cae cenital sobre Cuaricurián)

CUARICURIÁN: Saludo al hombre extraño a quien ya observo
por fin de frente ante mi vista osada.

GALEAS: Dime, gandul, lo que de mí procuras...

- CUARICURIÁN: De lejos vengo a conversar contigo;
de asuntos graves que a los dos atañen.
¡Allá dejé a mi gente agazapada
con armas y feroz atrevimiento
y lista a combatirte si no vuelvo
en hora que tenemos señalada!
- GALEAS: ¿Quién eres tú que hasta atreverse puede
hablarle a un castellano en voz altiva?
- CUARICURIÁN: Un combatiente soy y alto cacique
de la nación mariche, te lo ha dicho
tu capitán con quien traté primero...

¡En sueño ayer me habló un antepasado
y díjome de aquí viniera pronto
a un mísero salvar de vil tormento
para el que ya lo tienen condenado!
- GALEAS: ¿A cuál indio cautivo te refieres?
- CUARICURIÁN: ¡Al viejo que se muere en su flacura
y sombra del pasado ya parece!
- GALEAS: ¡¿Ese Chicuramay, así llamado
por haber sido jefe de guerreros?!
- CUARICURIÁN: No es Chicuramay ni ha comandado
mariches en combates. ¡Sólo es él
carroña para dolores abatida
que no pone en peligro tu bandera!

- GALEAS: Es un cacique fiero, lo he sabido
por un rumor venido de su tribu.
- CUARICURIÁN: Yaces en un engaño, castellano...
¡El cacique soy yo, te lo repito
desde un orgullo exacto a mi estatura
y duro cual la vista que te mira!

¡Nada sabe de guerra el prisionero
ni nunca lo ha seguido gente alguna!
- GALEAS: ¿Y quieres que lo suelte por bondades?
¡No somos bondadosos en las guerras
los hombres de Aragón y de Castilla!
- CUARICURIÁN: Bien lo sé...
mas no pido a ti favores.
Sólo quiero decirte que he venido
a cambiarme por él...
- GALEAS: ¡Quién lo creyera...
cambiarse un fiero joven todo armado
y lleno de plumajes altaneros,
por huesos con pellejos revestidos,
que más son piel de muerto que de vivo!
- CUARICURIÁN: Por eso te hago el canje...
Es inocente,
¡y debe ser con prisa liberado!
- GALEAS: Como todo mariche aquí cautivo,
empalado ha de ser... ¡Y tú lo sabes!

¡Y suerte igual ha de correr quien quiera
sustituirlo en sus grillos y cadenas!

CUARICURIÁN: Ese riesgo a mi mente no preocupa...

GALEAS: ¡Y muy confuso estoy,
y sorprendido!

CUARICURIÁN: ¡Si tu cierras el trato que te ofrezco
y al cautivo que tienes lo liberas,
ordeno ya a mi gente que se vaya
y deponga su cólera guerrera!

GALEAS: Trato bueno propones, si no mientes...

CUARICURIÁN: A mis antepasados que lo piden,
temo encolerizar si no lo hago...
¿Por qué no hablarte entonces, castellano?

GALEAS: Mucho me haces pensar...
Mas, ¿qué me prueba
ser tú el cacique que pregonas tanto
y no el cautivo que en los suelos muere?

CUARICURIÁN: ¿Quién otro a presentarse se atreviera,
sabiendo que morir en breve puede
entre tormentos y suplicios viles?

Sólo un cacique de valor cimero
puede, español, así comprometerse.

Y ese cacique soy,
duda no cabe...

Mas si lo dudas puedes preguntarle
a una anciana que aquí yace cautiva...

GALEAS: ¿Cómo se llama?, di.

CUARICURIÁN: Es Apacuana...

GALEAS: ¿Ella? ¡La bruja! ¡Bah! No te lo creo...

CUARICURIÁN: Conoce bien a todos en la tribu,
y sabe que yo soy el alto jefe
que a combatir conduce a los mariches
¡y no Chicuramay, como se dice!

¡Que tengo mucha gente bien armada
de dardos con ungüentos ponzoñosos,
presta a rendirse si le doy el mensaje,
a guerrear de nuevo si lo ordeno
o si por mí el cautivo no regresa!

GALEAS: No prosigas...
Tu palabra veré si es verdadera...
Y las órdenes doy:

(Ordena hacia adentro)

¡A Apacuana traed...!

(Se ilumina un soldado. A él habla Galeas)

Y que ellos, indios,
en su lengua se entiendan con premura.

(Desaparece el soldado)

(A Cuaricurián)

Mi fe de caballero me prohíbe
oír entre tú y ella los discursos.
¡Me llaman al concluirlos y regreso
para saber qué dice la hechicera
y recibir o no tu pedimento!

*(Sale Galeas. Óyese un tambor. Llega Apacuana, se asombra
al ver a Cuaricurián)*

APACUANA: ¡Tú! ¿Qué buscas en este campamento
a donde el enemigo me ha traído
con todos los mariches apresados?

¿Por qué vistes con plumas y collares
y vas armado con macana y flecha
si los combates siempre has evadido?

CUARICURIÁN: He venido a cambiarme únicamente
por el viejo cacique prisionero.
¡Si dan su libertad,
por él yo muera
con la muerte que dan los extranjeros!

APACUANA: ¡Qué!
¿A eso has venido?
¡Insensato!
El enemigo para hacer más dura
y terrible la angustia de mi espera,
llevome a recorrer bajo la luna
el sitio donde están los empalados.
Sentados sobre estacas puntiagudas

que irrumpen a través de sus gargantas...
Convulsos, doloridos, desgarrados,
yacían los mariches...
¡Sus entrañas eran por los zamuros devoradas!
¡Y moscas y hormigas recorrían
los cuerpos por la luna dibujados!

CUARICURIÁN: También transitar pude esos lugares...
Y vi su brava sangre derramada...
¡Por el odio las bocas contraídas
y el gesto de sus manos violentadas!

APACUANA: ¡No sigas, que la imagen me anonada!

CUARICURIÁN: Por eso estoy aquí,
me necesita esa angustia de hermano torturado.
¡Me necesita el tiempo y esta tierra
donde el llanto de todos se ha regado!
¡Y vengo a dar mis huesos,
mis cabellos y estas manos
que a todos me acercaban...
para que pueda proseguir la lucha
y alguna vez nuestra nación regrese
a un suelo de invasores liberado!

APACUANA: ¿Cómo hablar de lucha quien hoy se entrega
e igual que tantos otro tendrá muerte,
a menos que en esclavo se convierta?

Y de no ser así,
¿no has dicho siempre que no sabes
de prácticas guerreras?

CUARICURIÁN: Sabe el enfermo...

APACUANA: ¿Quién?

CUARICURIÁN: ¡Chicuramay...!
Se requiere por eso liberarlo
y que se oculte y se reponga pronto...
¡Sí él no puede pelear, con sus consejos
hará que otros aprendan y conduzcan
ese saber a otros y a otros
y que no se detenga esta pelea
mientras el invasor aquí prosiga
con espada, cadenas y castigo!

Por eso tienes que decirles a ellos
sin que vacile tu voz al pronunciarlo
que yo el cacique soy...

APACUANA: Nunca podría...
entregarte al feroz empalamiento...

CUARICURIÁN: ¡Cómo! ¿Te niegas a cumplir mi pedimento?
¿Qué ha ocurrido en tu ánimo Apacuana?

APACUANA: A pesar de saber tu cobardía...
A pesar de ese gesto que has tenido
de no ir con los nuestros a combates...
A pesar de que yo te he repudiado
en horas de inquietudes y arrebatos,
eres mi hijo
y te recuerdo niño...

¡Te recuerdo sonriente y laborioso,
haciendo tus collares junto a un río
y tocando las flores y la niebla
y hablando tu lenguaje que era el mío!

¡No! No puedo por eso darte ahora
a ese martirio vil de ser clavado
vivo y desnudo en áspero madero...

CUARICURIÁN: ¿Te niegas a decir lo que te pido?

APACUANA: ¡Sí! ¡Tu madre con ese amor que sangra
y al caprichoso pecho debilita,
resístete a llevarte a ese tormento
cuya sola visión tanto me espanta!

CUARICURIÁN: ¡Me engañan tus palabras a mi oído!
¡No entiendo lo que dices, Apacuana...!
¡¡Temes ahora que tu hijo muera!!

APACUANA: No en esa forma cruel y aborrecible...

CUARICURIÁN: ¡Me enviabas sin temores a la guerra!

APACUANA: ¡Es distinto pelear; allí se cae
con la sangre caliente y agitada,
sin esa espera lenta y dolorosa
de quien hecho cautivo es sentenciado
a sentir sus entrañas desgarradas!

CUARICURIÁN: No te conozco ahora,
te has doblado como frágil espiga temblorosa...

¿Qué fue de esa Apacuana altiva y fiera
de quien todos estaban orgullosos?
¿Qué fue de esa mujer hecha de piedra
y animada por fuego y rebeldía,
la que todo lo daba por su pueblo
y por su pueblo todo lo sufría?

APACUANA: No puedes entender, aún eres niño...

CUARICURIÁN: ¡Qué tristeza me da mirarte ahora
y ver que por un hijo te doblegas
y que piensas en mí más que en tu tierra!

APACUANA: Es el empalamiento...
y no quiero verlo sufrir por ti...
¡Comprende ahora!

CUARICURIÁN: ¡Nunca comprenderé que sacrifiques
esta lucha que sólo ahora comienza
por evitar que muera en un madero
de una muerte que es muerte y sólo muerte!

APACUANA: ¡Eso es morir mil veces y mil veces!

CUARICURIÁN: Escúchame Apacuana lo que digo:
¡sólo una muerte existe para todos,
y la vengo a buscar con frente erguida
y la pido a mi madre frente a frente!

APACUANA: ¡No te la puedo dar de esa manera!

CUARICURIÁN: ¡El asombro me agita y estremece!

Sentía orgullo y saber que eras
la mariche más fuerte y altanera,
conductora de flechas y guerreros
y nunca temerosa ni rendida.

Vanidoso me hallaba por saberme
nacido de tu amor y tu ternura,
y haber bebido de tu leche buena
y en mi sangre llevar valor del tuyo.
¡Pero ese orgullo ahora se me quiebra
como un poco de luz entre las manos,
al ver que tal mujer ya no es de roca
sino un tímido ser acobardado!

APACUANA: ¡Sólo quiero librar de la tortura
a quien negué una vez como mi hijo!

CUARICURIÁN: Ese gesto me dijo de tu altura
y de ese corazón fuerte que llevas;
¡y amé la pena que tu voz me daba
porque en ella te dabas toda entera!

Que sea fiel a eso pido ahora
a la Apacuana de mirar valiente
y de gesto febril y arrebatado.

¡Y de no hacerlo juro y lo prometo
que dejaré la vida por mí mismo
una vez que abandone su presencia
pues tu imagen a mí se ha derrumbado!

Ya no serás mi madre, ni siquiera

en la fugaz tristeza del recuerdo...
hoy te repudio a ti...
quién lo creyera...
¡A ti, que en mi ilusión
montaña eras!

APACUANA: No entiendo obstinación como la tuya...

CUARICURIÁN: ¡Oye, Apacuana, madre valerosa,
debes comprender que la victoria
tal vez repose sobre nuestras vidas
y darlas al dolor es necesario
como quien da una flor a una espiga!

Y si la dádiva lleva hacia el martirio,
al fuego, a la picota, a la tortura,
y a todos los dolores y las penas,
hagámoslo con voz y pecho ardiente
con paso firme y actitud tranquila.

APACUANA: ¡No sé si estoy despierta o voy dormida!

CUARICURIÁN: ¡Quiero verte de pie! ¡Más verte viva!

APACUANA: Calla, Cuaricurián...
¡Ya me has quitado
vendas que por mis ojos se cruzaban!
Ya estoy de pie con mi estatura exacta
y a ese capitán ligero llama...

CUARICURIÁN: (*Llamando*)
¡Que venga el capitán!
¡Aquí, que venga!

APACUANA:

(Grita débilmente)

¡Que venga aquí Galeas, al instante
a escuchar mis palabras dolorosas!

¡Que se apresure pronto,
pues mi lengua pueda paralizarse cuando diga
lo que debo decir aunque no quiera!

(Llega Galeas)

GALEAS:

¿Qué dice a mi entender la piache altiva
de bélica palabra atribulada?

APACUANA:

¡La cólera me quema hasta los huesos,
y llamas en la sangre me devoran,
porque el mozo cobarde ya se entrega
como un esclavo vil a tu fortuna!

¡Él fue quien retirase con mariches
a montes y colinas escarpadas
y prosiguió desde ellas dura lucha
para atribulación de tus soldados!

GALEAS:

¿Él es Chicuramay...?

¡Lo sospechaba
por su voz arrogante y verdadera
y su gesto al hablar a capitanes
que son por castellanos hombres bravos
y creen en su rey y son cristianos!

APACUANA:

Pretendí persuadirlo a que partiera
y en luchar nuevamente se empeñara.

¡Pero su terquedad sólo procura
trocar por el viejo que allá espera!

¡Presiento yo que el miedo lo ha vencido
y es esa la razón para que busque
manera singular para evadirse
y dejar a su pueblo sin cacique!

GALEAS: No olvides, piache dura, que él se juega
con ese extraño cambio la cabeza.

APACUANA: Por eso te lo digo, hay quien prefiere,
si la vida lo acosa con durezas
y permanentemente luchar debe,
morir para calmar sus ansiedades;
¡y entonces busca con afán oscuro
evadir con la muerte sus deberes!

CUARICURIÁN: Tengo un mandato por cumplir de lejos...
¡Y he perdido la fe por nuestra causa!

GALEAS: ¿Te rindes con los tuyos...?

CUARICURIÁN: Soy rendido...

APACUANA: (*A Cuaricurián*)
Que te confunda el rayo y la centella
y la voz del mariche te maldiga,
y no tenga tu cuerpo nuestra tierra,
y sólo bestias de tu carne gocen;
¡pues al caribe ya lo has humillado
con ese gesto de reptil medroso!

¡A que te empalen ve, tú lo mereces,
por inútil, servil y engañoso!

GALEAS: Ustedes como bárbaros son raros,
y de conducta extraña...
¡Pero acepto
el canje que has propuesto!

APACUANA: (*A Galeas*)
¡Y prueba tú, español, la gallardía
y de la gentileza que presumes,
dando su libertad al viejo inútil
para que lejos con sus huesos vaya
y muera sin creer que es prisionero!

GALEAS: Eso haré, por mi fe...
Soy castellano,
y mi palabra siempre he sostenido...

Y como capitán de esta jornada
haré que tal cautivo salga libre...
¡Mas,
luego hacia el suplicio irán ustedes...!

CUARICURIÁN: ¡Iremos!

GALEAS: No lo dudes...

APACUANA: ¡Con gesto libre y corazón sereno!

GALEAS: (*Mientras sale*)
¡Mandaré por sus pies al prisionero!
(*Ya ido Galeas*)

APACUANA: ¡Me alegra que al morir yo te recobro!

CUARICURIÁN: ¡Y tú a mi corazón regresas pura!

(Llega Chicuramay)

CUARICURIÁN: *(A Chicuramay)*

Chicuramay, recuerda este mandato:
que viene del dolor y de la muerte:
¡la lucha ha de seguir si que vacile
un solo instante el ánimo caribe!

APACUANA: *(A Chicuramay)*

Proclámalo por todos los caminos,
y dilo con voz fuerte a la distancia,
y grítalo a las piedras y a las aves
y a las errantes hojas y a los vientos...

CUARICURIÁN: *(Quitándose del pecho una insignia y dándosela a Chicuramay)*

Y guarda este idolillo bajo tierra
allí donde reposen nuestros huesos,
mientras ellos estén allí enterrados
jamás conquistador podrá vencernos
ni nuestra dignidad será quitada...

APACUANA: ¡Y dilo a los que van y a los que vienen,

y a los tiempos distantes y remotos,
que siempre ha de brotar en esta tierra
unida con sus rocas y sus flores,
con sus ardientes suelos y sus nieves,
y en las manos de quien ella nazca,
esa libertad que no es un sueño

sino espiga de luz alta y nacida
de esta recia raíz que ahora sembramos,
con sangres derramadas y esperanzas!

CUARICURIÁN: ¡Con huesos y palabras y con vidas!

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE
LA RESISTENCIA INDÍGENA

Presentación	7
Oscéneba	
Acto primero / Cuadro uno	15
Acto primero / Cuadro dos	31
Acto segundo / Cuadro tres	47
Acto segundo / Cuadro cuatro.....	59
Acto tercero / Cuadro cinco.....	69
Acto tercero / Cuadro seis.....	79
Curayú o el vencedor	
Cuadro primero.....	101
Cuadro segundo	115
Cuadro tercero	127
Apacuana y Cuaricurrián	
Prólogo.....	159

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres litográficos del
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes de julio de 2017
Caracas-Venezuela